

Amplio

LOS POR QUÉ

DE

SUSANITA



F. MEVILLE SC

B.M.

20131

Emilio DESBEAUX

12
35
0

LOS POR QUÉ

DE

SUSANITA

25

CON UN PREFACIO DE

JAVIER MARMIER

de la Academia Francesa

DIBUJOS DE MOVEL, SCOTT, VOGEL, EDOUARD, ZIER, ETC.

TRADUCCIÓN DE ESTÉVANEZ



PARÍS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 6.



ADVERTENCIA DE LOS EDITORES

El éxito que ha obtenido en Francia y en Europa el excelente libro de Mr. E. Desbeaux, nos ha animado á hacer una edición española seguros de que ha de ser bien recibida.

Traducida esta edición de la duodécima edición francesa y mejorada todo lo posible su parte material, confiamos en que el público, así en España como en las Repúblicas de América, apreciará los méritos del libro y la importancia de las nociones que encierra.

Los por qué de Susanita es una interesantísima novela, pues si se desarrolla con placidez infantil, sin episodios de mucho movimiento y sin escenas dramáticas, tiene en cambio elementos instructivos de gran utilidad y al alcance de todas las inteligencias.

Las escenas se desarrollan en París, lo cual constituye un atractivo más por ser esta capital la ciudad más conocida del mundo; y los que no la conocen, encontrarán en el libro detalles pintorescos de las costumbres parisienses y descripciones de perfecta exactitud

PREFACIO

DE Mr. JAVIER MARMIER

DE LA ACADEMIA FRANCESA

SEÑOR EMILIO DESBEAUX

SEÑOR:

Es muy amable y muy interesante la heroína de su nuevo libro, la bella Susanita, con todas sus vivezas infantiles, con sus caritativos arranques y sus ávidas curiosidades.

Eso es lo que los alemanes denominan *ein kluges kind*, adjetivo algo complejo, difícil de traducir. Implica la idea de un niño cándido y sagaz al mismo tiempo, que de vez en cuando abre unos ojos espantados y pide sin cesar explicaciones, preguntando el cómo y el por qué de las imágenes que le sorprenden y de las cosas que no ha comprendido.

Los « por qué » de Susanita con las respuestas de su hermano y de su abuelo, ocuparán buen lugar en la literatura de la infancia, buena literatura que cada día progresa.

Al principio de su vida, los viejos como yo no poseían nada semejante á esos preciosos libros ilustrados primorosamente que hoy regocijan á los escolares. Todos nuestros tesoros lite-

rarios eran los cuentos de hadas, groseramente impresos en un papel detestable.

Les conservamos sin embargo un recuerdo cariñoso. ¿Cómo olvidar las horas que pasamos leyéndolos? Nuestros corazones palpitaban en los peligros de Pulgarito, gozábamos sorprendidos con Micifuz el de las botas, sufríamos cuando Barba Azul desenvainaba el sable y Ana asomada al balcón nada veía, nos alegrábamos del triunfo de Cenicienta y pasábamos inolvidables angustias al ver morir á Caperuza encarnada: ¿Ha habido jamás emociones más sinceras?

Dicen graves pedagogos que esos cuentos no son instructivos. Es verdad que no contienen nomenclaturas ni cronología. Los más empiezan así: *Érase una vez...* y nada más de historia; ó *En un lugar...* sin más precisos datos de Geografía.

Sin otros antecedentes y con tales fórmulas, confieso que sería difícil presentarse al examen del bachillerato.

Pero nuestros queridos viejos libros tienen otra eficacia; Recrean el espíritu del niño, desenvuelven su imaginación y despiertan su sensibilidad. Algunos de aquellos relatos infantiles deben inspirarles un sentimiento de respeto á la ancianidad y consideración para los animales. Todos encierran una enseñanza moral, mostrando al término de varias aventuras la maldad castigada, el orgullo humillado y glorificada la virtud.

Dispensadme esta digresión. Sois joven; miráis al porvenir. Día vendrá en que os guste como á mí pensar en el pasado.

Vuelvo á la novela literaria de la infancia y me apresuro á hacerlos justicia. Hay en el género excelentes obras, en las cuales se encuentran elementos de estudios serios explicados en un lenguaje claro por hombres de verdadero talento y de cumplido saber,

Las hay que poseen mayores atractivos, uniendo ingeniosamente ficción y realidad, nociones positivas y conversaciones familiares.

Da gusto ver esos libros de educación impresos con esmero, pensando al verlos en las cándidas delicias que deben producir y en las sanas lecciones que divulgan entre los escolares.

Las publicaciones favoritas del niño son las que le representan las bellezas de la historia natural. Tiene inclinación innata á lo que hay en ella de inmenso y fascinador.

El niño que tiene la fortuna de vivir en el campo, adquiere desde sus primeros años impresiones que no se borran nunca. La fuente en que moja sus manecitas no engendra como la del paraíso terrenal cuatro ríos caudalosos que han de regar varios reinos; el árbol á cuya sombra se sienta no destila goma ni bálsamo odorífico; el rústico cercado que guarda su vivienda no es el Edén del primer hombre. Pero como el primer hombre, en su sencillez y su inocencia sin mancha (1), contempla una de las obras de Dios, una de las maravillas de la creación.

(1) Simplicity and spotless innocence. Milton, *Paraíso Perdido*, libro IV.

Todo lo que surge y florece, todo lo que se mueve y palpita, todo lo que susurra y cantá á su alrdedor, atrae sus miradas, resuena en sus oídos, cautiva su pensamiento.

Los niños de las ciudades no tienen el mismo privilegio. El *square* de su barrio no les da la idea de las vastas campiñas; ni los árboles mezquinos diseminados en las calles largas le dan la idea de la selva; ni el ruido de los carretones de hortelanos y lecheras le da la idea del despertar de la naturaleza en una hermosa mañana; como tampoco los mecheros de gas de los grandes establecimientos le pueden dar una idea de las luminosas tardes en la apacible calma de los valles y de las praderas.

¡Ah! ¡pobres cautivos de las grandes poblaciones! Los hay que no han tenido más horizonte que un techo negro ó una calleja oscura. Esos son los que necesitan libros de historia natural que, por medio de lúcidas descripciones y de verídicas imágenes, les revelen siquiera algunas de las mejores, de las más admirables cosas de este mundo.

El *Jardín de Juanita* que publicasteis ha tiempo, ha sido el encanto de esos interesantes lectores. Otros lectores más graves han reconocido su mérito. La Academia francesa lo ha premiado.

Justamente animado por el buen éxito de ese primer volumen, dais ahora un segundo que habéis tenido la complacencia de comunicarme. Lo he leído con la más sincera simpatía y con una confianza real en su éxito.

¡Dichoso el que escribe inteligentes y acertados libros para la niñez!

Hace una buena acción que no será olvidada.

Os ruego, señor, que recibáis la expresión de mis mejores sentimientos.

XAVIER MARMIER,

De la Academia Francesa.





CAPITULO PRIMERO

¿POR QUÉ NIEVA?

— ¿Por qué nieva?...

Tal era la pregunta que á sí misma se hacía una mañana de invierno cierta preciosa morenita de nueve á diez años.

La fisonomía de la muchacha tenía un sello extremadamente original que le imprimían sus ojos azules sombreados por pestañas largas y negras, ojos abiertos y expresando perpetua admiración.

La niña parecía verdaderamente sorprendida de todo... quizá hasta de vivir.

Su boca entreabierta le daba un aire de inteligencia y de curiosidad inocente é interrogadora.

¿Veían sus ojos azules una cosa nueva que llamaba su atención? Pues al instante sus labios de rosa se entreabrían para preguntar :

— ¿Por qué?

Susanita era una pregunta viviente.

— ¿Por qué nieva? repetía muy preocupada teniendo levantada la cortinilla de su ventana.

Vivía Susanita en uno de esos magníficos hoteles parisienses que encierran el bonito parque de Monceaux en un suntuoso marco de piedra y de ladrillo.

Aquella mañana, toda la fachada del hotel desaparecía bajo una masa de nieve que se aglomeraba en las cornisas, en los salientes de las esculturas, en las puntas de las doradas rejas, extendiéndose como una alfombra por los escalones de la entrada que descendían hasta el parque, y llenando de blancos arabescos la armadura de hierro forjado de un invernadero contiguo á la habitación, en el cual se divisaban á través de los vidrios y por singular contraste las verdes y exuberantes plantas de los trópicos.

Susanita miraba el parque de Monceaux, todo blanco, solitario y triste, bajo la nieve espesa que había traído la noche. Algunos trabajadores se ocupaban en barrer la nieve de la senda de los coches. Más allá una calle desierta formada por hotelitos con talleres de pintor, y aquí y allí algunos árboles que parecían tiritar.

Semejante vista dió á Susanita la impresión del frío que debía sentirse fuera, y volvió corriendo á su pequeña alcoba, templada por una buena lumbre, iluminada por los reflejos de las llamas amarillas que brotaban de la chimenea.

Entonces, quizá por primera vez, se hizo cargo la niña y apreció lo confortable de las cosas que la rodeaban en sus habitaciones.

La alcoba de Susanita era muy linda en su propia sencillez.

Se estaba en ella al abrigo de las corrientes de aire, pues había en las ventanas una doble muselina bajo cortinas flamencas, burletes por todas partes, los tapices eran color de rosa pálida y el cielo raso en estrella despedía sus rayos de la misma tela en todas direcciones.

El fondo de la cama, oculto por pabellón de damasco con lazos abullonados de raso color de rosa, era de satén igualmente rosado y cubierto de tul. Al lado un tocador duquesa, y más lejos un estante cargado de juguetes, la cuna de la muñeca grande que había dormido toda la noche lo mismo que su dueña, una mesa con cuadernos, libros y estampas, algunas sillas bebé y, por último, en el suelo una alfombra de moqueta fina y aterciopelada.

La niña se aproximó á su cama, donde acabó de vestirla su doncella.

Susanita seguía reflexionando.

— Señorita, le dijo la doncella, ¿por qué está usted hoy tan pensativa?



Susanita levantó sus grandes ojos y preguntó á su vez:

— ¿Sabes por qué nieva, Luisa?... ¿Lo sabes tú?

— Sí, señorita, lo sé.

— ¡Pues dímelo!... Yo también quiero saberlo, replicó

Susanita con viveza.

— Es muy sencillo; ¡nieva porque hace frío!

Susanita, probablemente, no encontraría la respuesta bastante satisfactoria, pues volvió á preguntar:

— ¿Y por qué hace frío?

— ¿Que por qué hace frío?... ¡Toma, eso es claro!... porque... porque... porque... Vaya, señorita, que yo no lo sé tampoco, usted me pregunta demasiado, respondió Luisa riendo.

Susanita se calló; pero al cabo de unos cuantos minutos dijo prosiguiendo en la idea que la atormentaba:

— ¿Por qué no lo sabes?

— Señorita, no lo sé porque á mí no me enseñaron esas cosas.

— ¡Pues yo quiero que á mí me las enseñen! murmuró Susanita.

— Pregúntele usted esas cosas á la señora, señorita Susanita. Ella sabrá sin duda responder.

— ¡Tienes razón! Vaya, despáchate á vestirme..,

Y Susanita, ayudando ella misma á la criada, acabó muy pronto de vestirse.





CAPÍTULO II

EL MARIDO Y EL PADRE

Susanita corrió al cuarto de su mamá.

— ¡Soy yo, mamacita! previno al abrir la puerla.

Su mamá, una mujer muy guapa, todavía estaba joven aunque tenía ya un hijo de veintiseis años. Al ver á Susanita la besó con la mayor ternura, sorprendiéndose al verla ya vestida.

— Mamá, dijo la niña mostrando con la mano los techos

nevados que se distinguían por los cristales de la habitación, he venido tan pronto para preguntarte si sabes por qué nieva.

La madre, que estaba acostumbrada á las curiosidades de su hija, no pudo menos de sonreirse un poco.

— Lo sé, hijita, le contestó la madre; pero tu hermano mayor y tu abuelito lo saben mejor que yo y te lo explicarán si les preguntas á ellos.

Susanita miró el reloj, que marcaba las nueve.

— Pablo ha salido ya. No me queda más que abuelito y voy á preguntarle.

Susanita se dirigía resueltamente al cuarto de su abuelito, cuando su madre la detuvo.

— Espérate, querida, le dijo la mamá con acento cariñoso. No se va tan temprano al aposento de abuelito, pues ya sabes tú que se levanta más tarde que nosotros.

Susanita se resignó á la tardanza, y ocupó un asiento enfrente de su madre delante de una mesa en la que para las dos estaba servido el chocolate.

Pero apenas se había sentado, cuando volvió á nevar con redoblada violencia.

El viento había aumentado y zumbaba de una manera lúgubre, envolviendo la nieve en rápidos torbellinos.

Los cristales de la ventana recibían incesantes copos que en ellos se derretían.

La señora había apartado su taza, y de codos en la mesa miraba fijamente al exterior.

Sus miradas intentaban atravesar el velo blanco que parecía caer hecho girones.

Manteníase en actitud de grave recogimiento al contemplar aquella desolación de la naturaleza.

También Susanita había interrumpido su desayuno.

De pronto, no oyendo ruido á su lado, separó su mirada de los vidrios para dirigirla á su mamá.

Y vió á su mamá tan embebida en meditación profunda, que al principio no se atrevió á decir nada.

Mas al fin, suave y tímidamente cual si temiera conocer de antemano la contestación, dijo :

— ¿Qué piensas, mamá?

Su mamá no respondió.

No hizo más que volver los ojos á su querida hija, y sus ojos estaban impregnados de tristeza.

Susanita había comprendido.

— ¡Papá! exclamó.

La madre bajó con lentitud la cabeza.

Pero ya Susanita se había echado en sus brazos y cubría con sus besos y sus lágrimas á su madrecita.

La esposa y la hija trataban de consolarse en su afección mutua.

El padre de Susanita era capitán de navío.

Hacía largos meses que había partido en comisión oficial para la colonia francesa de Nueva-Caledonia.

El gobierno le había mandado volver, y era indudable que á la hora en que el huracán de nieve se desencadenaba

sobre el hotel del marino, éste se encontraba en el Océano.

¡Tal vez estaría luchando con otras tempestades más terribles!

Madre é hija pensaban con angustia en el esposo y padre,



y creían ver el barco convertido en juguete de las olas, sus velas desgarradas por el viento y los masteleros rotos; montañas de hielo se precipitaban sobre él dispuestas á tragárselo; y en el puente barrido por el turbión y por el vendabal, un hombre mandaba á sus marineros, cegados por las ráfagas, maniobras de ejecución imposible.

gas Maniobra de

El hombre que la dama y la niña imaginaban ver en tal disposición, ¡era el marido! ¡era el padre!

He aquí por qué lloraba Susanita estrechándose contra su madre, que derramaba también sus lágrimas silenciosas. /

La esposa del marino se animó un tanto, y desechando sus pensamientos sombríos, se enjugó los ojos y pasó el pañuelo por el rostro acongojado de la pobre Susanita.

En aquel momento mismo cesó de nevar. En el cielo apareció una clara, y hubiérase dicho que un rayo de sol se esforzaba por traspasar las pícaras nubes que le ocultaban la tierra

Aquella clara reanimó á la señora, y ésta dijo á Susanita :

— No lloremos, hija mía; ¡y ojalá nuestras penas sean inmotivadas! Tu padre es un buen marino; su barco es uno de los mejores que han salido de los que astilleros del Estado, y nada indica que haya tenido recios temporales en su largo derrotero.

Como la niña seguía revelando sus recelos, añadió la madre con una dulce sonrisa :

— ¡Y no olvides tu pregunta!

— ¿Qué pregunta?

— La que ibas á dirigirle á tu abuelo.

— ¡Ah! sí... ¿por qué nieva?

Y sobreponiéndose la curiosidad al temor, corrió Susanita al cuarto de su abuelo.



CAPÍTULO III

EL ABUELO Y SU NIETA

El abuelo materno de Susanita era ya viejo, pero fuerte todavía; se vestía con perfecta corrección y se le veía siempre recientemente afeitado; sus cabellos no se le habían caído, pero ¡ay! empezaban á platear en diferentes puntos. La nariz borbónica era de un dibujo vigoroso; la boca buena y son-

riente; los ojos puros, muy claros, con tonos de juventud indicando una existencia larga, honrada y apacible.

Cuando el anciano oyó llamar á su puerta, comprendió al momento con quien iba á habérselas tan de mañana.

Pero esto no le impidió fingir una voz brusca, como hacía siempre para divertirse, preguntando :

— ¿Quién está ahí?

— Soy yo, Susanita, respondieron.

— ¡Cómo! ¡Ya está aquí la señorita para dar tormento á su pobre abuelito?

— ¡No le atormentaré! ¡no! gritó Susanita.

— ¿Cómo que no? ¿quiere usted decir que no es la señorita Susanita?

— ¡Sí! ¡sí! ¡soy Susanita!

— ¿Pues en qué quedamos? ¿Sí ó no?

— Digo que no vengo á incomodar á usted y que sí soy Susanita.

— ¿Y qué se ofrece á estas horas?

— Vengo á hacer una pregunta.

— ¿De qué se trata?

— Abra usted, señor abuelo, gritó la niña abultando la voz para ponerla al unísono con la del viejo, ¡abra usted y lo sabrá!

El abuelo no pudo resistir á una orden que se le daba de tan peregrino modo, y abrió la puerta.

Susanita al entrar le dió un fuerte abrazo al abuelito, y luego se sentó con mucha tranquilidad en su acostumbrado asiento, esto es, en las rodillas del cariñoso anciano.

— Abuelito, dijo, ¿vas á decirme por qué nieva?

El anciano tomó un aire de afectada admiración, pues le gustaba mucho hacer rabiar á su querida nieta, y le respondió con la mayor seriedad:

— ¿Que por qué nieva?... pues mira, no lo he sabido nunca.

— ¡Bah! exclamó la niña consternada y juntando las manos ¿De veras no lo sabes, tú que lo sabes todo?

Y como ella miraba á su abuelito de cerca y fijamente, notó que se sonreía.

— Vaya, abuelito, dijo entonces la niña afectando suma gravedad, me parece á mí que acabas de decir un gran embuste y eso no se hace, ¡es muy feo decir mentiras!

Y cambiando de acento, añadió con mucha gracia:

— Bien sé yo que tú sabes por qué nieva. Dímelo, abuelito, y seré buena, ¡tu lo verás!

El viejo no pudo menos de reirse.

— Bien, sí, respondió; voy á decírtelo... pero es algo difícil explicártelo y mucho temo...

— ¿Temes que yo no comprenda? Pues no importa, dímelo.

Escucha, pues: nieva porque hace frío.

En la cara de la niña se pintó inmediatamente una grandísima estupefacción.

Después de una pausa, dijo :

— ¡Pero papá, esa respuesta es la misma que me ha dado Luisa!... ¿Es posible que tú no sepas más que ella?

— Tranquilízate; yo creo muy bien que tu criada ignore por qué hace frío. Pero yo...

— ¡Tú lo sabes!... ¡y me lo vas á decir! gritó la niña dando palmadas de contento. Pues bien, dímelo, ¿por qué hace frío?

— No, ahora no; eso nos llevaría muy lejos. Procuraré solamente contestar á tu primera pregunta, explicándote por qué nieva.

— Escucho, abuelito, dijo Susanita poniendo gran atención.

— Tú has visto muchas veces calentar agua ¿no es cierto? y habrás observado que del agua colocada sobre el fuego salen vapores que suben hasta el techo formando como una nube.

— Sí.

— Pues bien, toda el agua que se halla sobre la superficie de la tierra, deja escapar constantemente unos vapores semejantes.

— ¿Sin que debajo haya fuego?

— Sin que haya fuego.

— Pero no se ven esos vapores.

— Es verdad. Ordinariamente no se ven, pero cuando se elevan en el aire y llegan á un medio más frío que la tierra, se reunen, se estrechan, se agrupan unos con otros y se hacen visibles. ¿Me comprendes?

— Sí.

— Pues si me comprendes, haz el favor de decirme cómo se llaman esos vapores cuando se han hecho visibles.

— Nubes.

— ¡Muy bien! exclamó el abuelo encantado de la sagacidad de Susanita. Y prosiguió:

— En ciertos casos, los vapores que te digo se hacen visibles desde el instante en que surgen de la tierra. Si en una tarde de estío nos encontramos encima de una montaña, veremos, según va refrescándose la temperatura, espesos vapores que se forman sobre los ríos, los arroyos, las praderas húmedas. Si entonces el viento se levanta, llévase aquellos vapores á las altas regiones del aire convirtiéndolos en nubes. Movidas éstas por las corrientes de aire que pasan por arriba, cambian constantemente de formas y tú misma has podido verlas sumamente raras.

— ¡Sí! exclamó Susanita, este verano he visto una que se parecía á uno de los dromedarios del Jardín de Aclimatación, y otra que tenía cabeza de hombre, pero duró poco tiempo.

Se cambiaron en una masa blanca que ya no tenía forma.

× — Es necesario que tú sepas, querida mía, que las nubes toman tres aspectos característicos mediante los cuales pode-



mos clasificarlas con los nombres de cirrus, cúmulus y stratus.

Cirrus cuando se componem de filamentos desligados cuyo

conjunto semeja, ya un pincel, ya una cabellera encrespada, ya una delicada redecilla.

Cúmulus cuando es una nube de verano que se presenta en forma de globo ó semiglobo. Á veces estos globos se superponen unos sobre otros, constituyendo esas grandes nubes que suelen verse acumuladas en el horizonte con toda la apariencia de altas montañas blancas.

Y stratus, por último, cuando es una banda que se forma ordinariamente á la puesta del sol y desaparece á su salida.

Pero los cúmulus, por sus formas cambiantes, son los que dan más vuelo á nuestra imaginación. En los contornos de estas nubes es donde creemos ver montañas, árboles y, como tú misma decías hace poco, hombres y animales.

— ¿Y están muy altas esas nubes?

— Su distancia de la tierra es muy variable. Hay algunas que tocan al suelo, en tanto que otras pueden elevarse á una altura de cincuenta kilómetros.

También hay nubes casi constantemente en las cimas de las montañas; esas provienen de vapores que se elevan de los valles y que se condensan en el aire más frío de las alturas, pues el calor disminuye con la elevación.

En los países montañosos, las apariencias á menudo fantásticas de las nubes han engendrado ideas absurdas en los sencillos habitantes, inspirándoles sentimientos de pavor que, como tú comprenderás, no tienen razón de ser.

— ¡Es claro! dijo la niña, ¿por qué se les ha de tener miedo á las nubes? Pero dime, ¿de qué tamaño son las nubes?

— Las hay grandísimas, como de treinta kilómetros ó más de anchura y mil metros de espesor. Pero en cambio hay otras cuyas dimensiones son de pocos metros.

— Esas nubes son los bebés de las grandes.

Esta reflexión patentizó al abuelo que su nietecita le escuchaba con la mayor atención.

Por eso prosiguió:

— Si te he hablado de las nubes, es porque ellas producen la nieve como también la lluvia y el granizo.

Cuando el aire, ya frío, en que flotan esos vapores, se enfría más aún, los vapores se estrechan todavía más, se condensan según la expresión científica, y se transforman en gotitas de agua con pesantez bastante para vencer la resistencia que opone el aire á su caída, y para caer á la tierra.

— ¡Eso es la lluvia! dijo Susanita.

— ¡Perfectamente! eso es la lluvia. Pero si las gotas de agua en su descenso atraviesan corrientes de aire muy frías, se hielan y se convierten en esas pequeñas bolas de hielo que llamamos granizo.

En aquel instante volvía á caer la nieve en abultados copos.

— ¿Y eso? murmuró la niña, señalando á la ventana y tornando á su primera pregunta.

-- Ahora vamos. Cuando el aire que rodea las nubes está demasiado frío, las nubes se hielan y se transforman en un polvillo de hielo que por su propio peso cae desde la altura. Ese polvo helado...

— ¡Es la nieve! dijo Susanita impaciente.

— Sí, es la nieve.

Susanita reflexionó algunos minutos y dijo de pronto:



— ¿Pero de qué sirven las nubes?

Acostumbrado el abuelo al carácter de su nietecilla, ni pestañeó siquiera, respondiendo con tranquilidad:

— Las nubes sirven, en verano, para templar el ardor del sol; en invierno impiden que la tierra se enfríe demasiado, interponiéndose como un velo entre este mundo y los espacios celestes, siempre excesivamente fríos. Además envían la lluvia, que es una cosa importante, pues sin ella el suelo se

secaría, las plantas se marchitarían, las animates se morirían y bien pronto llegaría nuestro fin en este mundo.

— Entonces, dijo Susanita, eso es un medio que Dios ha encontrado para regar la tierra.

El abuelo no pudo contener una sonrisa.

— Me sorprende, dijo, que no me preguntes: ¿Para qué sirve la nieve?

— Pues mira, replicó Susanita sin desconcertarse, te lo iba á preguntar.

— Bien, pues la nieve es muy útil; sí, te digo que es muy útil, repitió el anciano viendo que la niña abría los ojos: empieza por empapar la tierra mejor que lo hace la lluvia; y luego contiene sustancias que penetran en el suelo y sirven para que crezcan las plantas; destruye además una multitud de insectos perjudiciales, y no permite que el frío descienda á mucha profundidad en la tierra.

— ¡Cómo! exclamó Susanita, ¿siendo tan fría impide que el frío dañe la tierra?

— ¿Por qué no? Hace el papel de una espesa capa que libra al suelo del enfriamiento que le haría sufrir la temperatura del aire exterior. Ella es fría, como tú dices, pero resguarda á la tierra de un frío mayor aún. Y le es por consiguiente de una utilidad incontestable.

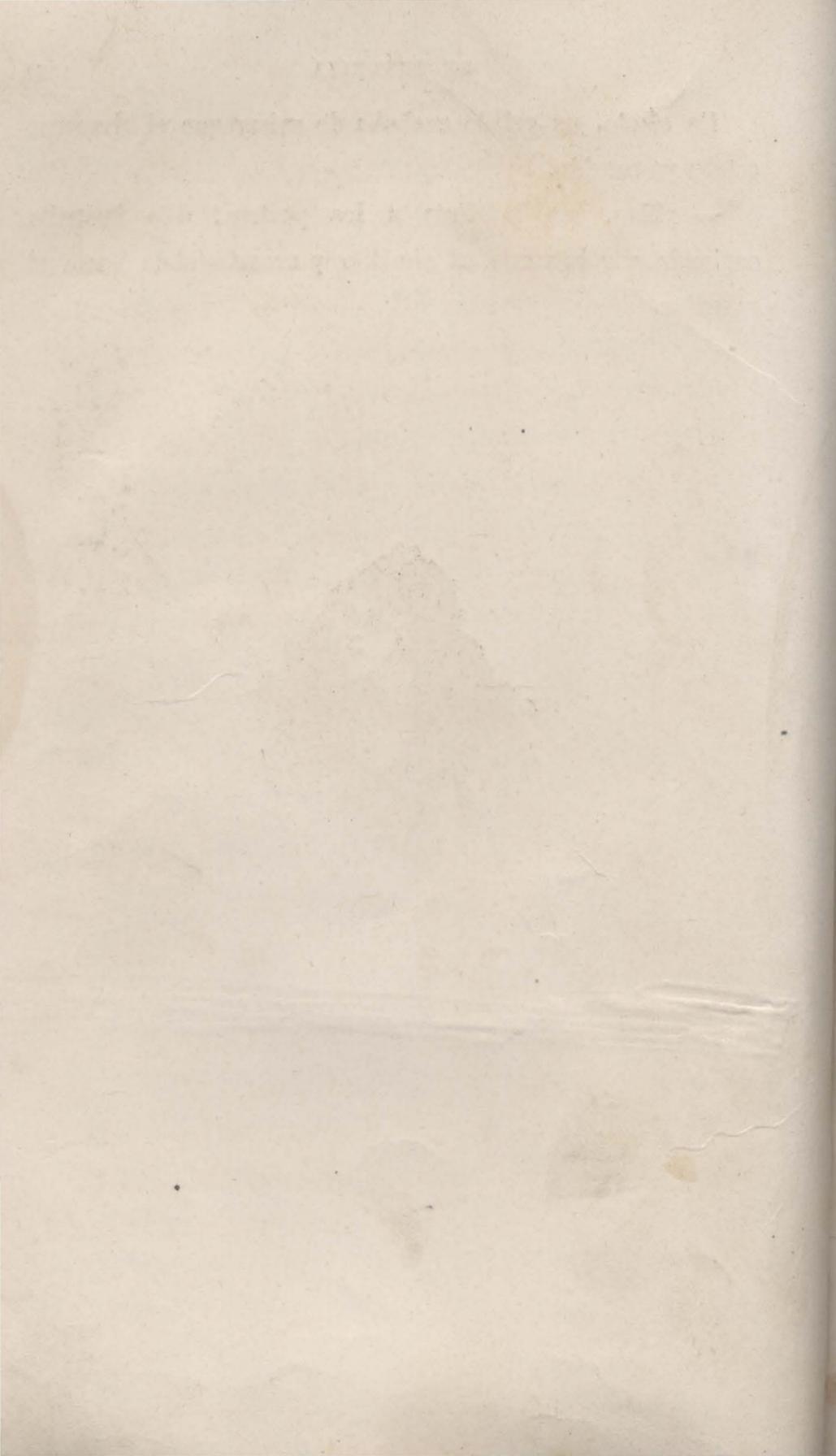
— ¡Es claro! murmuró Susanita. Ahora explícame, añadió, qué es el frío y por qué hace frío.

— Lo primero, curiosilla. es que me dejes respirar un poco. Y luego te advierto que ya es hora de almorzar.

En efecto, un criado acababa de avisar que el almuerzo estaba ya servido.

— ¡Bien, me lo dirás á los postres! dijo Susanita cogiendo por la mano al abuelito y arrastrándolo hacia el comedor.







CAPÍTULO IV

EL HERMANO MAYOR DE SUSANITA X X X



Cuando el viejo y la niña llegaron al comedor, ya se encontraban en él la madre y el hermano de Susanita.

El hermano mayor de la despierta niña, que se llamaba Pablo, había salido ya de la Escuela politécnica y era ingeniero de puentes y caminos. Quería mucho á Susana, que le hacía rabiar algunas veces pero que también lo quería mucho. Pablo no se veía nunca apuado con los múltiples ¿por qué? de su hermanita.

Á sus preguntas contestaba siempre con explicaciones que satisfacían la curiosidad de la interrogadora.

Sentáronse todos á la mesa, y reinó algunos instantes el silencio que se nota cuando empiezan las comidas.

Pero Susanita no tocaba siquiera á lo que le habían servido y la mamá no tardó mucho en notarlo.

— ¡Come, queridita! dijo la señora.

— No tengo gana, respondió la niña.

— ¿Será que tú no quieras crecer? interrogó el abuelo.

— ¿Por qué me lo preguntas? dijo Susanita.

— Porque si no comes te quedarás pequeñita, dijo el abuelo con mucha seriedad.

— ¿De veras?

— Sí, de veras, afirmó Pablo á su vez.

La niña miró á su hermano.

— ¿Por qué? dijo.

— ¡Ya volvemos á las eternas preguntas! dijo Pablo sonriendo.

— Sí, ¿por qué? repuso la niña sin desconcertarse.

— Ante todo, porque es necesario comer para vivir; luego, porque también es necesario para crecer; y en fin, porque también se necesita hacerlo para reparar las fuerzas que se pierden de continuo.

Y como Susanita esperaba una explicación completa, su hermano mayor le dijo:

— Trataré de hacerte comprender por qué se necesita comer y para qué sirve hacerlo, pero te advierto que seré



Intlers

bastante extenso; ¿tendrás paciencia para escucharme hasta el fin?

— ¡Sí, sí! respondió Susanita.

— Pues bien, has de saber que tu cuerpo se compone de multitud de órganos, los cuales necesitan que tú comas para desarrollarse y crecer. Cuando tú comes, tú misma das de comer, digámoslo así, á tus músculos, á tus nervios, á tus huesos, á tus carnes y aun al pelo y las uñas.

— ¡Ca! dijo Susanita admirada.

— Te digo que sí; todo eso aguarda que tú des gusto al estómago con el trabajo de tus dentecitos. Esos órganos necesitan encontrar en los alimentos que tú tragas las sustancias necesarias á su crecimiento.

— Sin embargo, cuando yo no tengo gana de comer no es culpa mía.

— Cuando tú no tienes apetito, es que no has hecho ejercicio suficiente ó que en la anterior comida has comido demasiado; en todas las cosas es necesaria una medida.

— ¿Y este pedazo de carne, si me lo como, va á alimentar todo eso que me has dicho?

— Sí, cuando las muelas lo hayan dividido, separado y reducido á partículas muy diminutas. Entonces pasará de tu garguero á un tubo que los sabios llaman el esófago y que lo conducirá al estómago.

— ¿Al estómago?

— El estómago no es otra cosa que una especie de saco, y los alimentos que te tragas van á parar á él. Pero sus fun-

ciones son de las más importantes. Es la cocina en que los alimentos se transforman según las exigencias de cada uno de los órganos. Para eso tiene muchas pequeñas glándulas que dan un licor llamado jugo gástrico. Este jugo empapa los alimentos dentro del estómago como ya en la boca lo ha hecho la saliva.

— ¿Entonces el jugo gástrico es la salsa que sazona?...

-- Justamente, dijo Pablo. En la boca está la dentadura que sirve para mascar ó masticar los alimentos. En el estómago son reemplazados por movimientos de contracción del estómago mismo. Al estrecharse estruja los alimentos, los amasa y hace de ellos una papilla ó pasta nombrada quimo, que pasa á otro tubo replegado varias veces. Este tubo es el que se llama tubo digestivo ó intestino.

También en él es embebido el quimo por tres nuevos jugos, el jugo pancreático, la bilis y el jugo intestinal. Contrayéndose el intestino como antes el estómago, el quimo se convierte en una magnífica papilla blanca como la leche, á la que se da el nombre de quilo.

— ¡Primero quimo y después quilo! murmuró Susanita para retener estos dos nombres.

— Sí, y el quilo pasa á la sangre.

— ¿De qué manera?

— Por las vellosidades del intestino.

— ¡Vellosidades! repitió Susanita con asombro.

— No te asuste la palabra. Las vellosidades son unas pequeñas raíces que tapizan todo el intestino, representando

el mismo papel que las raíces de las plantas. Ellas son las que absorben en el intestino el quilo antes nombrado, lo transportan á la sangre y r egenera esa misma sangre que nutre todos los órganos, desde los huesos hasta los cabellos como te dije antes.

Pablo había pronunciado este pequeño discurso al mismo tiempo que almorzaba. Ni su madre ni su abuelo habían querido interrumpirlo, gozosos de ver el interés y atención con que la niña escuchaba estas explicaciones.







CAPÍTULO V

UN COCINERO SUSCEPTIBLE



Cuando su hermano acabó de hablar, miró Susanita lo que había en su plato, y sea que la elocuencia de Pablo la hubiera convencido, ó sea (y aquí, entre nosotros, es lo más probable) que viniera el apetito, el caso es que la niña se puso á comer sin decir nada. Pero desde que sabía la utilidad de esta operación, presentaba su fisonomía un cam-

bio muy gracioso. Aparentaba un gran respeto á sí misma y á los fragmentos que sus dienteitos se permitían triturar.

La madre, el abuelo y el hermano, viendo la actitud de la interesante niña, no pudieron menos de sonreirse.

Ella lo observó, pues levantando la cabeza dijo :

— Yo bien sé por qué os reís.

— ¿Por qué? preguntó la madre.

— Porque creéis que yo no he comprendido lo que Pablo me acaba de explicar.

— No, hija mía, te equivocas; estamos bien persuadidos de lo contrario.

— Pero lo comprenderé mucho mejor, mamacita, cuando Pablo haya acabado su cuento.

— ¿Qué quieres decir? preguntó Pablo con extrañeza

— ¡Toma! que te has detenido hablando de la sangre. La sangre es un líquido rojo, y eso es todo lo que sé; pero me figuro que podrás enseñarme un poco más.

— ¡Es justo! dijo el abuelo. Necesario es que Pablito vuelva á tomar la palabra.

— Pues obedezco, dijo Pablo. Has comprendido sin duda que el quilo, que va á mezclarse con la sangre, es producto de la digestión.

Porque, en efecto, la digestión es una operación que consiste en transformar los alimentos, primero en quimo y después en quilo.

— En papilla blanca, dijo Susanita.

— Perfectamente. Y cuando decimos « una buena diges-

ción, una mala digestión », habrás entendido bien lo que queremos decir : que la operación se ha hecho más ó menos bien. La mala digestión proviene del estómago y del intestino, que no hallándose en perfecto estado de salud ejecutan mal sus movimientos de contracción, ó no riegan en cantidad suficiente por medio de los jugos que te he dicho los alimentos que deben transformar.

Por otra parte, hay alimentos más difíciles de digerir que los demás; de ellos se dice vulgarmente que son pesados...

— ¡La langosta! gritó Susanita con una ligera mueca, recordando sin duda cierta pícara indigestión que la había molestado mucho.

— Sí, la langosta es, entre otros, un alimento que los estómagos debilitados ó los infantiles transforman en quilo con dificultad. El estómago puede considerarse como un cocinero. Si se le dan manjares fáciles de transformar, puede salir del paso cómodamente; pero si se le confían, poniendo su habilidad á prueba, manjares que requieran una gran preparación ó una cocción especial, es muy posible que no lo logre siempre.

— Pero ese cocinero no se suicidará como Vatel, interrumpió el abuelito.

— ¿Vatel? preguntó la niña, ¿quién es Vatel?

— ¡Ah! no había yo pensado en nuestra curiosita, dijo el anciano sonriendo : ¿Quieres saber la historia de Vatel?

— Sí.

— Vatel era el cocinero del príncipe de Condé. Un día

convidó á comer el príncipe á Luis XIV, en su castillo de Chantilly, encargando á Vatel que organizara el convite.

El Rey llevó consigo mayor número de convidados que el cocinero creía, lo que hizo que el asado faltara en varias mesas.

Esto impresionó á Vatel, que era como vas á verlo un cocinero extraordinario. Y repitió varias veces: « ¡He perdido mi honor! ¡Esta es una afrenta á la que yo no puedo sobrevivir! »

Enterado el Príncipe de lo que decía su cocinero, fué á verlo después de la comida para consolarlo: « Vatel, le dijo, todo ha estado bien; ha sido un espléndido convite.

Vatel le respondió: « Monseñor, vuestra bondad me anada, ¡pero yo sé que el asado faltó en algunas mesas!

— Nada de eso, no hay tal cosa, le replicó el Príncipe, ¡todo ha estado muy bien!

Vatel no pudo dormir aquella noche. Á las cuatro de la madrugada se levantó y fué á las cocinas. Allí estaban sus dependientes que le traían solamente dos cestas de pescado.

« ¿Eso es todo? preguntó angustiado el cocinero.

« Sí, señor, es todo lo que hemos podido conseguir. »

Vatel exclamó:

« ¡No puedo sobrevivir á tamaña afrenta! »

Subió á su cuarto, apoyó una espada contra la puerta y se atravesó de parte á parte. Así se mató el célebre Vatel.

— ¡Pues era un cocinero demasiado susceptible! dijo Susanita con su habitual pero prematuro buen sentido.

Esta reflexión hizo mucha gracia á todos, y pasaron al salón para tomar el café.

Pablo hubiera querido esquivarse un momento para fumar



un cigarro en su cuarto de estudio, pero Susanita que no lo perdía de vista, se le plantó delante.

— Señor hermano, le dijo, todavía tenemos que charlar, Ya iréis á fumar después.

Y Pablo, que siempre cedía de buena voluntad á los caprichos de su hermanita menor, se resignó á continuar la explicación interrumpida por la historia del cocinero Vatel.



22

22



CAPITULO VI

UNA CARTA DE MUY LEJOS



Apenas se habían sentado en la sala, cuando entró un criado con una carta.

Al ver un sobre tan recargado de sellos, se le escapó á la señora una exclamación de contento.

— ¡Es de vuestro padre! dijo á Pablo y á Susanita.

Éstos se acercaron, muy enternecidos.

La señora rompió el sobre.

El padre ausente escribía:

« Mi querida esposa:

« Acabo de saber que mi comisión ha concluído y que al fin volveré pronto á tu lado, al lado de mis queridos hijos.

« No es necesario que os diga cuán alegre estoy. Comprenderéis mi alegría y la compartiréis seguramente.

« En el instante en que recibáis esta carta, yo me encontraré sin duda en medio del Océano... »

Al llegar aquí se detuvo la señora.

Recordaba lo que su imaginación había entrevisto poco antes del almuerzo, ¡un barco luchando con una tormenta horrible!

¿Iría tal vez á realizarse tan nefasto presentimiento? ¿No podría ser que en aquel instante mismo luchara su marido con la ira del huracán y la furia de las olas? ¿Y saldría victorioso en tan terrible combate?

La niña había comprendido el pensamiento de su madre. Se acercó á abrazarla, diciendo:

— Pero mamá, si no hay peligro ninguno. Tú misma me lo has dicho.

El abuelo y Pablo dominaron ~~su~~ emoción, afectando una seguridad que no tenían y esforzándose en apartar de la mente de la dama unos presagios tan sombríos.

Ella se enjugó los ojos y continuó su lectura.

« Espero estar en París á fin de enero ó principios de febrero. Si ocurre alguna tardanza, no os inquietéis. Mi barco está bien probado; se halla al abrigo de todas las sorpresas de los elementos y me llevará sano y salvo á esa Francia tan querida.

« No veo la hora de abrazar á mi querida Susanita, que

será tan curiosa como siempre, y á mi sabio Pablito y á tu digno padre.

« Abrázalos á todos, amada esposa mía, para lo cual te otorgo un crédito ilimitado de besos y caricias. »

Como es consiguiente, la esposa del marino desempeñó con gusto y prodigalidad la tierna comisión que se le encargaba de tan lejos. Todos tenían los ojos húmedos, lo cual no impidió que Susanita viera algunos renglones añadidos al pie de la misma carta.

— ¡Hay algo más! dijo.

— En efecto, dijo la señora, aun no he leído la postdata.

Las pocas líneas agregadas decían esto :

« Pablo, en su última carta, me habla extensamente de una señorita Teresa de Montlaur. Creo adivinar los dulces proyectos que acaricia, pero es *muy importante* que ya sepa si esa joven pertenece á una familia del mismo apellido en la cual había un alférez de navío en 1855. »

La frase « muy importante » estaba subrayada.

Tal postdata causó gran sorpresa á todos.

¿Quería decir que el marino conocía á los Montlaur? ¿Qué interés urgente podía tener para tomar tal informe?

El padre de Susanita ~~no obraba~~ nunca á la ligera.

Era preciso que los detalles inquiridos tuvieran á sus ojos una gravedad real

Pablo se sintió enseguida lleno de inquietudes.

Ya veía un insuperable obstáculo para realizar la unión que era su sueño.

El verano precedente habían pasado en Dieppe la estación de baños, Susanita, su madre y su abuelito.

Pablo iba todas las semanas, del sábado al lunes, á reu-



nirse en Dieppe con la familia, y cada vez le parecía la vuelta más penosa.

Y la razón era que al dejar á Dieppe se alejaba de una

joven de diez y seis á diez y siete años, linda, encantadora con sus magníficas trenzas rubias como las espigas, con sus ojos llenos de dulzura, con su nariz finísima y correcta, con los labios de rosa que tan amablemente la daban la bienvenida cuando él llegaba á la playa.

La señora había encontrado allí á una de sus antiguas amigas de colegio, á quien había perdido de vista hacía muchísimos años.

Al reconocerse, habían reanudado la antigua y no olvidada amistad.

La amiga de la madre de Pablo, era la madre de Teresa Montlaur. Hacía algunos años que era viuda.

Al ver los sentimientos de afecto respetuoso que experimentaba Pablo por Teresa, las dos madres se habían mirado como dos augures, pues habían sonreído. ¿No había de sonreírles la idea de un casamiento de tan queridos hijos, que parecían hechos el uno para el otro?

Susanita, que había adorado desde luego á su amiguita mayor, no había contribuído en poco á establecer el cambio de esta simpatía naciente.

La muy astuta reparó enseguida el aire con que miraba su hermano Pablo á Teresa, adivinando también que aquel aire no desagradaba, ni mucho menos, á la persona interesada.

Veía que su hermano se marchaba más triste cada lunes, y su tristeza la apenaba.

Un día, cuando Pablo se iba á tomar el primer tren, encontró á Susanita levantada.



CAPÍTULO VII.

LO QUE PENSABA TERESA

Durante el almuerzo oyó Susanita á su madre y á su abuelo, que hablaban justamente de Pablo y de Teresita.

Una frase que se le escapó al abuelo, no fué perdida para Susanita.

Al levantarse de la mesa, el anciano había dicho :

— Ante todo, convendría saber lo que Ella piensa.

Ella, evidentemente era Teresa.

Esto no ofrecía para Susanita la más mínima duda.

— ¡Pues bien, se dijo á sí misma, ya sabré lo que Ella piensa!

Aquel día, cuando las dos señoras estaban sentadas en la playa, Susanita pidió permiso para dar un paseo con Teresa.

El permiso se le concedió, con la condición de no alejarse.

La niña se fué dando la mano á la joven. Cuando estuvieron á cierta distancia de sus madres, encontró Susanita un sitio tan bueno, desde el cual se veía tan bien el horizonte, que obligó á su amiga mayor á sentarse allí con ella.

— ¿Sabes, le dijo á quemarropa, que Pablo se ha ido esta mañana?

— Sí, respondió Teresa un tanto sorprendida, no adivinando adonde la niña iría á parar.

Susanita guardó silencio unos instantes, y después dijo :

— Pablo estaba muy triste esta mañana.

La señorita de Montlaur, deseando cambiar de conversación, exclamó de repente :

— ¡Mira aquel barco!... ¿Lo ves?... ¡Cómo lo sacuden las olas!

Susanita no se tomó siquiera el trabajo de mirar, y fiel á un plan que ella se había trazado, continuó tranquilamente :

— Pablo te quiere mucho, ¿sabes?

— ¿Pero á qué viene eso? dijo Teresa con calor. Yo no sé porque me hablas así de tu hermano. ¡Acabarás por enfadarme!

— ¡Ya veo que tú no le quieres! murmuró Susanita con acento de reproche.

Y como clavaba sus ojos en Teresa, la vió ponerse encendida y emocionada.

— ¡Vámonos! dijo con voz breve Teresita de Montlaur; nos esperan.

Susanita se levantó y siguió á su amiga.

La niña estaba gozosa, pues la turbación de Teresita era la mejor de las respuestas.

Estaba segura de que sabía bastante.



Sin embargo, antes de llegar al sitio en que estaban las mamás, se acercó á Teresa y la cogió por la mano. Luego, en voz baja, le dijo:

— ¿Es decir que tú no quieres ser mi cuñada?

Teresa no respondió; pero Susana sintió que la mano de su amiga oprimía la suya con un movimiento rápido y al mismo tiempo afectuoso.

Y mirando á Susanita murmuró Teresa, á pesar suyo:

— ¡Querida niña!

— ¡Ah! exclamó Susanita, es preciso que yo te bese.

De un salto se le colgó del cuello, deslizando en su oído esta palabra sola :

— ¡Gracias!

En el instante en que la niña y la joven llegaban junto á sus madres, éstas cambiaron una ojeada rapidísima y en el acto interrumpieron su conversación.

— ¡Qué animada estás y qué buen color tienes, hija mía! dijo su madre á Susanita; tus ojos brillan extraordinariamente.

— ¡Es que estoy muy contenta, mamacita! dijo Susanita mirando á Teresa, que le hacía señas para que nada dijera de lo que había pasado.

Los gestos de Teresa y la alegría de Susanita debían explicarse necesariamente.

— ¿Qué tienes, Teresa? preguntó la señora viuda de Montlaur.

— ¿Por qué esa alegría, Susanita? preguntó á la par la madre de ésta.

Susanita entonces se acercó á su madre y dijo con sencillez, sin recatarse de Teresa y aun señalándola :

— ¡Porque ya sé yo lo que Ella piensa!

Á estas palabras, Teresa se puso tan encarnada como una amapola; y su madre, no entendiendo todavía, interrogó á la mamá de Susanita.

La madre de la niña, confusa y sorprendida un momento, acabó por decir á Susanita :

— ¿Cómo? ¿tú nos has oído esta mañana y has adivinado lo que papá quería decir?

Susanita hizo un movimiento de cabeza.

— ¡Miren ustedes que picarilla! dijo sonriendo la señora de Montlaur.

— ¡Qué astuta es! añadió la madre de Susanita acariciando á su hijita. ¿Pero es verdad, hija mía, que has descubierto el secreto de Teresa?

Y dirigiéndose á esta última, añadió:

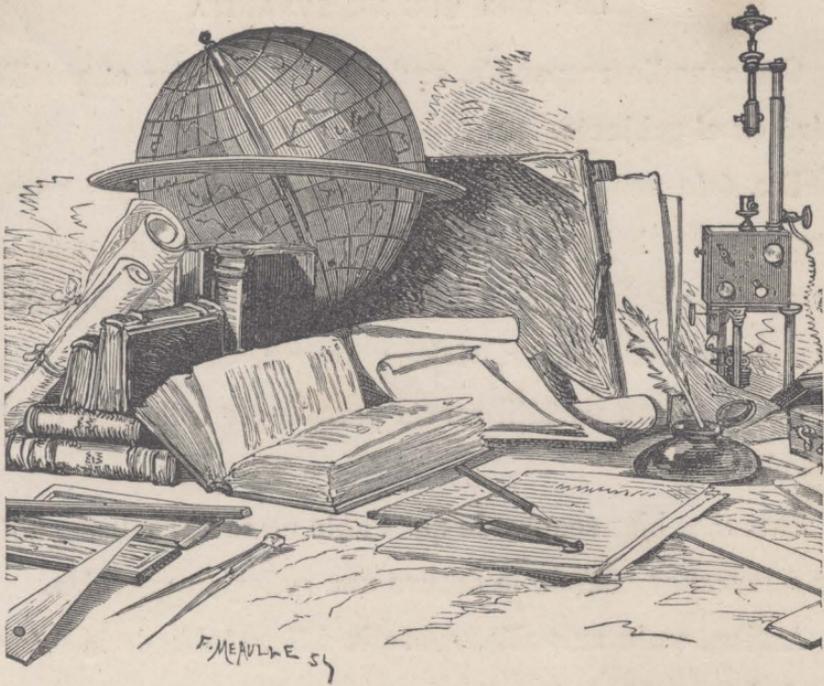
— ¿Será verdad, señorita, que mi hijo no le es á usted indiferente?

Por toda contestación, Teresita se echó en los brazos de su madre.

De tal manera, Susanita había consagrado oficialmente el noviazgo de su amiga Teresa y de su hermano Pablo.

Todos estaban contentos, no esperándose más que la vuelta del marino para pedirle su consentimiento el cual parecía seguro, cuando llegó la carta que llenó de inquietudes á Pablo, á su madre, á su abuelo y naturalmente á Susanita.

Pablo estaba demasiado inquieto para no tomar acto continuo el informe que su padre consideraba muy importante; salió pues de la sala para ir á ver en seguida á la madre de Teresa.



CAPITULO VIII

EL GABINETE DE ESTUDIO DE PABLO, Y LA CASA DE CAL



Susanita, que al salir su hermano se había quedado sola, se puso á repasar sus lecciones.

Á las cuatro, su acostumbrada hora de descanso y de recreo, se le ocurrió ir á ver si su hermano estaba ya de vuelta.

Encaminóse pues al gabinete de Pablo y dió unos golpecitos en la puerta.

Como nadie respondía, se decidió á levantar el pestillo y entró en el gabinete.

Era éste una pieza relativamente grande, cuyas paredes desaparecían bajo estantes sobrecargados de libros de todo género. Los había grandes, pequeños, abultados, diminutos, encuadernados, dorados, viejos y nuevos.

Una escalera portátil servía para llegar á los que estaban más altos.

Susanita, bien segura de que Pablo no se encontraba allí, se iba á marchar cuando la detuvo una reflexión que hizo.

Arriba, en lo más alto, sobre la última tabla de la estantería, había un libro de estampas que su hermano le daba algunas veces cuando ella daba vueltas á su alrededor.

Así conseguía Pablo que Susanita se estuviera quieta mirando los dibujos, que representaban flores magníficas de todos los países del mundo en paisajes tan bonitos como pintorescos.

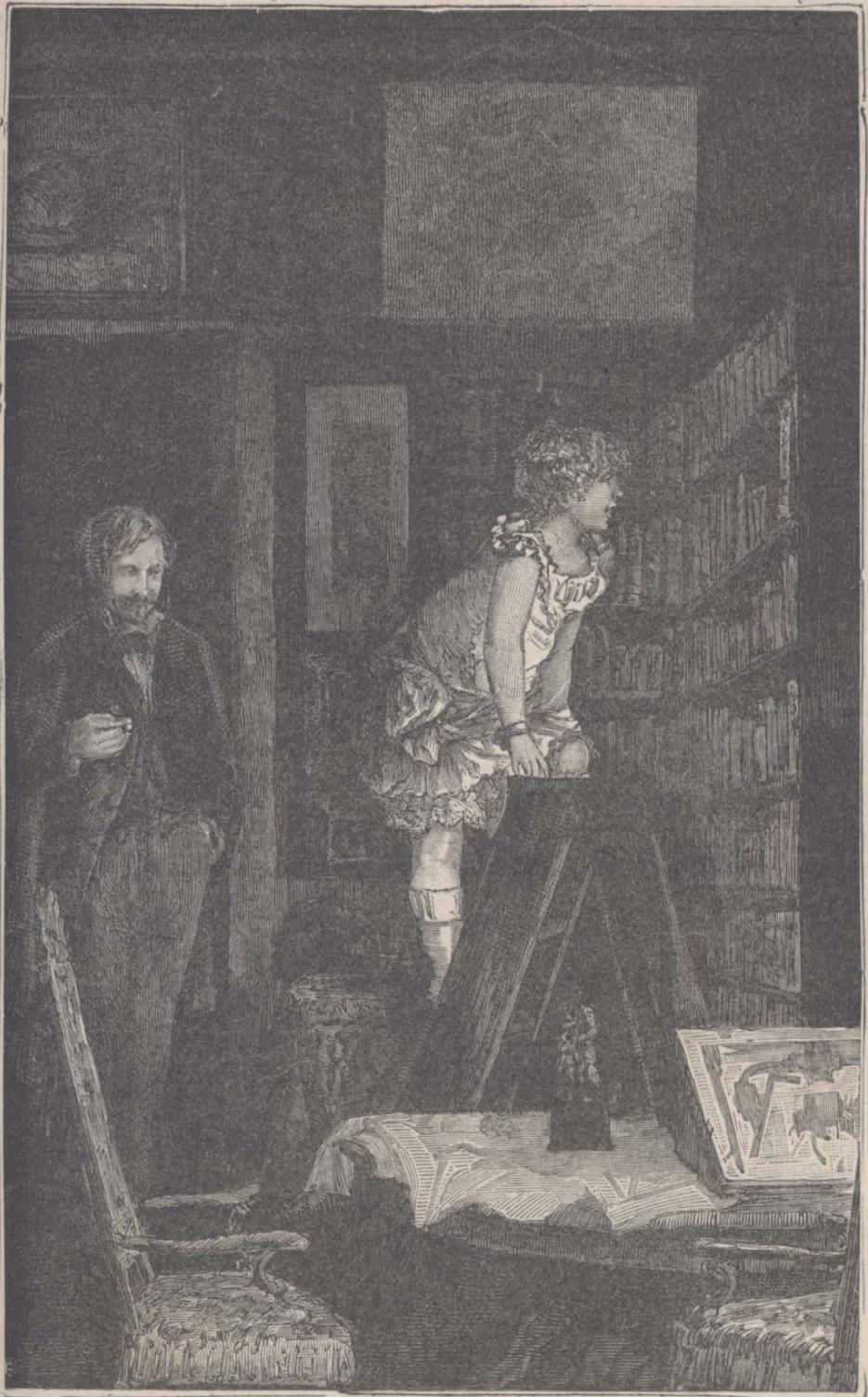
Ella levantó los ojos hacia el libro, que se mostraba tentador en medio de otros muchos y que parecía decirle : « ¡Cógeme! ¡cógeme!

La escalera estaba precisamente al lado, como indicando el camino, muy dispuesta á prestar sus escalones á la atrevida Susanita.

— ¡Vaya, pensó la niña después de ligerísima vacilación, me parece que no haré nada de malo cogiendo el libro, pues Pablo me lo daría si estuviera!

Dicho y hecho.

58



1811



Subió con cuidado los escalones, procurando sujetarse para no caer.

Ya iba á llegar al fin.

Un escalón más, y su manecita podría apoderarse del volumen, cuando se abrió con suavidad la puerta.

El que la abría no era otro que Pablo.

Venía á ponerse á estudiar, con su ropa de trabajo y el cigarrillo en la boca.

La alfombra ahogaba el ruido de sus pasos y el pestillo no había sonado. Por consiguiente la niña no podía ni sospechar que su hermano mayor estaba allí, apoyado en la puerta, con las manos en los bolsillos, observándola tranquilamente y muy contento de haberla sorprendido en flagrante delito de curiosidad.

— Bien, señorita, es muy bonito eso que usted hace, dijo por fin ahuecando la voz y afectando una entonación severa, aunque sin poder evitar una sonrisa.

Y ya estaba al pie de la escalera, pronto á recibir á su querida Susanita, en caso de que su voz la hubiera dado un susto.

Pero la niña se volvió sin sobrecogerse demasiado :

— ¡Hola! ¡eres tú! dijo al mismo tiempo ruborizándose un poco.

— Sí, señorita, soy yo. Y estoy muy enojado ¿no le tengo á usted prohibido que toque mis libros?

— Es verdad; pero ese es casi mío.

— Aunque fuera de usted, sabe usted perfectamente

que á mí no me gusta verla subir por la escalera.

— Pero si tú no hubieras vuelto tan pronto, no me hubieses visto, replicó la niña con lógica innegable.

— ¡Cómo! ¿todavía se atreve usted á razonar? dijo Pablo haciendo esfuerzos para no reirse mientras duraba el coloquio de arriba abajo. ¿Ignora usted, señorita, que por tomar ese volumen habría podido caerse y lastimarse?

— Pues entonces, contestó la niña, ¿por qué lo pones tan alto?

Al último « por qué » de su hermanita no encontró Pablo respuesta; se limitó á suspenderla por debajo de los brazos poniéndola en el suelo.

— Ahora cógelo tú mismo, dijo Susanita sin desconcertarse y tendiendo su mano hacia la biblioteca.

— ¿Qué? preguntó Pablo.

— ¡El libro!

— ¡Ca! no, no. Lo que es hoy no lo tendrás. ¡Eso te enseñará!

— ¡Eso me enseñará! ¡eso me enseñará! repitió Susanita á media voz. Y después, súbitamente, exclamó : Tú sí que has de enseñarme una cosa.

— ¿Qué cosa?

— La historia del líquido encarnado, ya sabes tú.

Pablo felizmente se hallaba de buen humor.

Había sabido por la señora de Montlaur, la cual era viuda como ya sabemos, que su marido había tenido, en efecto, un hermano, Pedro de Montlaur; pero este hermano,

que había sido alférez de navío como decía el papá de Pablo, había muerto muy joven durante la campaña de Crimea.

Pablo no había visto nada alarmante en estos informes, que él transmitió en seguida á su madre y á su abuelo. Ambos fueron de su parecer, y esto explica la razón de que el hermano mayor de Susanita se hallara en disposición de dejarse tiranizar entonces por la pequeñuela.

— ¡El líquido rojo! dijo al fin, quieres saber la historia de la sangre; pero dime ante todo si estás bien segura de haber comprendido lo que yo te he referido antes, y si has retenido algunas palabras raras con las que tuve precisión de esmaltar mi discurso.

— Sí que me acuerdo, respondió la niña, y quedaste en el momento en que el quilo va á pasar á la sangre.

— Bueno, y puesto que tú tienes tan buena memoria, acuérdate de que la sangre es una señora importantísima. Ella es quien nutre todo nuestro cuerpo; ella es la encargada de que todo marche en regla y de que todo funcione; ella distribuye por todo nuestro cuerpo, hasta por las uñas, por el pelo y por los dientes, los materiales que cada parte del cuerpo necesita para desarrollarse ó para componer sus deterioros.

Por eso la sangre es la que da á tus huesecitos la materia necesaria para que crezcan y se desarrollen, como á tus músculos cuanto les conviene para vigorizarse.

Pero tu sabes que á la larga se gasta todo; la misma

sangre acabaría por no tener materia que distribuir en nuestro cuerpo, si el quilo no le proporcionara después de cada comida esos materiales que tan útiles son.

— ¡Por eso me decías que se come para crecer! exclamó Susanita; y recapitulando la lección con sus deditos, resumió así: — Es preciso comer para que haya quilo, que da á la sangre lo que nos hace falta para crecer.

— No está mal, dijo Pablo encantado de la inteligencia precoz de su hermanita. Pero la sangre no sirve sólo para eso. Cuando hemos alcanzado nuestro desarrollo natural, sirve la sangre para conservarnos en buen estado de salud, componiendo sin cesar las averías del cuerpo.

— Pero entonces, una vez que la sangre nos corrige sin cesar los desperfectos que tengamos, ¿por qué no se vive siempre? dijo Susanita al cabo de unos momentos de meditación, con un razonamiento inesperado.

— ¿Por qué, dices? Haré una comparación que te haga comprender ese « por qué. »

Supongamos que se construye á tu vista una modesta casa de madera y mezcla.

Empiezan por poner el armazón y después lo cubren con la mezcla ó cal.

Lo primero que recibirá esta mezcla será la base, más tarde las paredes que se elevarán...

— Que crecerán, interrumpió la niña para demostrar á Pablo que ya adivinaba el sentido de la comparación.

— Que crecerán, como tú dices muy bien. Poco á poco,

siempre con la ayuda de la argamasa, la casita irá subiendo hasta que un día te sorprendas viéndola acabada.

— Y habrá alcanzado todo su desarrollo.

— Sí, con ayuda de la argamasa ó mezcla, que podemos llamar la sangre de la casa.

Ya está construída.

Durante algún tiempo se conserva sólida, brillante, nueva.

— Joven, dijo Susanita.

— Joven, eso es. De pronto, un día, ves una grieta en una de las paredes.

Es un desperfecto sin importancia. Se trae un poco de mezcla y se tapa la grieta con facilidad.

Algún tiempo después aparece una segunda grieta, más grande que la anterior. La cal ó mezcla, como antes, la hace desaparecer.

El día menos pensado se derrumba una pared; mas con la cal se compone.

Entre tanto corre el tiempo.

— ¿Envejece la casa?

— Perfectamente, envejece lo mismo que envejecemos nosotros. Se multiplican las grietas, la cal se empieza á caer á pedazos porque ya no tiene fuerza, y aunque se ponga nueva, la vieja armazón no la resiste ya. Á la primera sacudida, por un vendabal, un huracán, un temblor de tierra ó cualquiera otro motivo, cae.



— ¿Enferma?

— No, cae á tierra.

Pablo esta vez se echó á reir á carcajadas, tanto le divertían las interrupciones, el aire atento y el acento convencido de la pequeña Susanita.

Ésta compartió la alegría de su hermano. Pero contuvo su hilaridad para decir :

— ¡Pobre casita! ¡Ha muerto!

— ¡Ay! exclamó Pablo, ya veo que has entendido : la sangre se encarga de componernos hasta el día en que la armazón se gasta.

— ¡La casa se hunde! ¿Y no se ha encontrado remedio para eso? interrogó Susanita.

— No, dijo Pablo sonriendo, todavía no. Pero hay un medio, añadió seriamente, de hacer que dure la casa el mayor tiempo posible, y es tener buena cal, es decir, buena sangre, lo cual se consigue comiendo alimentos sanos, á horas regulares y obrando con prudencia para hacer siempre buenas digestiones.

— En cuanto á prudente, bien sabes tú que lo soy, dijo Susanita; ¿pero tengo yo culpa de que á veces me falte el apetito á las horas de comer?

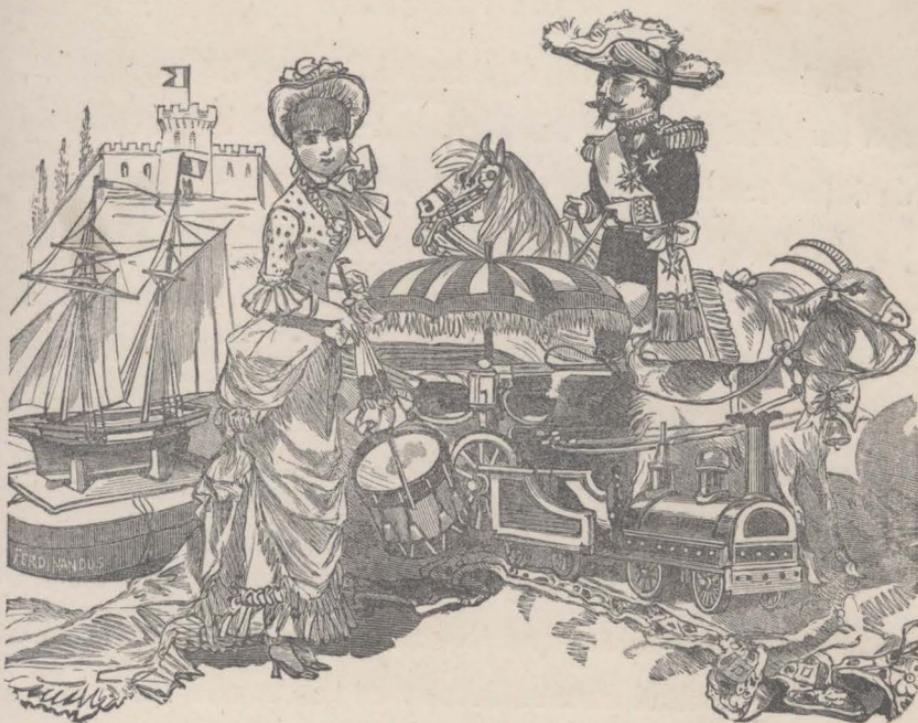
— Es claro que la tienes, porque no procuras moderarte; si almuerzas demasiado, no puedes tener gana á la hora de la comida. Y además, como mamá es tan buena y te mimaba demasiado, te deja comer á deshora una porción de golosinas. Por otra parte, no haces bastante ejercicio.

— Eso no es culpa mía; ¿no ves el tiempo que hace y cómo están las calles cubiertas de nieve? ¿puedo yo ir á jugar ni salir á paseo con un tiempo semejante?

— Bien, dijo Pablo reconociendo que su hermanita no dejaba de tener razón, tú sólo tienes una mitad de culpa, la otra mitad es de la señora doña Nieves.



Handwritten marks, possibly initials or a signature, located in the lower-left quadrant of the page.



CAPÍTULO IX

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO

Con un invierno espantoso, habíamos llegado al día treinta y uno de diciembre.

Aquel día la señora mandó enganchar y salió con Susanita.

El objeto de la salida era hacer compras para las amigas de la madre y las amiguitas de la hija.

Recorrieron muchos almacenes y tiendas en gran número, buscando objetos de arte, curiosidades, muebles y juguetes; las confiterías no fueron olvidadas.

En los grandes establecimientos brillantes de oro y cristal, con sus mostradores y sus escaparates llenos de bombones y de dulces multiformes y multicolores, con sus cucuruchos de papel satinado atados con cintas rosadas, verdes ó azules, con sus floreros conteniendo flores naturales en torno de la cajera, en medio del vaivén no interrumpido de mozos que salían con los encargos, de señoras que entraban, de caballeros que escogían, compraban, daban sus señas, pagaban y salían, nuestra Susanita no perdía el tiempo.

Á ella se acercaban sucesivamente las jóvenes empleadas, para ofrecerle confites que debían ser buenos, pues la niña no ponía dificultad en admitirlos y en saborearlos.

Ocupada la mamá en sus compras, no podía conceder mucha atención á la niña; por eso la muy golosa comió más golosinas de lo que era razonable.

Apenas se interrumpió un minuto en operación tan agradable, para murmurar :

— ¿Por qué será tan bueno todo esto?

Le contestaron :

— Porque está hecho con azúcar.

Y como ella sabía que el azúcar es muy bueno, creyó inútil volver á preguntar.

Entre tanto la mamá, terminadas sus compras, llamó á Susanita y subió al coche con ella.

No bien llegaron á la esquina del *boulevard* de Capuchinas y plaza de la Ópera, cuando empezó á llover de una manera torrencial.

Susanita, muy abrigada en su cupé, con el calorífero á los pies, veía como los transeuntes se precipitaban, se empujaban, se cubrían con sus paraguas ó se refugiaban en los cafés y zaguanes; los cocheros, chorreando agua, se levantaban los



cuellos de sus capotes; los viajeros bajaban á toda prisa de las imperiales de los ómnibus; un perro perdido corría olfateando por el borde de la acera

— ¡Pobres gentes! dijo Susanita con un sentimiento real de compasión.

Y agregó después :

— ¿Cómo van á hacer para secarse?

— Pondrán sus ropas al fuego, le dijo su mamá.

— ¿De veras? ¿Y por qué el fuego ha de secarlas?

— Porque el calor del fuego convertirá el agua que las moja en vapores que se irán.

— ¿Convertidos en nubes?

— Sí.

— ¿Y si no tienen fuego?

— En ese caso el aire que las rodea, siendo más caliente y seco que sus ropas, hará lo mismo que el fuego, pero con más lentitud.

— Lo cual no impedirá que muchos de esos pobres se resfríen. Oye, mamá, ¿por qué uno se resfría cuando está mojado?

— ¿Por qué? Porque la transformación del agua en vapor, en una palabra la evaporación, roba al cuerpo cierta cantidad de calor que necesita; y esa pérdida de calor basta para resfriar á una persona ó para causarle otra indisposición cualquiera.

Susanita calló un momento, y luego dijo:

— Mamá, ¿por qué se celebra el día de Año nuevo?

— Porque los que han sido desgraciados en el año que concluye, esperan ser felices en el año que empieza; porque los que han padecido quebrantos de salud esperan recobrarla totalmente; porque los viejos se alegran de haber vivido un año más; y en fin, añadió la madre mirando á su pequeñuela, porque los niños son agasajados en todos los países del mundo.

En aquel momento llegaba el coche al patio del hotel. Susanita subió corriendo á su alcoba; pero al pasar junto á la ventana de la sala, que daba sobre el balcón, oyó súbitamente unas voces conocidas.

La niña se detuvo.

Á decir verdad, las tales voces eran más bien alaridos, gemidos y lamentos que nada tenían de humano.



Sin embargo, Susanita reconoce bien aquellos gritos. Pali-dece, escucha de que parte proceden, corre á la ventana, levanta las cortinas y da á su vez un grito de dolor.

¿Qué ha visto, pues?

Dos pobres animalitos, dos amigos suyos; Microbio, que es un gatito muy manso, y Azmir, un lindo perro que han traído para ella desde Petersburgo.

Sin duda habían quedado en el balcón por olvido ó negligencia de la criada, que al cerrar las ventanas no los habría

visto, y allí estaban mojados, chorreando agua y tiritando de frío.

Al ver á su amita, á quien reconocen al momento, levantan hacia ella sus ojos suplicantes.

Al grito de Susanita había acudido la niñera. Los pobres animalitos entraron.

Susanita se los llevó consigo y los hizo echarse inmediatos á la chimenea.

Azmir se sacudía, Microbio se pasaba una pata por detrás de las orejas. Los dos se calentaban.

Y la niña, que no olvidaba jamás las lecciones recibidas, murmuraba viendo el espeso vapor que envolvía á los animales :

— ¡Eso es la evaporación!





CAPÍTULO X

EL CORAZÓN DE SUSANITA

Pudiera creerse que la historia de la digestión, así como también la de la sangre, ambas comprendidas por Susanita, la habrían convencido de que no debía tomar entre comidas golosinas de ninguna clase.

En efecto, por algunos días almorzó y comió con regularidad; pero la tarde en que visitó las confiterías, debemos confesar ingenuamente que no tenía motivo para tener hambre.

Los dulces que había tomado le habían quitado el apetito.

Por eso á la hora de comer empezó por no probar la sopa.

Lo mismo sucedió con las entradas, con el asado y con las legumbres, no tocando tampoco los entremeses.

— ¿Qué tienes, hija? le preguntó su abuelo. Apuesto que hoy también has tomado golosinas.

— Y algo más de lo justo, dijo la mamá enfadada.

— Mamá, no lo haré más, dijo Susanita; pero hoy no puedo comer; tengo algo en el corazón.

— ¿De veras? dijo Pablo mirando á su hermanita. ¿Y donde tienes el corazón, muchacha?

— Aquí, respondió Susanita poniéndose la mano en el estómago.

— Me alegro mucho, dijo Pablo riendo, de saber que tienes el corazón en semejante sitio. Es un caso raro. Y añadió :

— En lo sucesivo no te preguntaré nada; si yo te rogara que me dijese donde tienes la punta de la nariz, capaz serías de señalarme la barba ó las orejas.

— ¡Bah! ¿te quieres burlar de mí?

— No me burlo, ¿pero es posible que una señorita como tú ignore aún donde tiene el corazón? ¿No has sentido nunca sus latidos?

— Ahora mismo los siento, dijo Susanita. Late aquí.

Y al decir esto se llevaba la mano al costado izquierdo.

— Muy bien, dijo Pablo; ¿pero en qué consiste que latiendo ahí te duele más abajo?

La niña, que reflexionaba siempre con formalidad sobre lo que le decían, respondió después de algunos instantes.

— Es verdad; quiere decir que lo que tengo mal es el estómago. No lo que tengo, sino lo que tenía mal, agregó enmendándose.

— Eso es lo cierto, y no debes usar unas palabras por otras como hacen las chicas ignorantes.

— Tienes razón. Cuando me duele un pie no digo que me duele la cabeza.

Dicho esto con una seriedad que divirtió á los presentes, añadió la niña :

— ¿De qué sirve el corazón?

— De casi nada, es la cosa más sencilla del mundo; sin él no vivirías.

— Pues tú me habías dicho que la sangre es lo que nos hace vivir, ¿no me has dicho eso?

— Verdad que sí; te he dicho, volviendo á nuestra comparación, que la sangre es como la cal, mediante la cual se edifica y se compone la casa. ¿Pero crees tú que la cal va y viene sola?

— ¡Oh! no, exclamó la niña, como si encontrara la pregunta demasiado fácil, es un obrero el que la lleva.

— Pues bien, querida, el corazón es el obrero que trae y lleva la sangre.

— Yo creía que la sangre se hallaba en nuestro cuerpo sin necesidad de ser traída y llevada.

— ¡Ah! ¿tú pensabas que ella se estaba tan tranquila como esa agua con vino que tienes en el vaso?

— Por supuesto.

— Pues es todo lo contrario; su actividad es tal, que recorre todo nuestro cuerpo en veinte y dos segundos.

— Explícame como es eso.

Pablo miró á su madre y á su abuelo, y como éstos le hicieron seña de que continuara á fin de distraer á la niña de su célebre « mal de corazón », prosiguió así :

— Tú me has visto jugar á los naipes con abuelito, ¿no es verdad?

— Sí.

— Y conoces las cartas de la baraja francesa.

— Conozco todos los ases.

— Pues bien, hay un as de corazón, y debes saber que su figura es la de nuestro corazón, aproximadamente; pero con la diferencia de que el corazón es mucho más abultado, y está hueco. Imagínate una especie de globo de caucho que pudiéramos contraer á voluntad y que se hallara dividido en cuatro compartimentos : dos abajo y dos arriba.

Supongamos ahora que el compartimento bajo de la izquierda está lleno de sangre. Al contraerse expulsa la sangre por un largo tubo que se llama arteria y que se divide en multitud de tubos cada vez más chicos, invisibles casi, los cuales penetran en todos nuestros órganos, y en nuestra carne también.

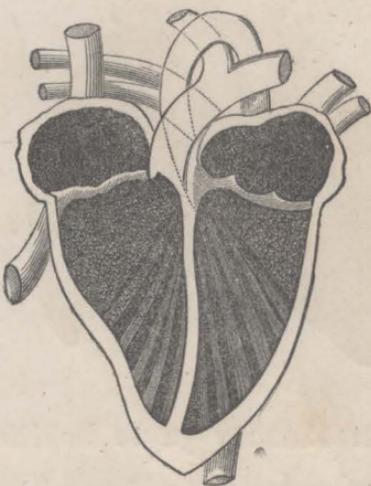
Ese gran número de pequeñas arterias permite á nuestra

sangre ir y venir por todo nuestro cuerpo. Así lo nutre, así fortalece la armazón debilitada, así tapa los agujeros (hablo siempre por comparación), restaura los desperfectos y, en una palabra...

— Compose la casa, interrumpió la niña con un tonillo de satisfacción, mostrando así que empezaba á comprender.

— Más todavía, dijo Pablo; al componer la casa, arrastra y se lleva los viejos materiales que ya no sirven.

Omito el decirte que la sangre está llena de glóbulos diminutos, semejantes á monedas imperceptibles; hay millares en cada gota. Son encarnados, y á ellos debe la sangre su coloración.



Ahora bien, la sangre restaura valiéndose de estos glóbulos, como el obrero se sirve de la cal.

Aquí pone, allí deja, y tantos reparte al circular, que al fin pierde el color rojo y toma un color negro debido á los materiales viejos recogidos á su paso.

Llega un momento en que ya se encuentra tan recargada de material antiguo, que le es preciso descargarse de él.

— ¿Qué hace? preguntó la niña.

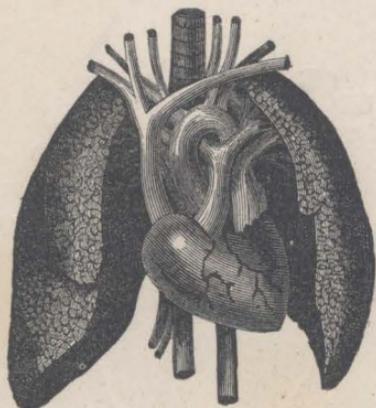
— Una cosa muy sencilla : echarlo al fuego.

— ¡Qué cosas dices! exclamó Susanita.

— Te digo la verdad. Escucha bien. La sangre ennegre-

cida empieza por ir al compartimento alto de la derecha; allí abre una puerta y desciende al compartimento bajo del mismo lado.

Entonces el compartimento se contrae y la sangre sale por otro tubo que la lleva á los pulmones.



— ¿Los pulmones?

— Sí, ese es el horno donde la sangre quema sus viejos materiales.

— ¿Pero tenemos fuego dentro de nosotros? interrogó la discípula de Pablo.

— No tengas cuidado y tranquilízate, respondió éste. Eso quema

sin llama y ya te hablaré de ello algún día, cuando me preguntes por qué respiramos. Por hoy te bastará con saber que la sangre espesa y negra se encuentra al llegar á los pulmones en presencia del aire que continuamente respiramos, y se convierte en bermeja y fluida.

Entonces va al compartimento alto de la izquierda, abre una puerta y desciende al piso bajo, al mismo sitio de donde partió, del cual vuelve á salir para continuar su tarea reparadora por todo nuestro cuerpo.

— Se me figura, dijo la mamá, que esa pobrecita sangre tiene que abrir muchas puertas. ¿No tendrá portero que la ayude?

— No lo necesita, dijo Pablo, pues las puertas que abre

son como las que tú conoces. No hay más que empujarlas, y ellas mismas se abren y se cierran.

— Y todo eso, gracias al corazón, dijo Susanita llevando la mano al pecho.

— ¿Qué haces? preguntó el abuelo sorprendido.

— Siento los latidos de mi corazón. Estos latidos, añadió la niña vacilando; ¿no son los compartimentos que se contraen?

— ¡Bravo! exclamaron á una Pablo, su madre y su abuelo.

Y el último añadió dirigiéndose á su nieto Pablo :

— Termina tu historia, examinando si la sangre de tu hermanita circula con regularidad.

— ¿Y cómo lo ha de ver? dijo la niña admirada.

Pablo, por toda respuesta, le tomó el pulso á la niña; al mismo tiempo que lo hacía con la mano derecha, miraba su reloj que ya tenía en la otra mano.

— Haces como el médico, dijo la niña.

— Sí, te pulso.

— ¿Para ver si mi sangre circula bien?

— Exactamente.

— ¿Y cómo puedes saberlo?

— Tú misma nos acabas de decir que los latidos de tu corazón corresponden á sus contracciones.

— Eso he dicho.

— Pues bien, cada vez que el corazón lanza la sangre, ésta penetra en los tubos que antes he dicho. En la muñeca,

esto es, en el pulso, tienes un tubito que se llama, por si quieres saberlo, arteria radial. Cuando la sangre llega á esa arteria, mis dedos que la oprimen sienten los latidos de la sangre, pues ésta quiere pasar á toda costa y empuja así mis dedos como la arteria misma. Añadiré que la palabra pulso viene del latín, y que *pulsus* quiere decir precisamente empujado.



— ¿Cuántas pulsaciones? preguntó el abuelo.

— Setenta.

— Vamos, la niña está buena.

Pero Susanita miraba como quien pide más explicación y su hermano le dijo :

— Se ha hecho constar que ese número de pulsaciones prueba que el corazón late convenientemente. Cuando el pulso es más débil indica anemia; cuando está más fuerte indica fiebre.

— Por eso los médicos lo denominan la brújula, dijo el abuelo. Es un guía tan seguro como la brújula náutica, que tu padre consulta quizá en este momento.

Este recuerdo no entristeció á la familia, pues en el ministerio había noticia de que el buque esperado seguía sin novedad su derrota.



CAPITULO XI

EL DÍA DE AÑO NUEVO

Á la mañana siguiente, lo primero que hizo la niña fué presentar sus felicitaciones de año nuevo á su madre, á su abuelo y á su hermano.

Como el lector supondrá, no volvió de estos tres viajes con las manos vacias; todos la obsequiaron con algún presente.

Á cada instante llegaban al hotel regalos y más regalos para la señorita, de parte de todos los amigos de la casa.

La niña reunía en su cuarto los aguinaldos que iba reci-

biendo, libros, estampas, juguetes de todas clases, nuevas invenciones, cartuchos de confites, botes elegantes y lujosos, objetos de tocador, muñecas parlantes y de movimiento vestidas á la moda, sonrosadas, rubias, con las cejas muy exageradas y los ojos demasiado grandes, ¡pero tan bonitas!

Se encontraba la niña satisfecha entre todas estas cosas, cuando al medio día, después de verlo, palparlo y examinarlo todo, se vuelve á la doncella que se hallaba entonces á su lado y le dice :

— Escucha, Luisa, ¿las niñas están muy contentas hoy? Y como Luisa no le respondiera, ella agregó :

— Oye, ¿no es verdad? ¿Por qué no me respondes? ¿No son felices el día de año nuevo las niñas que han sido buenas todo el año?

Entonces Luisa se decidió á contestar :

— No todas, señorita.

— ¡Cómo! ¿hay algunas que no están contentas en un día como hoy? ¿Es posible eso con tantos aguinaldos?

— Es que hay muchas niñas que no reciben regalos hoy ni nunca.

Susanita dejó caer un libro que hojeaba, y mirando á su doncella :

— ¿Qué estás diciendo? preguntó asombrada, ¿hay niñas que han sido buenas todo el año y no reciben regalos en el día de hoy?

— Sí, señorita.

— ¿Y por qué, di?

— Porque son pobres.

— ¡Ah! murmuró únicamente Susanita; y luego, pasado un corto rato de reflexión, añadió esto: — ¡Es verdad!

La niña estaba en pie en medio de sus tesoros infantiles, mirándolos inmóvil, y al parecer madurando algún magno proyecto.

-- ¿Conoces tú, dijo al fin á la criada, á algunas de esas muchachas pobres?

-- Sí, señorita, las conozco.

Nueva pausa; y poco después la niña, mirando con cariño sus regalos cual diciéndoles adiós, se los señaló con una mano á Luisa:

— Pues llévalas todos esos, dijo con sencilla naturalidad.

La doncella se quedó tan sorprendida con tan repentina decisión, que creyó haber comprendido mal.

— ¿No me has oído? preguntó Susanita.

— ¡Qué, señorita! ¿quiere usted?...

La niña contestó con un movimiento de cabeza afirmativo, que mostraba claramente su resuelta voluntad.

— ¿Y su mamá de usted? observó Luisa.

— ¡Oh! cuando mamá lo sepa me dirá que he hecho muy bien. Estoy segura de que me besará. Vaya, llévatelo todo y repártelo á esas pobres niñas. Anda, Luisa, despáchate.

La criada salió con el pretexto de ir á buscar cestas para poner los regalos, pero en realidad para avisar á la señora de lo que sucedía.

La señora escuchó á Luisa con singular atención.

Cuando ésta acabó de hablar, aquella dijo:

— ¿Conoce usted, en efecto, á las niñas de que habla?

— Sí, señora, conozco lo menos diez en este barrio; son hijas de mercaderes pobres y de vendedores ambulantes que viven por aquí cerca.

— Pues haga usted lo que desea la niña, pero no deje usted de presentásemé cuando lo haya hecho.

Muy satisfecha la criada volvió al cuarto de la niña, y ésta la ayudó á colocar los juguetes con el mayor cuidado. No quiso conservar para sí otra cosa que los libros.

No se podría jurar que nuestra amiguita empaquetara los aguinaldos sin ahogar algún suspiro de pena, sobre todo al desprenderse de dos ó tres regalos que le habían causado una alegría mayor. Cuando todo estuvo empaquetado y listo, la criada, con una cesta en cada brazo y ambas llenas de riquezas, dijo á la niña:

— ¡Ay! señorita, ¡cómo le van á dar á usted las gracias y qué contentas se pondrán!

— Y yo, ¿crees tú que no estoy contenta?

Por esta vez, se puede asegurar que la niña no se engañaba. Era realmente dichosa.

Levantó las cortinas para ver á Luisa atravesando el patio, y cuando la vió alejarse fué á buscar á su madre para contarle lo que acababa de hacer.

La señora, conmovida y encantada de tener tal hija, le respondió sencillamente con estas dos palabras:

— ¡Bien hecho!

No es necesario decir que la besó y la abrazó.

Susanita sonreía con una sonrisa que significaba: « Ya lo sabía yo. »

Luisa al volver manifestó á la niña la alegría que había causado á sus vecinitas pobres, y cuán agradecidas habían ellas quedado. Las madres habían llorado de placer viendo que sus hijas también tendrían aguinaldos, ¡y qué aguinaldos!

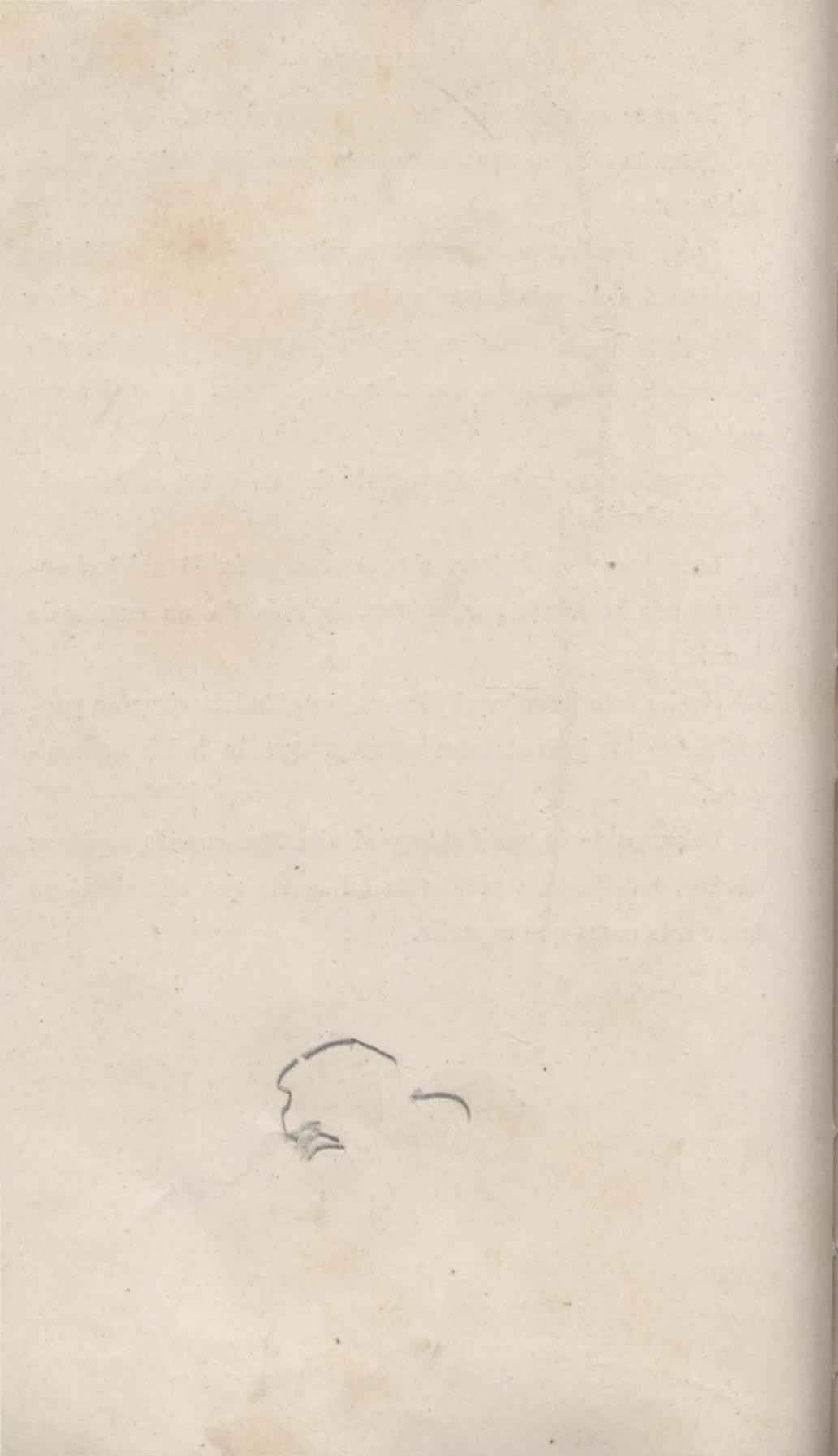
Después pasó Luisa al aposento de la señora, como se le había ordenado.

La señora mandó cerrar la puerta y habló misteriosamente con la criada por espacio de más de un cuarto de hora.

Hecho esto le entregó dinero, mandándola ejecutar puntualmente las instrucciones secretas que le había comunicado.

Debemos decir que Pablo y el abuelito, cuando supieron el caso, felicitaron á la niña de tal suerte que ella sintió no tener más cosas que repartir.







CAPÍTULO XII

LO QUE SUSANITA HABÍA HECHO DE SUS REGALOS

El día primero de enero se pasa en familia. El día dos se consagra á los amigos y amigas de la casa; es el día de las visitas.

Á cosa de las tres empezaron á llegar las amigas de la señora.

Las que llevaban niñas permanecían en la sala, como todas; pero sus niñas eran conducidas al gabinete de Susanita.

La primera niña que llegó era una preciosa morenita, de grandes ojos oscuros con pestañas negras y abundantes, que parecían dormidos ó soñadores.

En realidad, la señorita Adela siempre tenía sueño.

Por eso su familia y sus amigas la llamaban la princesita Marmota. ¡podo tan amable como merecido,

No bien entró en el cuarto de Susanita, se dejó caer en un sillón y dijo con el aire más lánguido del mundo :

— ¡Enséñame tus aguinaldos!

La niña mostró los libros que estaban encima de la mesa.

— ¡Ah! no tienes más que eso, murmuró la princesita Marmota. Pues mira, ¡yo tengo! yo tengo... y el resto de la frase se desvaneció en un murmullo bastante desdeñoso.

La pobre Susanita empezaba á estar inquieta.

Pensaba con razón que todas sus amigas iban á hacerle igual pregunta.

¿Cómo evitar la dificultad de una respuesta en la que su amor propio estaba comprometido?

La princesa Marmota no era ya de temer, pues encontrándose bien en la butaca había cerrado sus hermosos ojos y sin duda iba á dormirse; pero, ¿y las otras?

Cabalmente en aquel punto invadía su habitacion otra niña, que sin dar siquiera los buenos días á Susanita va y viene de un lado á otro, mirándolo todo como quien busca algo.

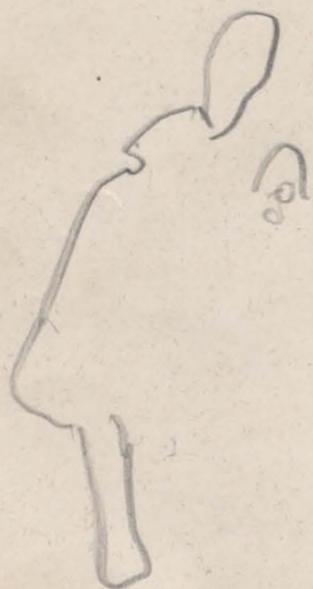
La princesa Marmota no estaba en disposición de hacer nuevas preguntas.

Dormía profundamente.

Pero el diablillo que acababa de llegar, charlando sin cesar y con una curiosidad sin medida, se movía continuamente con maneras vivas y movimientos bruscos más propios de un niño que de una niña, por todo lo cual era más de temer.

María, que así se llamaba, también tenía su mote.





La llamaban la señorita « Eso me estorba », porque desde chiquitita, queriendo tener libertad de movimientos, se sentía mal en su ropa. Todo la contrariaba, todo la oprimía, desde la cinta de la enagua ó el cordón del corsé hasta el ala del sombrero, el nudo más pequeño ó el pliegue más insignificante. No cesaba, pues, de repetir con una graciosa mueca : « ¡Eso me estorba! ¡eso me estorba! »

Y movía los hombros, levantaba los brazos, se estiraba ó se encogía, hasta que cedían los lazos y los cordones, se le rompían las mangas, se le aflojaba el corsé y todos los estorbos desaparecían.

Debe suponerse que la señorita « Eso me estorba », con una sangre tan viva, exigiría de Susanita alguna contestación.

Se había plantado ante ella, con los brazos cruzados, y mirándola de frente no paraba de repetir :

— ¿No quieres enseñarme tus juguetes? ¿Por qué los has escondido?

La pobre Susanita estaba muy cohibida. Su amor propio la excitaba á responder : « ¡Tengo más que tú, mis juguetes son más bonitos que los tuyos! Pero al mismo tiempo adivinaba que su buena acción, pregonándola, se deslucía; y prefería callarse.

La señorita « Eso me estorba » sacudió bruscamente á la dulce princesita que dormía como una marmota, y ésta abrió sus grandes ojos diciendo :

— ¿Qué hay?

— ¿Has visto los aguinaldos de Susanita?

La princesita dormilona, sin tomarse el trabajo de responder, extendió su mano hacia la mesa llena de volúmenes con encuadernaciones doradas y lujosas.

— Esos son los libros, ya los veo, dijo Mariquita; ¿pero dónde están los dulces, los juguetes y los otros regalos?

Y volviendo á mirar á Susanita con un principio de extrañeza :

— ¿No has recibido regalos? preguntó.

En aquel momento se oyó ruido de pasos y de voces en la puerta del cuarto, y entraron cinco ó seis niñas, todas alegres y risueñas.

Se agruparon alrededor de Susanita, y luego exploraron con la vista los rincones del cuarto.

Era evidente que iban á renovarse las preguntas de Adela y de María.

La pobre Susanita, llena de inquietudes, se creía verdaderamente desgraciada.

Las niñas la miraban fijamente, esperando sin duda que ella hablase.

Como ella nada decía, las otras se dirigieron con curiosidad, primero á la princesa Marmota acurrucada siempre en su butaca, después á la niña « Eso me estorba. »

Ésta, muy admirada y temiendo disgustar á Susanita, llamó aparte á una de las más pequeñas y le habló al oído. Lo que le dijo fué conocido bien pronto, no tardando en levantarse un murmullo de ¡ah! y ¡oh! y ¡ca! en la infantil asistencia.

Por último, una de las niñas se acercó á Susanita, que para disimular su turbación aparentaba ordenar los libros en la mesa, y le dijo :

— ¿Pero es verdad que no tienes aguinaldos?

Susanita ya no pudo más; se volvió con los párpados llenos de lágrimas y gritó sin poderse contener :

— ¡Sí! ¡sí! ¡sí!

Fué todo cuanto pudo articular, pues no quería responder y menos mostrar su angustia.

— Pues bien, cuéntanos lo que has hecho de tus regalos, dijo la señorita « Eso me estorba. »

Hacía algunos instantes que la puerta se había entrea-bierto; la señora de la casa había sido testigo de la escena.

— Van ustedes á saberlo todo, señoritas, dijo seriamente. Vengan ustedes conmigo y verán satisfecha su curiosidad.

Las niñas, sorprendidas y confusas, siguieron sin chistar á la señora. Ésta las condujo al comedor, donde una colación las esperaba.

Las mamás ya se encontraban allí.

Susanita miró á su madre como quien no comprende.

La madre le hizo una seña á Luisa, y ésta abrió de par en par una de las puertas laterales del comedor.

Entonces aparecieron diez ó doce niñas, vestidas modestamente, pero con sus trajes nuevos, sus cuellos blancos muy limpios, peinadas con esmero y las mejillas encarnadas por el frío de la calle.

Á la cabeza del grupo marchaba la mayor, teniendo un ramillete en la mano.

Ésta avanzó hacia Susanita :

— Señorita, dijo, venimos á darle á usted las gracias de todo corazón... Nosotras somos las niñas á quien usted ha



enviado sus dulces y sus juguetes... ¡eso nos ha causado mucha alegría!...

Se interrumpió intimidada creyendo haber dicho más de lo que era menester; pero impulsada por las que la seguían, continuó :

— Nuestros papás y mamás han echado un guante para que podamos ofrecer á usted este ramo de flores... Es una pequeña prueba de agradecimiento; si usted quiere aceptarlo nos hará un grandísimo favor.

— ¡Sí! ¡sí! murmuraban las otras compañeras.

Susanita estaba por extremo conmovida.

No esperaba semejante cosa y por lo mismo no sabía que hacer.

— Toma, pues, el ramillete, hija mía, dijo al fin su mamá encantada al ver la emoción de la querida niña.

Ésta se acercó más á la niña que le había hablado, tomó el ramillete y la besó en la mejilla.

Las otras niñas pobres quisieron también besar á Susanita y que ésta las besara.

Y lo hicieron todas con una alegría tan verdadera, con un placer tan sentido, con una sinceridad tan notoria, que las amiguitas de Susana, viendo entonces lo que había hecho ésta de sus aguinaldos, comprendieron que había hecho bien y empezaron á envidiar su suerte.

No obstante, permanecieron mudas aguardando que alguna de entre ellas adoptase una resolución.

Por fin la princesita Marmota se acercó á su madre y dijo tranquilamente :

— Mamá, si tú quieres haré yo lo mismo que Susana.

La mamá le respondió con una señal de asentimiento.

Las otras niñas se dirigieron cada una á su mamá.

Como éstas hablaron en voz baja, no se sabe á punto fijo lo que dijeron; mas es de suponer que el ejemplo de Susanita resultaría contagioso.

La señora había tenido la idea de reunir las muchachas á quienes su hija había distribuído sus propios regalos de Año

nuevo. Enterada por Luisa de que ellas tenían grandes deseos de dar las gracias á su infantil bienhechora, había querido contribuir por su parte á la alegría de las niñas pobres de la vecindad, encargándose de comprarles á todas ropa nueva. Pensando que la generosidad de su hija merecía darse á conocer, para ejemplo de las otras niñas, había consultado con sus respectivas madres y todas habían dado su aprobación á la escena que hemos visto.

La colación seguía esperando.

La niña de la casa había invitado á sus antiguas amigas, como asimismo á las nuevas. Hubo al principio cierta frialdad; pero la señorita « Eso me estorba », con su alegría turbulenta y su carácter comunicativo, no tardó en inspirar confianza á todas sus compañeras. De ese modo logró que el dos de enero fuese para aquellas niñas tan grato y placentero como el día anterior.





CAPÍTULO XIII

POR QUÉ NO TODOS LOS DÍAS ES AÑO NUEVO

Al día siguiente por la noche se hallaba Susanita en la sala principal, con toda su familia, acordándose de las emociones y de los placeres de la víspera.

Estaba soñadora, cuando de repente se dirigió á sí misma esta pregunta:

— ¿Por qué no es año nuevo todos los días?

La niña imaginaba que había dicho esta frase en voz baja, entre dientes y para sí sola. Sin embargo, habíala pronunciado más alto de lo que hubiera querido y su abuelito la oyó.

— ¿Qué es lo que preguntas? dijo el abuelo con una amable sonrisa, distrayendo á la niña de sus reflexiones.

— ¿Yo?... Nada, abuelito, contestó la niña ruborizándose un poco.

Y añadió con viveza :

— Bien sé yo que he dicho una tontería. Todos los días no es año nuevo, porque... porque...

Y se interrumpió muy sorprendida.

— Vamos, hijita, acaba, dijo el abuelo queriendo que la nieta pudiera salir del paso.

— Pues porque... vaya, abuelito, no lo sé.

Con mucha curiosidad miró la niña á su abuelo para ver si hablaba.

Pero como el abuelo nada decía, la niña preguntó con aire de duda :

— ¿Acaso se puede saber eso?

— Es claro que sí, respondió Pablo.

— ¡Cómo! ¿hay motivos para que el día de año nuevo sea el primero de enero y no otro día? preguntó la niña mirando alternativamente á su abuelo y á su hermano.

Habiéndole contestado el abuelo con un movimiento de cabeza afirmativo, la niña se le acercó y le dijo con una vocecilla cariñosa y suplicante :

— ¡Explícame eso!

— Pero hijita, los motivos que hay son numerosos, y no me parece fácil disparártelos juntos y á quemarropa como si se tratara de asunto muy sencillo. Tendría que

hablarte de astronomía, ¡diablo!... ¿Sabes tú qué es astronomía?

— Eso debe ser el estudio de los astros.

— ¿Y que son los astros?

— ¡No sé! exclamó la niña viéndose atajada en su erudición.

— ¿Ignoras pues que los astros son esos cuerpos esparcidos en la inmensidad del espacio, como el Sol, las estrellas, los cometas y los planetas?

— Abuelito, me parece que tú te olvidas de nosotros.

— ¿De qué me olvido?

— No has nombrado nuestro mundo : la Tierra.

— ¿Es decir que tú me das lecciones? Pues me alegro; y una vez que tanto sabes no tengo necesidad de enseñarte cosa alguna.

El abuelo aparentó que se iba á levantar.

Creyó la niña que su excelente abuelito se había enfadado con ella; pero se tranquilizó al ver que su madre y Pablo se miraban sonriendo. Entonces dijo :

— Abuelito, no lo haré más. Pero dime por qué no has hablado de la Tierra.

— Te he hablado de ella, respondió el abuelito fingiendo todavía severidad.

— ¡Bien! dijo Susanita que no se atrevía á desmentir al viejo, pero creyendo que se equivocaba.

El buen señor se hizo cargo de que no convenía dejar á la pequeñuela embrollándose en vanas investigaciones, y dijo

— ¿No he nombrado los planetas?

— ¿Los planetas? Eso sí.

— Pues bien, siendo la Tierra un planeta como los demás, resulta que he hablado de ella sin citar su nombre.

— Es verdad, murmuró Susanita poco convencida, pues la palabra planeta no significaba na para ella.

Adivinando el abuelo et pensamiento de su nietecita, prosiguió :

— Lo que debes preguntarme es la definición de los planetas.

— Sí, exclamó ingenuamente Susanita.

— Escucha, pues : los planetas son astros, sólidos como la Tierra, que giran alrededor del Sol. Su nombre viene de una palabra griega que quiere decir « errante ».

— ¡Pues qué! exclamó la niña, ¿mi Sol sirve á otros mundos como al nuestro? ¿Los alumbrá y los calienta?...

Y dijo todo esto con un aire humillado.

Sin duda la señorita hubiese querido que el Sol alumbrara sólo para ella.

— Sí, contestó el abuelo, en torno de tu Sol giran siete planetas grandes y un centenar de pequeños; se supone que estos últimos son fragmentos de un planeta roto.

— ¿Qué me cuentas, abuelito? ¿Los planetas se rompen? Entonces la Tierra...

— Ese planeta que estalló y se hizo pedazos debía ser de mala calidad, porque la Tierra y los otros, hija mía, prometen durar por algún tiempo.

— ¿La Tierra es el planeta más grande y más hermoso, abuelito?

— De ningún modo.



Y el abuelo, tomando por testigos á su nieto Pablo y á la madre de éste, que sonreían oyendo la conversación:

— ¡Miren ustedes, dijo, adonde la vanidad conduce á esta criatura!

No solamente ha querido acaparar el Sol para ella sola, sino que pretende hacer de la Tierra un planeta más favorecido que todos los demás. Eso no es justo, hija mía. El Sol brilla para todo el mundo... y para todos los mundos

— Está bien, dijo la niña algo confusa, ¿pero cuáles son esos otros mundos y cómo son?

— ¡Oh! Vas demasiado lejos en tus preguntas. Por el momento sólo puedo decirte que hay dos planetas, llamados Mercurio y Venus, los cuales están más cerca que nosotros del Sol. Mercurio es más pequeño que la Tierra y Venus de las mismas dimensiones de nuestro globo. Los otros cinco están más lejos de nuestro Sol y se llaman así: Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno. También Marte es un poco más chico que la Tierra...

— ¡Mejor! murmuró la niña.

— ¡Espera un poco! vas á ver á donde va á parar tu orgullo de habitante de la Tierra: Júpiter es mil doscientas treinta veces mayor que nuestro mundo; Saturno lo es setecientos treinta y cinco veces; Urano ochenta y dos veces, y Neptuno ciento once veces.

— ¿Y á qué distancia está la Tierra del Sol?

— Á treinta y ocho millones de leguas.

— ¡Es mucho, eso!

— Ya lo creo que es mucho; y sin embargo, Neptuno dista del Sol mil cien millones de leguas, siendo el planeta más alejado del Sol.

— ¿Y Mercurio? interrogó la niña acordándose de que

este planeta se hallaba menos distante del Sol que nosotros mismos.

— Mercurio, ¡bah! no vale la pena de pensar en semejante cosa ¡Apenas dista del Sol una docenita de millones de leguas!

— Es poco, en efecto, murmuró la niña.

— El reino de nuestro Sol, por consiguiente, se compone de los ocho planetas que he nombrado; empieza en Mercurio y acaba en Neptuno.

— Pero abuelito, ¿por qué dices « nuestro Sol », como has repetido varias veces? ¿Quieres decir que hay otros soles y que no nos pertenecen?

— Eso quiero decir.

— ¿Dónde están esos soles?

Se aproximó el abuelo á una ventana. Aquella noche estaba el cielo sin nubes. Abrió los cristales, y después de abrigar á su nieta con un chal, le dijo:

— Mira á lo alto; ¿que ves?

— Estrellas.

— Sí, pero eso que tú llamas estrellas son otros tantos soles.

— ¿De veras? ¿son soles como el nuestro?

— Sin duda.

— ¿Y tienen también planetas?

— Sí; es indudable que como nuestro Sol alumbran á numerosos planetas; pero se hallan tan lejos, tanto, tanto, que no podemos distinguirlos.

— ¿Por qué no podemos distinguir esos planetas puesto que vemos sus soles? preguntó la niña.

— Porque los planetas no despiden luz propia; no hacen más que reflejar la del sol que á cada cual alumbraba. Ahora bien, esa reflexión, esa reverberación es demasiado débil para que la descubran los más perfectos telescopios.

La niña calló breves instantes, y dijo de repente.

— ¿Pero la luz del Sol, del nuestro, de donde sale?

— Sale seguramente de él mismo; puedes estar convencida de que él no la manda fabricar. El Sol es una enorme masa gaseosa incandescente, cuya excesiva temperatura llega hasta nosotros en forma de rayos magníficos llenos de calor y claridad. Cuando el Sol se enfríe, la vida desaparecerá de nuestro mundo. Pero ese peligro no es inminente — se apresuró á agregar el maestro por haber observado en la discípula un movimiento de espanto — pues se ha podido calcular que el enfriamiento del Sol es de un solo grado en cuatro mil años. Siendo el Sol todavía rico en calor, pues éste se mide por millares de grados, tenemos algún tiempo por delante y bien podemos aguardar tranquilos.

Como la niña, insaciable siempre en sus preguntas, se preparaba á abrir la boca, su abuelo miró el reloj y después dijo:

— Señorita, es hora de acostarse; bastante me ha hecho usted charlar esta noche. Ya ve usted adonde me ha llevado preguntándome por qué no es año nuevo todos los días, lo

que por cierto no le he explicado aún. Vaya, hijita, si me lo recuerdas te lo explicaré mañana.

— Puedes estar seguro, abuelito, de que no lo olvidaré.

Y Susanita, después de besar á todos, siguió el consejo de su abuelo.





CAPITULO XIV

LA TIERRA Y LA NARANJA. — EL SOL Y LA LÁMPARA

En esos días de invierno en que la luz del sol es tan escasa, se suele encender luces á las tres ó las cuatro de la tarde. La amarillenta luz del aceite de las lámparas es la encargada de sustituir á los espléndidos rayos solares, y cumple como puede su desairada misión.

La niña estaba en la sala con sus libros y cuadernos, tra

bajando en una mesa al resplandor de la lámpara atenuada suficientemente por un globo de cristal.

Su abuelo estaba solo con ella, sentado á la chimenea y dormitando con un periódico sobre las rodillas.

De pronto se despertó, y lo primero que hizo fué mirar á su nieta, absorta en el trabajo.

Ésta reparó muy pronto que ya el abuelo no dormía.

Entonces dejó la pluma, diciendo :

— Abuelito, hoy he estudiado bastante.

Y añadió en seguida :

— ¡Tengo sed! ¿qué podría beber ahora?

La niña miró á su alrededor, y vió sobre una mesa un frutero lleno de naranjas.

— ¿Puedo comer una? preguntó á su abuelo.

— No veo ningún inconveniente, respondió el último.

La niña pasó el frutero al velador en que estudiaba, y con tal motivo al anciano se le ocurrió una idea.

Se acercó, tomó con una mano un lápiz de los más finos que tenía su nieta, y cogió con la otra una naranja.

Con el lápiz atravesó la naranja, acercándose después al globo de la lámpara.

Hizo girar el lápiz entre sus dedos, en sentido inverso al movimiento de las agujas de un reloj, y por consiguiente la naranja, unida al lápiz, giró igualmente.

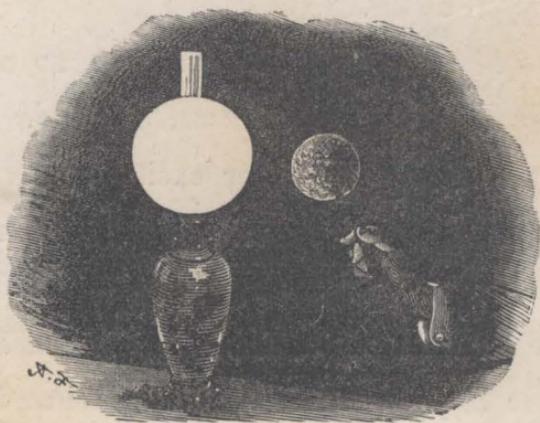
Susanita miraba á su abuelito con sorpresa creciente y no disimulada.

— ¿Qué querrá hacer abuelito? pensaba la niña sin comprender y esperando.

Pero el abuelito no esperaba menos; contento al ver la excitada curiosidad de la niña, esperaba un « ¿por qué? »

Y el por qué deseado apareció por fin en los labios de la niña.

— ¿Por qué haces eso, abuelito? preguntó con timidez.



El abuelo, fingiendo no haber oído, continuaba haciendo girar la naranja entre sus dedos y paseándola alrededor del globo del quinqué, de tal suerte que ya había llegado al punto de partida cuando la niña, que había seguido con singular atención los movimientos diversos de la naranja, exclamó:

— ¡Qué estás haciendo, abuelito!

El abuelo entonces contestó con calma:

— Lo primero que hago es el día y la noche.

Esto dicho, se calló.

La niña estaba más confusa que si su abuelo no hubiera dicho nada.

Sin embargo, como él había dicho « lo primero », ella se atrevió á decir :

— ¿Y después? pensando que este « después » aclararía la cosa.

— Después, dijo el abuelo en el mismo tono de antes, hago las cuatro estaciones, es decir, el invierno, la primavera, el estío y el otoño.

— ¿Pero qué es lo que dices?... ¡Yo no entiendo una palabra! exclamó la niña con aire compungido.

Seguro ya el abuelo de haber excitado sobradamente la curiosidad de la niña para que ésta escuchara con cuidado sus explicaciones y se empeñara en comprenderlas, dijo :

— Te he hablado de la Tierra, te he hablado del Sol, y tú sabes que la primera da vueltas en torno del segundo; ¿no tienes curiosidad de saber cómo realiza la Tierra ese viaje alrededor del Sol?

— ¡Sí! ¡sí, abuelito!

— Pues bien, mira y lo sabrás. El globo luminoso del quinqué nos representa el Sol y esta naranja es la Tierra.

— ¡Bueno! dijo Susanita.

— Pongo la naranja delante del globo : ¿Qué observas en la naranja?

La niña miró antes de responder, y respondió ingenuamente :

— Nada.

— ¡Cómo! ¿No ves que la mitad de la naranja que está del lado del globo se presenta iluminada y que la otra mitad está en la sombra?

— ¡Ah! ¡es verdad! dijo la niña un poco avergonzada. La otra media está en la oscuridad.

— Eso es precisamente lo que ya quería decirte: la otra media está en la noche. Ahora bien, puesto que la naranja nos representa la Tierra, y ese globo de la lámpara hace las veces del Sol, ya ves que por el momento no alumbraba el Sol más que una mitad de la Tierra.

Por consiguiente es de día en la porción alumbrada.

— Sí, dijo la niña mostrando la naranja con el dedo, es día en esta mitad y noche en esa.

— ¡Perfectamente! Ya ves por lo tanto que yo tenía razón al decirte hace un momento, que me ocupaba en hacer el *día* y la *noche* poniendo la naranja delante de la luz.

— Sí, abuelito.

— Pero tú comprendes que si la Tierra permaneciera constantemente así, enfrente del Sol, sería eternamente de noche en esa mitad y de día siempre en esta otra. Habría pues una mitad de la Tierra á la cual no llegarían jamás la luz y el calor del Sol; esa mitad sería necesariamente tan fría y tan oscura, que no se podría vivir en ella.

Esa mitad no serviría de nada.

— ¡Has hecho una reflexión muy justa! respondió el abuelo con satisfacción. ¡Una mitad de la Tierra que no sirviera de nada, sería un absurdo! ¡Sería la mismo que si esta

naranja tuviese la mitad buena y la otra mitad no se pudiera comer!

Por eso la Tierra no está siempre en la misma posición. Gira sobre sí misma como yo hago girar esta naranja.

Y el abuelo, uniendo la acción á la palabra, hizo ver á la nieta de que modo la naranja, á medida que giraba, sumergía en la sombra la porción iluminada momentos antes, al mismo tiempo que se iba iluminando la parte antes oscura.

— Ya ves, prosiguió el abuelo, que ahora es de día donde antes era de noche, y recíprocamente, es de noche en la mitad donde antes era de día.

— ¡De ese modo todos estarán contentos!

— En efecto, respondió el abuelo á quien hizo gracia la salida de su nieta.

— Ahora, continuó la curiosilla, dime como haces el invierno, la primavera, el verano y el otoño.

— Eso es algo más difícil, pero vamos á intentarlo. Al mismo tiempo que la Tierra gira sobre sí misma para hacer los días y las noches, gira también alrededor del Sol para hacer las estaciones.

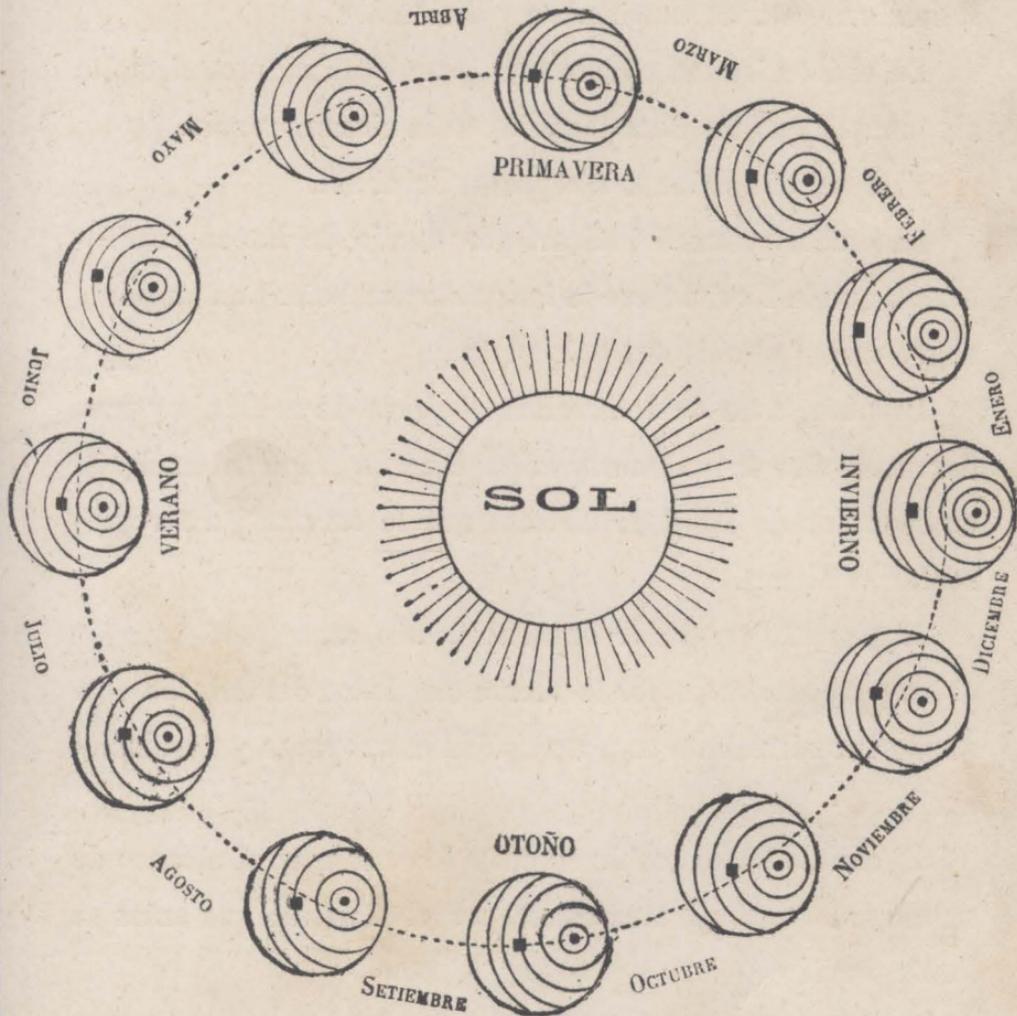
— ¡Y cómo lo consigue?

— Así, poco más ó menos, dijo el abuelo paseando alrededor de la luz la naranja que había traspasado con el lápiz; mas para que tú comprendas esto mejor, he de hacer en tu presencia un dibujo explicativo.

La niña tenía allí papel, plumas y lápices, y el abuelo no

tuvo más que ir al cuarto de Pablo á buscar una caja de compases.

Con ayuda de dos alfileres clavados en el papel y unidos



par un hilo, describió con un lápiz el círculo imperfecto que se llama elipse y que es el camino seguido en el espacio por la Tierra.

Sobre la línea del círculo, trazó con el compás doce cir-

cunferencias mucho menores que habían de representar el globo en que vivimos.

Entre estos círculos pequeños escribió el abuelo las palabras: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, setiembre, octubre, noviembre y diciembre.

En el interior del círculo más grande, trazó otro circulito algo mayor que los doce trazados en la circunferencia.

Éste era el destinado á representar el Sol.

El abuelo procuró indicar, por medio de líneas concéntricas, que la Tierra tiene la forma de una bola. Con un punto negro marcó el sitio del polo norte.

Después, á fin de determinar el objeto de su dibujo y para dar más valor á su demostración, hizo un pequeño cuadrado en cada uno de los doce círculos que le servían para representar la Tierra.

El pequeño cuadrado era París, esto es, el punto que en el trayecto recorrido por la Tierra alrededor del Sol, iba ocupando sucesivamente la gran ciudad cosmopolita y revolucionaria.

El abuelo había tenido cuidado de conservar al alcance de su mano la naranja atravesada por el lápiz, de que antes se había servido.

Cogió, pues, la naranja, y marcó igualmente un cuadradito, con pluma y tinta, en cierto punto de la cáscara.

Este nuevo cuadrado, también era París.

Pensaba el abuelo, con razón, que era necesario unir á la teoría la práctica.

La niña observaba con sorpresa las diferentes operaciones.

— ¿Vas á acabar pronto, abuelito? preguntó por fin con impaciente curiosidad.

— Sí, contestó el viejo, y puesto que tú has querido conocer como la Tierra al dar vueltas alrededor del Sol produce el invierno, la primavera, el verano y el otoño, esto es, las cuatro estaciones, es necesario que ahora me prestes oído atento.

— ¡Pues atiende con los dos oídos! exclamó Susanita.







CAPITULO XV

LA PRIMAVERA, EL VERANO, EL OTOÑO Y EL INVIERNO

El abuelo había sonreído al oír la entusiasta exclamación de su nieta.

— Pues bien, dijo, óyeme con tus dos oídos y mira con tus dos ojos.

Tú estás viendo en el dibujo el sitio en que he escrito la palabra invierno. La Tierra, en invierno, se halla ahí.



— ¿Es de ahí de donde sale?

— No. Tú debes comprender que, viajando sin cesar y siempre en el mismo círculo, no hay para ella estación de partida ni de llegada. Por consecuencia, la Tierra no sale de ahí ni de otro punto, aunque pase por todos sucesivamente. Pero los

hombres han necesitado discutir un medio de indicar y dividir el tiempo; tal es el calendario. Al tiempo que emplea la Tierra en dar la vuelta alrededor del Sol, se ha decidido darle un nombre y se llama

« un año »: como también se ha resuelto empezar el año ó

comenzar la cuenta en el instante en que la Tierra está más cerca del Sol, pues como observarás en el dibujo, el círculo en que ella gira alrededor del Sol no es un círculo perfecto; aprovecho la ocasión para decirte que este género de círculo se llama elipse.

— Es verdad, dijo la niña que miraba el dibujo atentamente. Pero siendo así, cuando la Tierra está más cerca del Sol debe ser el calor mucho más grande.

— Esa reflexión es muy juiciosa, contestó el abuelo, y me place oírtela. Pero es preciso, para que comprendas bien, que no apartes los ojos de este cuadradito negro por mí trazado en la Tierra, tanto en el dibujo como en la naranja. El cuadradito es París. Veamos pues lo que sucede en París, esto es, en el punto en que habitamos.

Cuando en París es invierno, la Tierra está más cercana al Sol que cuando en París reina el verano. El hecho es cierto. Lo has hecho constar tú misma, extrañando que al acercarnos al fuego sintamos más frío que cuando nos alejamos.

— Sí.

— Pero necesitas hacerte cargo de la posición que París, y naturalmente la región que lo circunda, ocupa sobre la Tierra en semejante ocasión. Entonces está París más cerca del Sol, es cierto, pero no está enfrente de él; los rayos solares, en lugar de caer de lleno sobre nosotros, se deslizan oblicuamente sobre la superficie de nuestra región, calentándola apenas. Con mucho trabajo pesca París algunos rayos de ese

benéfico Sol, y eso de soslayo y por algunas horas solamente. Lo cual, por otra parte, explica por qué entonces los días son tan cortos y las noches tan largas.

Para hacer más visible su demostración, el abuelito levantó la naranja delante del globo del quinqué poniéndola en posición semejante á la de la Tierra en el dibujo; y así pudo ver la niña que el cuadrado negro, indicador de París, era acariciado apenas por la luz.

— ¿Has comprendido? preguntó él.

Forzoso es reconocerlo. Ella no parecía estar demasiado convencida. X

Plegó la niña su frente bajo la impresión de una atención profunda; mas no lograba por eso penetrarse bien de por qué hacía más frío, exactamente cuando se estaba menos distante del Sol.

— ¡Diablo! dijo el abuelo un poquito contrariado al ver la expresión significativa de su nieta. ¿Cómo voy á ingeniarme para que comprendas? *

Y el viejo, desconcertado, buscó maquinalmente con la vista entre los objetos del salón.

En la chimenea ardía una buena lumbre.

Á su inmediación estaba todavía la butaca en la que antes había dormitado el viejo.

Su vista le sugirió, sin duda, una excelente idea, pues empezó á sonreír y murmuró:

— Creo haber encontrado.

La niña miró á su abuelo.

Éste había dejado la mesa para sentarse muy tranquilamente en su butaca.

— ¿Me abandonas, abuelito? le preguntó la niña sin ocultar su extrañeza.

— Al contrario. Y ahora sí que vas á comprender.

El abuelo se sentó al lado derecho del hogar, un poco reti-



rado del fuego, colocándose cual si conversara con una persona sentada enfrente de él y al otro lado de la misma chimenea.

En tal posición, los rayos de la llama sólo llegaban á él oblicuamente no haciendo más que deslizarse sobre sus ropas.

— Ya ves, dijo, yo podría permanecer aquí todo el tiempo que quisiera, pues apenas llega á mí el calor; y sin embargo, estoy muy cerca del fuego.

— ¿Estás en invierno? dijo Susanita con vacilación.

— ¡Muy bien! exclamó el anciano; ahora estoy ya seguro de que esta demostración servirá para hacerte comprender. Estoy en invierno, como tú dices; pero mira donde voy á estar.

El abuelo se alejó con su butaca de la chimenea, pero poniéndose más al frente de la lumbre.

Así recibía el calor, no directamente, pero sí menos oblicuamente que en su anterior posición.

— ¿La primavera? dijo con timidez la discípula.

— ¡Exactamente! respondió el maestro; y continuó retirando su butaca de la chimenea, pero volviéndose á ella más y más, hasta que describiendo un arco de círculo se colocó de cara al fuego.

— ¡Oh! dijo, ¡aquí sí que hace calor!

— Ya lo creo, replicó la niña, ¡cómo que estás en verano!

— ¡Bravo! exclamó el abuelo; y aunque mi demostración no sea perfecta, pues reconozco yo mismo que mi butaca y yo no podemos representar á París, he logrado hacerte ver que se tiene más calor lejos del fuego pero enfrente de él, que cerca del fuego pero en posición oblicua.

— Sí, abuelito.

— Por consiguiente no extrañarás, en adelante, que en París haga más frío cabalmente cuando está más cerca del fuego, es decir, del Sol.

— No, abuelito.

El abuelo volvió á coger la naranja colocándola de nuevo delante de la bomba del quinqué. La niña miraba atentamente el cuadrado negro que marcaba la posición de París y al cabo

comprendió. Pero viendo que una mitad de la naranja recibía de lleno los rayos luminosos, dijo señalándola con el dedo índice :

— Quiere decir que en esa parte de la Tierra debe de hacer calor cuando en la otra hace frío, ¿no es verdad?

— En efecto, cuando en París es invierno en otros países es verano; pero observa el dibujo y verás que, recíprocamente, cuando sea verano en esta parte del globo en que vivimos será invierno en la otra parte.

— Entonces, dijo la niña, si la Tierra no diera vueltas sobre sí misma á la vez que gira alrededor del Sol, tendría una mitad siempre en verano y otra en perpetuo invierno.

— ¡Lo que sería bien incómodo para los habitantes de la última! dijo el abuelo riendo. Sin contar, añadió, que sería también soberanamente injusto, como lo has reconocido tú á propósito del día y la noche.

La niña había vuelto sus miradas al dibujo :

— París, dijo, siguiendo el movimiento de la Tierra, se encuentra aquí en el mes de enero y luego se va. Hela aquí por febrero, aquí en marzo, después acá en abril y esta es la primavera; en mayo, en junio, en julio es el estío; en agosto, septiembre y octubre está en otoño; por fin llega al invierno con noviembre, diciembre y otra vez enero. Concibo ahora, añadió, por qué no puede ser todos los días año nuevo.

— Durante ese inmenso viaje que hace la Tierra alrededor del Sol, gira sobre sí misma 365 veces, y por eso se ha dividido el año en 365 días. Y todavía me engaño, agregó el

abuelo, pues no son 365 días exactos, sino 365 días y un cuarto de día. Resulta, pues, que para tener cuenta redonda es necesario hacer cada cuatro años, con los cuatro cuartos de día que la Tierra nos da de más, un día entero que se agrega al año, el cual tiene entonces 366 días. Esos años de 366 días son los que se llaman años bisiestos.

— ¡Bisiestos! repitió la niña, ¡que feo nombre!

— Es un nombre que viene del latín, ¡pero no por eso es más bonito!





CAPÍTULO XVI

UN MILLÓN PARA LOS HABITANTES DE LA LUNA

— Decías tú, abuelito, que es un inmenso viaje el que realiza la Tierra dando la vuelta alrededor del Sol ¿Pues cuántas leguas anda en un año?

— ¿Leguas? ¡Querrás decir millones de leguas! exclamó el abuelo contestando á lo preguntado por su nietecita. La Tierra camina 235 millones de leguas cada año en su vuelta alrededor del Sol.

— ¡Pues tiene que andar deprisa!

— Ya lo creo. Anda más de 640,000 leguas cada día. En un segundo, es decir, en el tiempo que tú tardas para contar « uno », la Tierra nos hace andar siete leguas de su itinerario.

La niña se quedó positivamente deslumbrada.

Escuchaba á su abuelito como si éste le contara un cuento de hadas. Parecíale un sueño lo que oía y se preguntaba si eran posibles tales cosas.

Tratando de buscar un medio de darse cuenta de tan espantosa velocidad, preguntó :

— ¿Va con más rapidez que un tren de ferrocarril?

— Sí, hija mía, corre con una velocidad mil trescientas veces mayor que la de un tren á toda máquina.

— ¿Tanto como una bala de cañón?

— Setenta y cinco veces más; sin olvidar que la bala de cañón acaba por detenerse, mientras la Tierra no se para nunca.

— ¡Es el judío errante del cielo! murmuró la niña.

Y agregó poco después :

— ¿Pero en qué consiste que no sintamos ese movimiento de la Tierra? ¡Cuando se mira al cielo, parece que son los astros los que giran á nuestro alrededor!

— En efecto; pero tú habrás reparado cuando has viajado por el ferrocarril, cuando el tren se deslizaba á todo vapor sin sacudidas de ninguna clase, que también te parecía estar quieta y que eran las casas y los árboles los que corrían.

— Sí, abuelito, yo he notado eso.

— Pues bien, si entonces no sentías el movimiento del vagón, parece natural que no sientas tampoco el de la Tierra, la cual es un vagón de otra manera construído, de otra manera suspendido, en el cual ningún choque ni confusión ni

accidente puede advertirte que ruedas, que giras, que bogas en el espacio con una rapidez vertiginosa.

La niña reflexionaba.

— Pero si la Tierra, dijo al cabo de un instante, es redonda y gira, ha de llegar un momento en que nosotros estemos con la cabeza abajo: ¿Por qué no nos caemos?

— Esa expresión de « la cabeza abajo » no significa nada para nosotros, puesto que la Tierra es redonda y nuestros pies están siempre dirigidos hacia su centro. Pero aun suponiendo que en ciertos momentos estemos cabeza abajo, no por eso caeríamos, pues la Tierra nos llama á sí por una fuerza llamada gravitación. Todo lo que está sobre la Tierra gravita sobre la Tierra. ¿Por casualidad has visto alguna vez que se caiga alguna cosa... al aire?

— No, respondió la niña. Pero dime, ¿qué causa obliga á la Tierra á dar vueltas y más vueltas alrededor del Sol? ¿No podrá antojársele el día menos pensado decirle adiós y marcharse más lejos?

— No, porque así como hay para nosotros la fuerza de la gravitación, para la Tierra y para los planetas hay otra fuerza que los obliga á girar en torno del Sol y siempre á las mismas distancias.

— ¡Pero esa fuerza es una tiranía!

— Tiranía bien entendida, añadió al viejo, pues si la Tierra tuviera el capricho de irse con viento fresco lejos del Sol, y si además pudiera realizar ese capricho, nos privaría del calor benéfico al cual debemos la vida ó se estrellaría

contra algún planeta haciéndose pedazos. De todos modos, eso sería el fin de nuestro mundo, al que damos tanta importancia aunque es una cosa ínfima en el universo infinito.

— Si sucediera eso, dijo Susana, ¿dejaría de vivir cuanto en la Tierra vive, incluso los animales? ¡Y mira que hay animales!

— Sí, hay muchos. La cantidad de seres vivientes en nuestro globo es inconmensurable. En las selvas, á la sombra de los gigantescos árboles como al abrigo de las humildes setas, vive, come, corre, se pasea, se bate, goza, padece y muere todo un pueblo de insectos.

Y la niña evocaba en su mente esa inmensidad de insectos invisibles, atribuyéndoles nuestras costumbres, concediéndoles nuestras alegrías y nuestros dolores, adivinando, en fin, la multiplicidad de la existencia.

Pero abandonó esta idea para volver á sus preguntas.

— Abuelito, si el Sol atrae la Tierra será más fuerte que ella, ¿no? Dime, ¿es más fuerte y más grande?

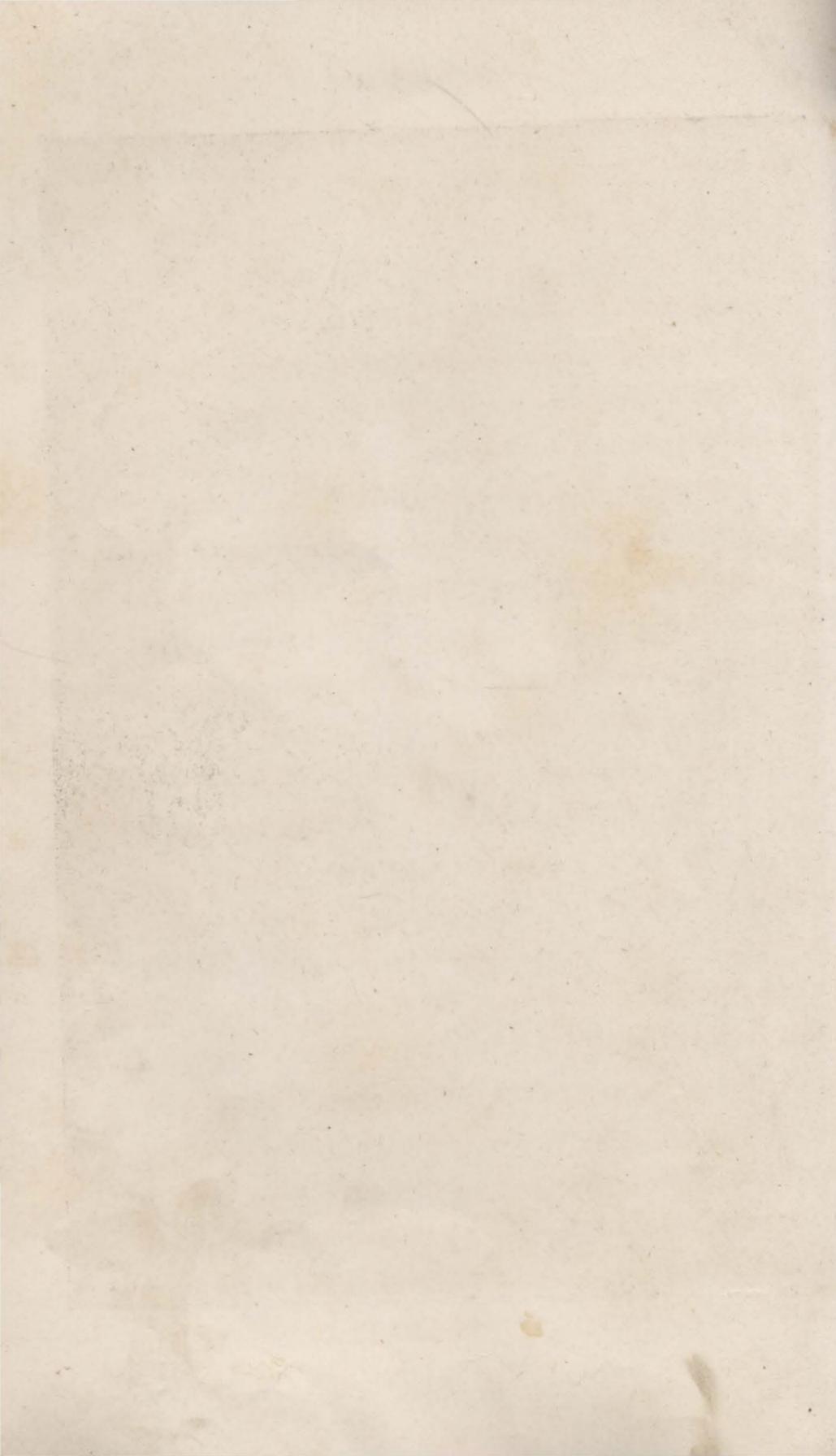
— Es nada más que un millón doscientas mil veces más grande que la Tierra, dijo el abuelo con tranquilidad.

— ¡Un millón doscientas mil veces! repitió la niña: ¡Pues está visto que somos bien poca cosa!

En aquel momento entraba Pablo en la sala. Había oído el fin de la conversación de su abuelo y su hermanita, y para consolar á esta última le dijo :

— Después de todo, justo es reconocer que si la Tierra





es humilde súbdita del Sol, en cambio ejerce poder sobre otro mundo.

— ¿Cuál? preguntó la niña.

— La Luna.

— ¿La Luna es nuestra?

— Á lo menos, está obligada á girar en torno nuestro y á alumbrarnos por la noche. Es como una lamparilla que nos deja el Sol cuando él desaparece.

— ¿Es un Sol más chiquito?

— ¡No! La Luna, querida, no es un Sol. Es un planeta, un astro sólido que no arde, que no está en incandescencia como el Sol.

— Pues entonces, ¿cómo puede alumbrarnos?

— Con la misma luz del Sol.

— No comprendo.

— Escucha pues. La Luna, dando vueltas á nuestro alrededor, recibe como nosotros los rayos solares, y esos rayos se reflejan en su superficie como en la de un espejo. Así nos los envía por reflexión.

— ¡Bueno! dijo Susanita; ¿pero por qué no vemos la Luna durante el día?

— Por la misma razón que no vemos las estrellas. Cuando el Sol se digna prodigarnos sus rayos bienhechores, su luz es tan brillante, deslumbradora é intensa que anula y borra la de las estrellas y la de la Luna. ¡Es lo mismo que si encendieras un fósforo detrás de un potente foco eléctrico! El resplandor modesto del primero, ni aun lo verías.

— ¿Está muy lejos la Luna?

— Al contrario, está muy cerca.

— ¿Pues cuánto dista de nosotros?

— Noventa y seis mil leguas nada más.

— ¡Y á eso llamas tú « muy cerca »! dijo Susanita.

— Quise decir que está cerca relativamente al Sol y demás astros.

— Eso es otra cosa.

— Pero ya ves que aun á distancia tan corta sería difícil coger la luna con las manos, que dice el proverbio.

— ¡Tanto más, dijo la niña riendo, por cuanto debe de ser bastante gorda!

— ¡Bah! dijo el abuelo, grande no es mucho; es cuarenta y nueve veces menor que la Tierra.

— ¡Todavía me parece mucho! observó la señorita.

Luego añadió:

— ¿Es redonda la Luna?

— Sí.

— ¿Y está siempre entera?

— ¡Es claro, hija mía! ¿Pero qué significa esa pregunta?

— ¡Vaya! si está siempre toda entera, ¿en qué consiste que á veces no se descubre más que la mitad, la cuarta parte ó en forma de medialuna?

— Esa es una pregunta razonable y voy á tratar de responderte. Cuando la Luna girando en torno nuestro llega á estar entre la Tierra y el Sol, resulta naturalmente la mitad que mira al Sol iluminada; y la mitad que nos mira, no reci-

biendo rayos solares, queda oscura y para nosotros invisible.

Hay un día en cada mes, pues la Luna viene á tardar un mes en girar en torno de la Tierra, en el cual estamos sin Luna.

Pero desde el día siguiente deja de estar exactamente entre la Tierra y el Sol, y este baña con su luz una pequeña



parte de la cara que nos mira. Esta porción iluminada es la que se nos presenta en forma de medialuna.

Continuando su camino, presenta á los rayos del Sol una superficie cada vez más grande, no tardando en mostrarnos la cuarta parte de su superficie; es lo que llamamos cuarto creciente. Sigue aumentando poco á poco, hasta que la mitad entera que nos mira se encuentra iluminada; entonces es Luna llena. Á partir de aquel instante vuelve á pasar por las mismas gradaciones, en sentido inverso, hasta que se coloca otra vez entre la Tierra y el Sol; en tal día no se la ve, parece

no existir y se creería que ha desaparecido para dejar su puesto á una Luna nueva que sale al otro día.

Por eso preguntaban antiguamente, con mucha candidez, que se hacían las lunas viejas ó donde se metían.

— Pensaban, dijo la niña, que se habían gastado.

— Eso es, pero felizmente se sabe ya que todas esas lunas son una misma y una sola.

— Y con ella basta.

— Nos basta, dijo Pablo, porque no podemos fabricar otras; mas si tuviéramos varias veríamos por las noches con mucha más claridad, ¡qué digo! no tendríamos noche; nuestras lunas reemplazarían con ventaja el gas y la luz eléctrica.

— No maldigamos de estas luces artificiales, dijo el abuelo con dulzura, pues si no las poseyéramos, ¿cómo veríamos en las noches nubladas?

— ¡Es cierto! dijo sonriendo Pablo.

Pero la niña, que acababa de reflexionar sobre las Lunas, volvió á tomar la palabra:

— ¿Hay planetas que tengan varias lunas?

— Sí. Júpiter tiene cuatro.

— ¡Cuatro lunas! ¡Y para nosotros no hay más que una pequeña!

Decididamente, la niña empezaba á sentir un desdén profundo por la Tierra.

Sin embargo, el tema lunar la preocupaba mucho, al parecer.

Había contemplado con frecuencia el astro de la noche, sobre todo en el campo y en estío, y había creído observar en su superficie algo como la imagen de un caballo galopando.

No tardó en comunicar á su abuelo y á su hermano la observación que recordaba haber hecho.

— Esas figuras que han distinguido tus ojos, le contestó



el abuelo, no son más que las sombras de las montañas lunares.

— ¡Las montañas! pues qué, ¿hay montañas en la Luna? preguntó la niña estupefacta.

— ¡Ciertamente!

— ¿Y cómo puede saberse?

— Estando la Luna más cerca de nosotros que los demás astros, ha podido ser examinada con buenos telescopios.

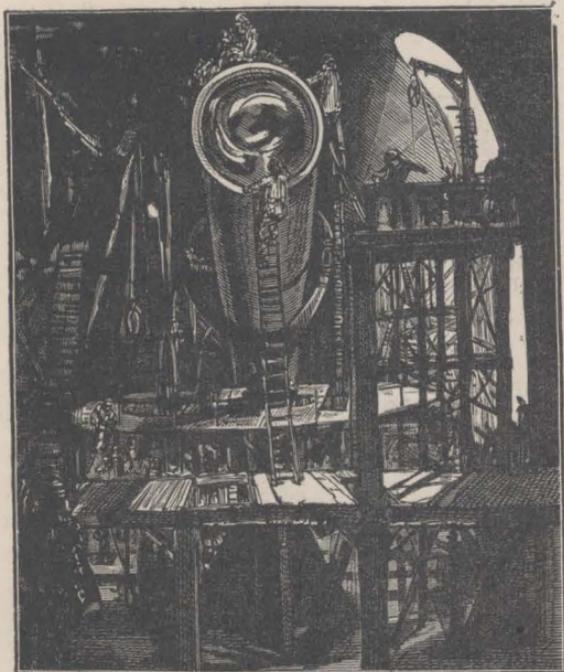
— ¿Telescopios? repitió la niña.

— Sí; los telescopios son unos enormes anteojos que

engrandecen los objetos más distantes. Su nombre significa « ver lejos ».

— ¿Y con ellos han visto montañas? preguntó la niña sin haber vuelto aún de su sorpresa.

— Las han visto, sí, respondió Pablo á su vez, y se las ve



siempre, y tan bien se las ha visto que han sido dibujadas, contadas, medidas y aun bautizadas.

— ¿Bautizadas?

— Quiero decir que han recibido sus respectivos nombres.

— ¿De veras?

— Sí, de veras, repitió el abuelo remediando la entonación

admirativa de su adorada neta.

— ¿Y hay gente en la Luna? preguntó la niña vacilando, ¿hay ciudades, casas, animales?...

— Eso no se sabe aún. Los mejores telescopios hoy conocidos nos colocan la Luna á cuarenta leguas de nosotros, ¡y es claro! á tal distancia es imposible ver las casas, — dado que existan — y los habitantes — si acaso los posee.

— ¡Qué lástima! exclamó la niña verdaderamente contrariada.

Luego pareció buscar una idea que no tardó en encontrar.

— ¿Y por qué, dijo, no se hace un telescopio mejor que los mejores existentes?

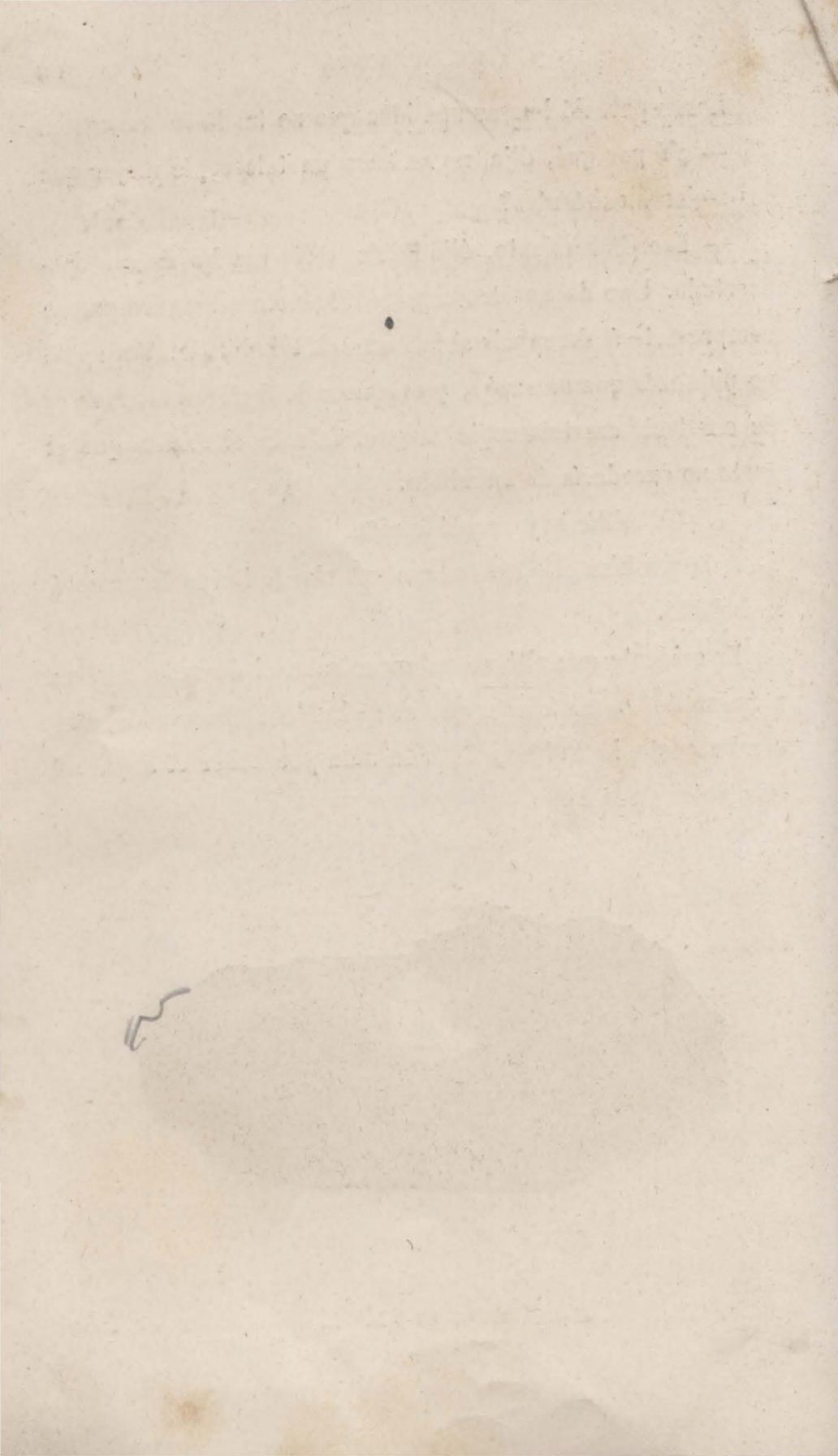
— Ese pensamiento, dijo Pablo, dista mucho de ser des-
acertado. Uno de nuestros sabios astrónomos asegura que se
compromete á descubrir si la Luna está habitada. Para ello
no pide más que una cosa, y es que se le faciliten los medios
de construir ese telescopio magno. Calcula el mismo que el
gasto no excedería de un millón.

— ¡Un millón! murmuró la niña.

Á la vez hizo el ademán involuntario de llevar la mano á
su bolsillo.

Es evidente que allí no se encontraba el deseado millón;
pero no es menos cierto que si se hubiera encontrado, con
mucho gusto lo hubiera dado la niña por saber si hay ó no
habitantes en la Luna.







CAPITULO XVII

TEMPERATURAS DESIGUALES

Aquel invierno parec'á interminable.

El marino ausente no había llegado aún. Las últimas noticias de él recibidas eran de Adén, á la entrada del mar Rojo. Dichas noticias eran buenas.

Había que esperar una docena de días y, á no presentarse algún obstáculo extraño á toda previsión, Susanita abrazaría á su padre.

La Tierra, en su viaje al rededor del Sol, marcaba los primeros días del mes de febrero.

Todas las mañanas al levantarse iba la niña á la ventana para ver si el mal tiempo había desaparecido. ¡Ay! el mal

tiempo se encarnizaba sobre París con el más pertinaz ensañamiento.

Hacía muchas mañanas que la niña no podía ya ni distinguir siquiera, á través de los vidrios, los objetos exteriores.

Porque los vidrios estaban cubiertos de cristalizaciones de hielo, formando mil dibujos, que los hacían opacos y no dejaban paso á la vista. Los dibujos se presentaban en diversas formas, tales como árboles, plantas y otras muchas.

— ¿Qué es eso? había preguntado la niña á la niñera.

— Es hielo, había contestado Luisa.

La niña rascaba con el dedo la capa de hielo, hundiendo en él las uñas, y decía :

— ¿Cómo es que hay hielo en una alcoba templada como la mía, en la que hace calor?

Sobre esto, Luisa había pensado que lo más discreto era callarse para no dar una respuesta torpe.

De lo que resultaba que la curiosidad de Susanita no estaba satisfecha. Y aguardaba la ocasión de aprender la causa de un fenómeno que á ella le parecía inexplicable.

Una mañana, á la hora en que Pablo solía salir á sus quehaceres, la niña se puso en acecho y al verle lo llamó.

— ¡Ven á ver una cosa! le dijo.

— ¿Qué cosa? preguntó Pablo entrando en la habitación de su hermanita.

— ¡Mira!

Y al decir esto, la niña se aproximó á la ventana mos-

trando los caprichosos dibujos formados en los vidrios por el hielo.

— ¿Y qué? dijo Pablo.

— ¿Qué es eso?

— Es hielo.

— Esa respuesta ya me la ha dado Luisa, replicó la niña con gesto contrariado. Ya veo que es hielo; ¿pero por qué hay hielo en una habitación tan abrigada y caliente como la mía? ¡Eso es lo que no comprendo!

— Ante todo, ¿sabes tú lo que es hielo y cómo se forma? contestó Pablo.

— Iba la niña á responder; pero como estaba lejos de ser una atolondrada, se detuvo á tiempo, reflexionó y fijó en su hermano Pablo una mirada que quería decir: ¡En verdad que no sé nada de eso!

— Adivino tu respuesta, dijo Pablo con una sonrisa cariñosa: no sabes una palabra.

La niña asintió inclinando la cabeza.

— Bien, en otra ocasión te enseñaré todo eso; hoy no puedo porque se me hace tarde.

— ¡No! ¡no! dijo Susanita insistiendo. En otra ocasión no pensaremos en eso tú ni yo. Explícamelo ahora, yo te lo suplico.

Pablo miró el reloj y vió, sin duda, que podía consagrar á su hermanita siquiera algunos minutos, pues dijo:

— Cuando un cuerpo líquido pierde su calor, llega un momento en que pasa al estado sólido. Es una ley de la natu-

raleza. Por consiguiente el agua, al perder su calor, se solidifica, ó lo que es lo mismo, se transforma en hielo.

Esta explicación no debió parecerle muy convincente á la niña, pues replicó preguntando :

— ¿El agua es caliente? Porque si no lo es, ¿cómo puede perder su calor?

— Sí, es caliente, pero no en el sentido que se le da á la expresión cuando se habla de agua puesta al fuego; es caliente por sí misma, es decir, naturalmente. Eso depende de la temperatura exterior. Tú sabes que cuando te lavas en verano, te hace distinta impresión que cuando te lavas en invierno.

— ¡Es verdad! El agua en verano es menos fría.

— Es que sigue la regla de todas las cosas de este mundo. Los objetos, según las estaciones, están más ó menos calientes. En verano hacen provisión de sol, almacenan sus rayos por decirlo así, hasta que el frío del invierno viene á llevárselo.

— ¿Pero cómo se las compone el frío para llevarse el calor?

— ¿Has tenido tú alguna vez las manos frías?

— ¡Ya lo creo!

— ¿Y no te ha sucedido que mamá haya tomado tus manecitas entre sus manos hasta calentártelas muy bien?

— Si.

— Pues ahí ves un ejemplo de frío que se lleva calor.

— ¿Pero cómo?

— ¡Qué! ¿no comprendes por qué se han calentado tus

manos frías? Pues es muy sencillo : porque han tomado el calor de las manos de mamá.

— ¿Entonces, dijo la niña, al calentar mis manos le robaba su calor á las de mi mamá? De modo que, á medida que las mías se iban calentando, las suyas se enfriarían.

— ¡Naturalmente! Hay un cambio tácito, según toda evidencia, dijo sonriendo Pablo. Tus manitas les dicen á las manos de mamá : « Dadme calor y os daré frío. »

— ¡Pues lo que hacen mis manos está mal hecho! exclamó la niña mirando á sus manecitas como si las reprendiera.

— No tan mal hecho como tú imaginas, contestó Pablo encantado de esta ingenua reflexión, porque las manos de mamá están muy contentas de compartir con las tuyas su calor. De todos modos, eso te demuestra que hay siempre un cambio de calor y frío entre un objeto caliente y un objeto frío. Así la atmósfera, esto es, la masa de aire que rodea la Tierra, cuando está caliente por la acción del Sol procura enfriarse con todo lo que encuentra. Y cuando está fría procura calentarse.

— ¡Es muy natural! dijo la niña con aplomo.

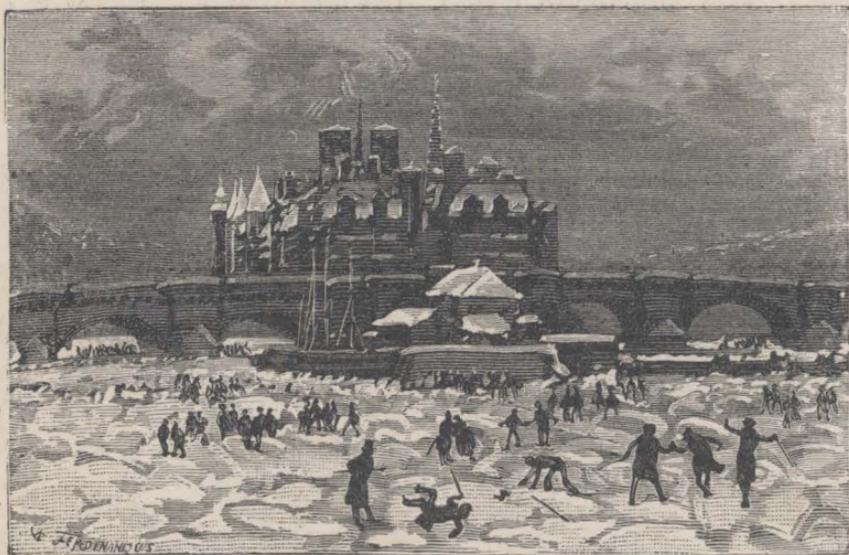
— Tú comprendes por lo tanto que el aire, al encontrar agua más caliente que él, se apodera de su calor. Ahora bien, en los grandes fríos de invierno le quita tanto calor, que la hace pasar al estado sólido.

— ¿La convierte en hielo?

— Sí.

— Pero el hielo que yo he visto en el Sena, en los lagos del bosque de Bolonia y del parque de Monceaux, en los arroyos y en las fuentes, es una masa transparente sin los dibujos raros que vemos en estos vidrios.

— Dispénsame, querida, contestó Pablo afectando una gravedad profunda, pero tengo necesidad de decirte que



estás equivocada; el hielo que has visto presenta los mismos dibujos que éste, sólo que...

— ¿Sólo qué? dijo la niña interrumpiendo á su hermano.

— Sólo que no se ven.

— ¡Ya decía yo!

— Son invisibles á la simple vista, porque están confundidos unos con otros, pero eso no les impide estar. Se ven perfectamente con un anteojo ó con un cristal de aumento. Eso que tú llamas dibujos son cristalizaciones. Se distinguen muy bien en esos vapores helados que forman la nieve. Allí no

están bastante apretados unos con otros para que se confundan. ¿Supongo que tú los habrás visto?

— Sí, dijo la niña.

Pero volviendo al asunto que la preocupaba, añadió señalando á los dibujos de la vidriera :

— Entonces, tenemos ahí cristal de hielo.

— Es verdad.

— ¿Por qué los vemos ahí?

— Porque no habiendo más que una capa de hielo sumamente fina, puesto que el agua que se ha helado era muy poca, las cristalizaciones ó cristales de hielo no han podido confundirse en un gran espesor.

— Ahora me toca á mí decirte que me dispenses, replicó la niña, pero permíteme volver á mi primera pregunta : ¿Por qué hay hielo en mi cuarto, siendo así que está caliente?

— Puesto que te empeñas, voy á decírtelo.

— Escucho.

— Es por efecto de la condensación.

Esta palabra no era á propósito para desvanecer las dudas de la niña. Pablo se lo figuraba, y por consiguiente no extrañó las miradas que le echaba su hermanita; añadió, pues :

— Es necesario que sepas lo que es condensación para que comprendas lo que pasa en las vidrieras de tu ventana. Pero yo no tengo interés en enseñártelo y si esto te fastidia...

Y Pablo aparentó ir á tomar su sombrero para marcharse.

— No te vayas, le dijo con viveza su hermanita, quiero saber eso. Por otra parte, si yo no me equivoco, pareceme que abuelito me ha dicho algo sobre el mismo tema al explicarme la formación de las nubes; me dijo, según creo, que las nubes son vapores condensados...

— ¡Enhorabuena! exclamó Pablo; veo que sabes ó poco menos lo que yo creía tener que enseñarte. La palabra condensación se usa para designar la vuelta de un vapor al estado líquido. Ahora bien, en tu cuarto hay vapor de agua, procedente de tu tocador, de tu botella y de tu respiración, pues ya sabrás con el tiempo que todos al respirar emitimos vapor de agua.

Ese vapor es caliente, puesto que está á la temperatura de tu alcoba y que ésta se encuentra caldeada. ¿Quién ha de pedirle un poco de su calor? El aire de fuera, el que está al otro lado de tu ventana, porque la calle está fría. Ese pobrecito aire exterior viene á frotarse en tu vidriera, y bien quisiera meterse dentro de tu cuarto, porque tiene mucho frío; pero no puede. ¿Qué es lo que hace? Acaricia los cristales de tu ventana, y á medida que tu chimenea los calienta, el muy pícaro les va quitando el calor. Los desdichados vidrios no llegan, pues, á calentarse, y están siempre más fríos que el aire del aposento. Cuando un vapor caliente encuentra un cuerpo frío, se dirige hacia él involuntariamente, cae sobre él amontonándose allí, aglomerándose en forma de gotas líquidas, en una palabra, se condensa. Ya ves lo que el vapor de

agua de tu habitación hace en la vidriera de tu ventana. Empieza por caer en ella en diminutas gotitas.

Pero si el cuerpo frío se enfría todavía más, si el aire exterior hace que siga descendiendo la temperatura de tus vidrios, la capa de agua líquida extendida sobre ellos pasa al estado sólido, se congela, se convierte en hielo. Y ya sabe usted, hermanita, porque hay hielo en sus ventanas aunque su alcoba esté cerrada y caliente.

— ¡Ya he comprendido! exclamó la pequeñuela.

Su hermano Pablo al oirla, no obstante la confianza que tenía en la inteligencia de la precoz muchacha, no pudo menos de hacer un breve gesto de duda.

La niña lo notó.

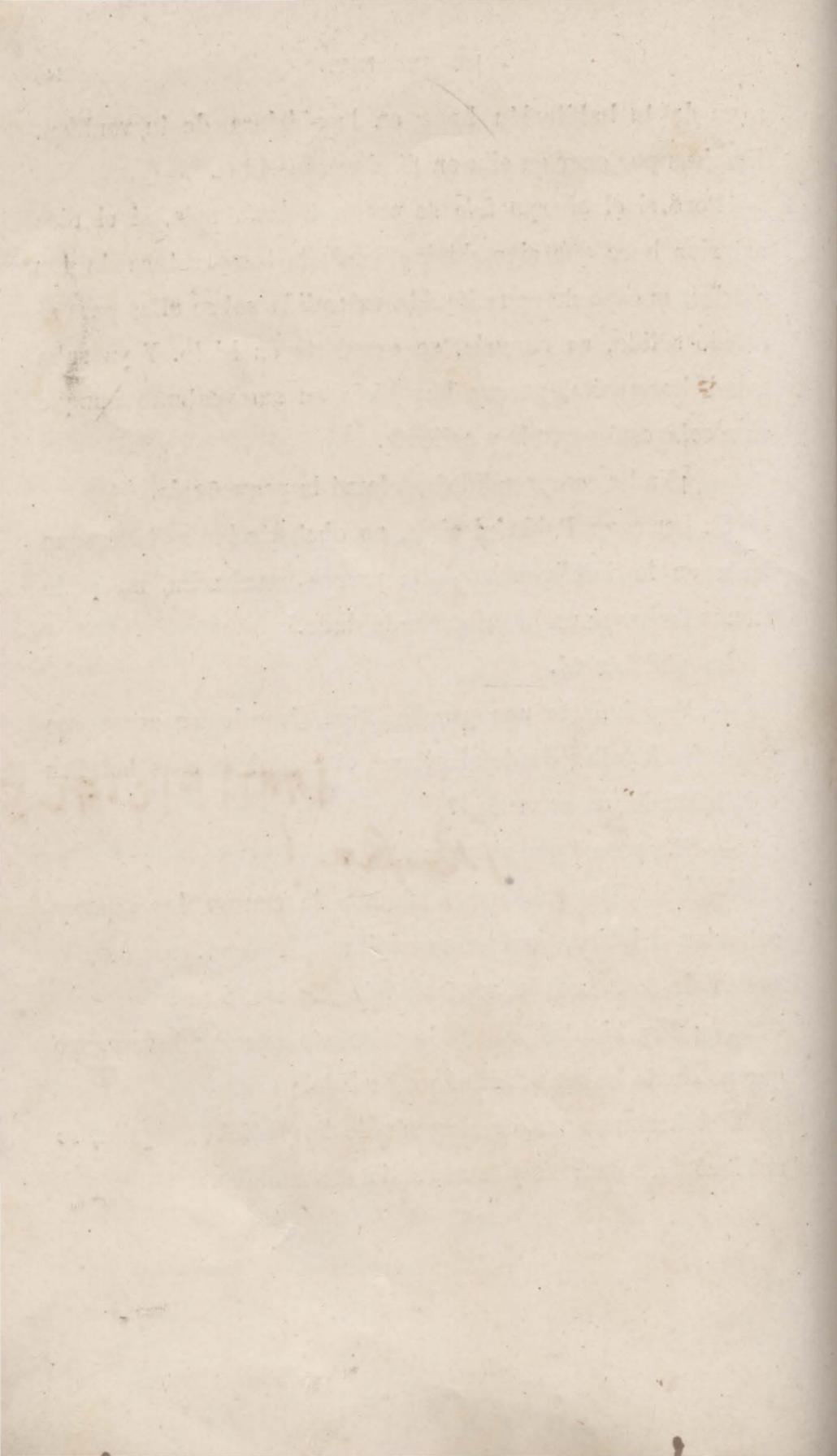
— Voy á darte una prueba, dijo. Cuando en verano se suben los botellas desde el sótano, el cristal de esas botellas está húmedo ¿no es verdad?

— Sí, ¿pero á qué viene eso?

— Á decirte que ese fenómeno lo causan los vapores calientes del aire, que se precipitan y se condensan en la superficie de la botella, que está fría ¿Es eso, ó no?

— ¡Muy bien! dijo Pablo realmente gozoso; te aseguro que no siento haber retardado mi salida.

Y el hermano mayor, después de besar á la chiquita, se apoderó del sombrero y se marchó á sus asuntos.





CAPITULO XVIII

¡FUEGO! ¡ARTIFICIALES
¡Suba!

La niña está leyendo en su cuarto. De repente se pone á zumar el fuego, en la chimenea, de una manera extraña.

Vuelve la cara Susanita, y ve que de la lumbre se elevan unas llamas que se introducen por el tubo de la chimenea produciendo unos zumbidos sordos parecidos á los de un trueno lejano.

— ¿Qué es eso? piensa la niña asustada. Abre la puerta y corre al cuarto de su madre.

— ¿Qué sucede, hija mía? pregunta al verla su mamá.

— ¡Ay! mamá, dice la niña.

— ¿Pero qué tienes?

— ¡Ven conmigo! responde Susanita arrastrando á su mamá.

En cuanto llegan al cuarto de la niña, comprende la señora el susto de su hija y ve de lo que se trata. En seguida tira violentamente del cordón de la campanilla.

— ¡Hay fuego! dijo.

— ¡Fuego! repitió la niña retrocediendo.

— Si, hijita, pero nada hay que temer. ¡Esto no es cosa grave! dijo la señora deseando tranquilizar á su hija. No es más que en la chimenea.

Entre tanto acuden los criados.

— ¡Que llamen á los bomberos! dice la señora.

Uno de los sirvientes se apresura á obedecer esta orden. Los otros apartan los muebles inmediatos á la chimenea, para que el fuego no se les comunique. La habitación está llena de humo y la niña no puede abrir los ojos.

Iba á marcharse, cuando la llegada de los bomberos la hizo detenerse por curiosidad. ¿No le ha dicho su madre que no hay peligro?

Entonces mira maniobrar á los bomberos. Éstos empiezan por cerrar todas las puertas y por sacar de la chimenea los leños inflamados, que apagan echándoles encima cubos de agua. Después piden que les den una sábana mojada.

Dos criados extienden el lienzo humedecido delante de la chimenea, sujetándolo con fuerza por uno y otro lado.

Uno de los bomberos sostiene por arriba la sábana mojada.



Otro se arrodilla sobre el cuarto lado de la sábana, que arrastra por el suelo.

El lienzo húmedo queda así tirante y la abertura de la chimenea perfectamente tapada.

Entonces el bombero que se halla de rodillas coge la sábana por el medio y la hunde en la chimenea, retirándola en seguida con un movimiento brusco y rápido.

Inmediatamente se ve caer en el hogar una lluvia de fuego, que parece venir desde las nubes.

Es el hollín incendiado que se desprende del tubo por el movimiento de la sábana.

Ésta se quita para empaparla de nuevo en el agua de los cubos, mientras se apaga el hollín que acaba de caer.

La señora había pensado mandar á su hija que se fuera, mas viendo la atención con que miraba estas operaciones, consideró que podrían servirle de enseñanza y la dejó permanecer allí. X

En su cerebro se agitaba ya todo un mundo de porqués.

Así que todo volvió á su estado normal, dijo la señora sonriendo á su querida niña, que reflexionaba silenciosa :

— Creo que tu hermano y tu abuelito van á tener hoy una tarea muy regular.

— Sí, mamá, tengo que hacerles muchísimas preguntas.

— No bien la niña concluía su frase, cuando sonó la campanilla de la entrada del hotel. Miró por la ventana, y vió Susanita que su abuelo y su hermano entraban juntos.

Corrió á su encuentro.

— ¿No sabéis, les dijo, que hemos tenido fuego en casa?

— ¡Fuego! ¿y dónde?

— En mi cuarto.

— ¡En tu cuarto!

Los dos recién llegados dejaron ver un gesto de inquietud.

— No ha sido grave, continuó la niña; un fuego de chimenea que se ha apagado pronto.

— Pero hubiese podido propagarse, dijo el abuelo. ¡Vamos á ver lo que ha sido!

Pasaron al cuarto de la niña; la madre de ésta los tranquilizó.

Los criados acababan de limpiar los muebles, cubiertos de hollín y polvo, pero que ninguno se había deteriorado.

— Las verdaderas víctimas del fuego son Pablo y su abuelito, dijo la señora.

— ¿Por qué? dijeron á la par abuelo y nieto.

— Eso mismo digo yo, ¿por qué? ¡Ya veréis cuantos os encaja Susanita!

— Sí, dijo la pequeña que esperaba su turno para tomar la palabra. ¿Por qué los bomberos han extinguido el incendio con un paño mojado?

Y contó lo que había visto.

El abuelo dejó hablar á su nieta, y así que ésta acabó miró á Pablo diciéndole.

— Ahí tienes tú un por qué de los más complicados, siquiera porque podría llevarnos demasiado lejos.

— Sí, respondió Pablo, pero convendría empezar preguntando á Susanita si sabe lo que es el fuego.

— ¡El fuego!... ¡el fuego es el fuego! dijo la niña inte-

rrumpiendo y no imaginando que el fuego pudiera tener explicación.

— Evidentemente, es el fuego, como la carne es la carne.

¿Pero sabes tú de donde viene la carne?

— De los animales.

— Y el fuego, ¿de dónde viene?

— ¡Oh!... ¡lo que es eso! dijo la niña apurada.

— Pues mira, yo trataré de enseñártelo en muy pocas palabras, sin entrar en detalles demasiado áridos.

Has de saber que en el aire que nos rodea y que todos respiramos, hay un gas llamado oxígeno, y que en la leña hay un cuerpo llamado carbono...

— Oxígeno y carbono, repitió la niña; esos dos nombres son fáciles y no los olvidaré.

— Pues bien, cuando se logra reunir el oxígeno con el carbono, asociándolos, mezclándolos de una manera especial, se trasforman en una cosa que es...

— ¿Qué es?

— Que es el fuego.

— ¡Ah! ¿Y cómo se obtiene la reunión del carbono y el oxígeno?

— Elevando su temperatura, es decir, calentándolos. Podrías dejar todo el año una cantidad de leños en tu chimenea, sin que el oxígeno que está allí mismo, alrededor de los leños, se uniese al carbono que encierran y produjera fuego, si no empezabas por elevar su temperatura.

— ¿Pero qué se hace para elevar la temperatura?

— Cuando los leños están colocados en la chimenea, ¿no has visto que se les acerca un fósforo inflamado.

— ¡Ciertamente!

— ¿Qué hace el fósforo? Nada más que calentar el carbono, hasta que tiene á bien asociarse al oxígeno para darle fuego.

— Sí, pero el fuego del fósforo, ¿de dónde viene?

Á esta nueva pregunta de la niña, que rebosaba lógica, la madre y el abuelo cambiaron una mirada que hacía el elogio de la gentil criatura.

— Esa pregunta, dijo Pablo, me demuestra que sabes discurrir. ¿Quieres saber el origen de ese primer fuego? Su origen está en el mismo fósforo, cuerpo cuyo nombre significa « portaluz ». Ya ves que está bien bautizado.

— Sí, yo sé lo que es el fósforo, dijo la niña satisfecha.

— Pues bien, dijo Pablo con incrédula sonrisa, puesto que tú tienes el honor de conocer el fósforo, debes saber que basta frotarlo ligeramente para que se inflame, es decir, para que se una, para que se combine diríamos en lenguaje científico, con el oxígeno del aire.

Sería inútil frotar unos leños con otros, pues no se calentarían bastante para alcanzar la temperatura necesaria á su carbono si se quiere que se junte al oxígeno del aire, al paso que sirviéndose del fósforo se consigue en un instante lo que se desea.

— ¡Es un cuerpo raro! murmuró la niña.

— Si, pero es muy cómodo, confíesalo, pues gracias á él

consigues fuego con facilidad y sabes de qué modo el fuego se produce. ¿Me has entendido?

La niña había escuchado atentamente á su hermano, pero vacilaba en responder. Al fin, inclinando la cabeza, dijo :

— Sí.

— La vacilación de Susanita, dijo su madre á Pablo, se concibe muy bien. Esas frases del lenguaje científico, esas combinaciones y esas propiedades de los cuerpos no son cosas fáciles de comprender, preciso es confesarlo.

— Sí, mamá, lo confieso, respondió Pablo al mismo tiempo que se inclinaba por que su hermanita quería darle un beso, pero no tengo la culpa de que esas expresiones sean difíciles ¡yo no las he inventado!





CAPÍTULO XIX

LA PRESIÓN DEL AIRE EXTERIOR Y LA PRESIÓN
DE LA SEÑORITA «ESO ME ESTORBA».

El abuelo sonreía de la razonable excusa alegada por su nieto.

— Si la niña declara que ha entendido, dijo el abuelo, es que ha entendido. ¿No es verdad, señorita?

— Sí, papá, no me falta más que una cosa.

— ¿Qué cosa?

— ¡Que me expliquen la maniobra de los bomberos!

— Es muy justo, dijo Pablo, se me había olvidado ese punto de partida.

¿Por qué esos bravos bomberos hicieron mojar la sábana antes de hacer uso de ella? Es muy sencillo; porque el agua encoge la tela, esto es, tapa los intersticios todos del tejido y el aire no lo atraviesa, pues no tiene por donde. Además, como tú comprendes, la humedad preserva á la sábana de quemarse con el fuego.

Una vez extendida y adosada por todos lados á la chimenea, incomunica el aire de la habitación del que se halla en la chimenea y en el tubo de la misma.

— Es una tapia.

— Sí, pero es una tapia elástica, pues el bombero pudo introducirla en el hueco de la chimenea, retirándola en seguida.

— Entonces fué cuando el hollín incendiado que ardía en el tubo cayó abajo. ¿Pero por qué cayó?

— Porque el bombero, con su movimiento, produjo el vacío en el tubo de la chimenea.

— ¿El vacío? repitió la niña para quien esta expresión era una de las « vacías de sentido », que decía su abuelo. ¿Qué es el vacío?

— ¿No has observado alguna vez, aspirando con fuerza en un bote, en un frasquito, en un vaso, que el vaso ó el frasquito se te pegaba á los labios?

— Sí.

— Pues bien, al aspirar habías hecho el vacío, de seguro sin saberlo, en el vaso ó en el frasco.

— ¿De qué modo?

— Al aspirar has absorbido el aire que contenía el vaso, dejándolo vacío.

— ¡Ya! He vaciado el frasco. ¿Pero por qué se me ha pegado á la boca?

— Por la pesantez del aire que nos rodea.

— ¡No lo entiendo! dijo la niña con franqueza. Pues qué, ¿el aire es pesado!

— Ya lo creo ¡y mucho! La capa de aire que rodea la Tierra y que llamamos atmósfera, tiene ochenta kilómetros de espesor y pesa sobre ti con un peso de seis mil kilogramos, poco más ó menos.

— ¿Qué dices? exclamó la niña con semblante de susto y de sorpresa. ¿Tengo yo seis mil kilos sobre mis hombros? ¿Y en qué consiste que no me han aplastado?

— Consiste en que no son tus hombros solamente los que soportan esa carga tan considerable; esa carga que digo, rodea todo tu cuerpecito oprimiéndolo en todos sentidos, por fuera y por dentro, con el peso expresado, y ese es el motivo de que no se advierta la presión.

— ¿Y qué razón hay para que el aire nos oprima con tanta fuerza?

— Hay una muy poderosa, pues si el aire, por desgracia, dejara de oprimirnos un solo segundo, la sangre se escaparía por todos nuestros poros.

— ¡Hola! murmuró la señorita con una admiración en la que había ribetes de incredulidad.

— Te es bien fácil convencerte.

— ¿Cómo?

— Apoya tus labios en el dorso de tu mano y aspira.

La niña, mirando con el rabo del ojo á su abuelo y á su madre para cerciorarse de que Pablo no se burlaba de ella, ejecutó lo que decía su hermano.

— ¡Basta! dijo Pablo cogiendo la manita de su hermana menor, que se apartó de los labios con un ruido seco. Ahora mira. ¿Qué ves?

— Una manchita colorada.

— Pues esa pinta es la sangre, que ha venido á la superficie de la piel. Has hecho como con el frasquito de que habíamos antes. Cuando aplicaste los labios á la mano, aun había aire en tu boca, el cual ejercía presión sobre la piel; pero así que aspiraste, ese aire fué á los pulmones; y en cuanto faltó ese mismo aire en la superficie de tu mano, la sangre apareció en ella en seguida. Si continuaras aspirando un rato largo, y con fuerza, verías brotar unas gotitas de sangre en ese mismo sitio. Pero como sería una experiencia inútil, además de peligrosa, mejor es que no la hagas. Esto último lo dijo Pablo al ver que su hermanita se aprestaba á seguir la operación.

Ella se detuvo y dijo :

— Ya veo que yo he hecho el vacío; pero no sé lo que hizo el bombero.

— Hizo lo mismo que tú; la sábana mojada practicó lo que tus labios, pues al sacarla el bombero del fondo de la

chimenea donde antes la había metido, ella aspiró el aire que se encontraba en el tubo.

Se hizo en el tubo, pues, un vacío momentáneo; y entonces el aire que pesa allá arriba sobre el techo, el que pasa por encima de la chimenea, se precipitó en el tubo para llenar al vacío.

Al precipitarse bruscamente, arrancó el hollín que ardía en el tubo, lo arrastró consigo y lo depositó en el hogar, donde los bomberos lo apagaron.

¿Has comprendido?

— Casi.

— ¡Cómo! ¿Nada más que casi?

— He comprendido que el aire, aspirado por el tubo, hizo caer el hollín incendiado; ¿pero por qué fue aspirado el aire de arriba?

— Vaya, dijo la mamá, esta niña quiere saberlo todo de una vez y pregunta demasiado.

— Está en su derecho, dijo tranquilamente el abuelito. ¡Que Pablo tenga paciencia!

Pablo miró á su abuelo con ojos sonrientes que aprobaban, y dijo á la pequeña :

— El peso del aire le permite y aun le obliga á entrar en todas partes. Hay aire, en efecto, en nosotros mismos, en las plantas, en la tierra, en todos los objetos que nos rodean. Cuando se logra hacer el vacío, en otros términos, sacar el aire de un sitio cualquiera, viene al galope otro aire á sustituirlo.

Si aspiras en un tubo por ambos lados abierto, para extraer el aire, no consigues más que renovarlo; pues á medida que el aire en él contenido sale por un lado, se presenta por la parte opuesta el aire exterior que inmediatamente se introduce, pues la naturaleza tiene horror al vacío...

— Y ese es el caso de la chimenea, dijo Susanita para demostrar que comprendía.

— ¡Muy bien!... El aire que entra sustituye al que ha desaparecido. Para darte cuenta de que el vacío se opera, debes tomar un tubo que tenga una sola boca, ó bien un frasco. De esa manera, cuando hayas aspirado completamente el aire, conocerás que el tubo está vacío en que se pega á tus labios, y he aquí porque se pega.

— Te lo iba á preguntar.

— ¡Ya lo sabía yo! El aire exterior ejerce su presión, naturalmente, sobre las paredes exteriores del tubo. Antes de que tú desalojaras el aire interior, éste ejercía su presión de dentro á fuera, esto es, sobre las paredes interiores. El tubo, por consecuencia, se hallaba sometido á dos presiones iguales, no sospechándolo siquiera, como te pasaba á ti que tampoco sabías una palabra.

Que desaparezca una de las dos presiones, y la otra en el acto hará sentir su fuerza.

En efecto, desde que extraes, aspirándolo, el aire interior del tubo, desaparece la presión interior; é instantáneamente se deja sentir la del aire exterior. El peso de este último es



lo que oprime el tubo, ó lo que sea, contra tus labios. Lo apoya sobre tus labios, óyelo bien, como lo haría yo mismo con la mano.

— Á propósito, dijo el abuelo tomando la palabra para mantener la atención algo cansada de su nietecilla, se me ocurre una comparación que te hará concebir las dos presiones de que te habla tu hermano.

Supongamos que tú y tu amiguita « Eso me estorba » — no elijo la princesita Marmota porque se dormiría — notáis que esa puerta se abre. Á la señorita « Eso me estorba » se le antoja cerrarla. Tú tienes el capricho de dejarla abierta. Os obstináis cada cual en su idea, y sucede que la señorita « Eso me estorba » la empuja por un lado para cerrarla, al mismo tiempo que tú la empujas por el otro lado para impedir que se cierre. Tenéis las dos la misma fuerza, ejercéis aunque en sentido opuesto la misma presión una que otra, y la puerta no se mueve ni sabe que se halla sometida á una doble presión.

Pero de repente, tú te quitas...

— Hago el vacío, aventuró con timidez Susanita.

— ¡Perfectamente! exclamó el abuelito; como tú te retiras, tu presión falta, y no quedando más que la de la señorita « Eso me estorba », la puerta se cierra bruscamente.

— Y eso quiere decir que mi amiga ha desempeñado el papel de aire exterior.

Esta vez era evidente que la niña había entendido las

explicaciones de su hermano y la comparación de su abuelito.

Así fué acariciada por el uno y por el otro, como también por su querida mamá.





CAPITULO XX

DE MARSELLA Á PARÍS. — EL TELEGRAMA Y LA ELECTRICIDAD



En la mañana del 15 de febrero, cuando fué la niña al cuarto de su madre para darle los buenos días como de costumbre, encontró allí á su abuelo y á su hermano.

Todos los ojos se volvieron á la niña y todos rebosaban contento y satisfacción. Al parecer, todos eran felices.

Era evidente que había llegado alguna buena noticia.

Miraban todos á la niña, esperando sin duda que ella hablase. Querían que adivinara la causa de la alegría común.

Antes de hablar, la niña reflexionó un minuto ¿Cuál podía ser la causa de una dicha general que tan bien se traslucía? La vuelta del marino. Indudablemente, no podía ser otra cosa.

Por eso la niña, abriendo sus grandes ojos, se acercó á su madre :

— ¿Papá ha llegado? preguntó.

— No, hija mía, contestó la mamá con sonrisa placentera; aun no ha llegado á París, pero ya está en Francia, y esta noche...

— ¿Estará aquí?

— Sí.

— ¡Cuánto me alegro! exclamó la niña dando palmadas.

— Tema, lee el telegrama que recibí á media noche, cuando ya hacía tiempo que tú estabas dormida.

La niña leyó esto :

« París, de Marsella 525 19 14/2 9-50 noche.

« Tomo expreso de las 10. Estaré en París mañana á las 5 y 40 de la tarde. »

Seguía la firma del papá, y la niña exclamó :

— ¡Llegará á las cinco y cuarenta! Mamacita, ¿no es verdad que iremos á la estación?

— ¡Seguramente!

La señora dejó á la niña bajo esta impresión tan grata, y

se fué á disponer todo lo necesario para la llegada del jefe de la familia.

Pablo salió también á sus ocupaciones, pasando, por supuesto, por casa de Teresita para anunciarles á ella y á su mamá la próxima llegada del marino, esperada con impaciencia por una razón que no ignoramos.

Por consiguiente, se quedó la niña sola con su abuelo.

Ella conservaba todavía en la mano el papelito azul que le había confiado su mamá, es decir, el telegrama.

Lo miraba, lo remiraba, lo leía, lo releía, dándole vueltas, y más vueltas, acabando por decir :

— Querido abuelito, ¿á qué hora ha llegado el telegrama?

— Anoche á las doce.

— ¿Y salió de Marsella?

— Á las nueve y cincuenta, es decir, diez minutos antes que tomara tu padre el tren expreso. En el papel está indicada la hora que te digo.

La niña se puso á contar por los dedos :

— Entonces tardó en llegar aquí dos horas y diez minutos.

— Precisamente.

— Y mi papá, ¿cuánto tiempo tardará en venir?

— Llegará á las cinco y cuarenta, habiendo salido á las diez de la noche. Tardará, pues, diez y siete horas más cuarenta minutos.

— ¡Es muy largo!

— Porque también es larga la distancia entre Marsella y

París. Como que hay ochocientos sesenta y tres kilómetros.

— Ochocientos sesenta y tres kilómetros, repitió la niña haciendo una mueca desdeñosa.

En efecto, ¿qué valía esta distancia para una niña que acababa de aprender las que hay entre los planetas y el Sol?

Se calló un instante y después dijo :

— ¿Esta noticia ha venido por telégrafo?

— Sí.

— ¿Pues por qué mi papá no viene también por el telégrafo?

El abuelo no pudo menos de reirse un poco á este nuevo « por qué », tan lógicamente formulado por los labios de la niña.

— Es que hasta ahora no se ha encontrado el medio de viajar por la electricidad. Hemos de contentarnos con viajar al vapor.

— ¡Qué lástima!... ¿Y se encontrará ese medio?

— ¿El de aplicar la electricidad á la locomoción? No es imposible.

— ¿Pero en qué consiste que esa electricidad puede enviar tan de prisa un pedazo de papel y no pueda hacer lo mismo con mi querido papá?

La niña, al decir esto, parecía creer que la electricidad vale muy poco.

— Estás en un grave error, hijita mía, contestó el abuelo; ese papel no lo ha traído la electricidad.

— ¿Cómo que no?

— Telegrama quiere decir: escrito que viene de lejos; lo escrito es lo que viene, el papel no. De lo contrario, no mandaríamos las cartas por el correo, sino por el telégrafo, por



ser esto más rápido. El telegrama es una comunicación transmitida con la ayuda del telégrafo.

— Y telégrafo, ¿qué significa?

— Telégrafo, lo mismo que telegrama, se compone de dos palabras griegas y quiere decir: escribir lejos.

— Sí, escribir lejos por medio de la electricidad. Pero la electricidad, ¿qué es?

— La electricidad es una de las fuerzas de la naturaleza, pero fuerza no conocida hasta hoy más que por sus efectos. Esos efectos son el relámpago, el rayo, el trueno. Á propósito, ¿sabes lo que es imán?

— Sí, es un pedazo de hierro que tiene la propiedad de atraer el hierro. Tú mismo, abuelito, me regalaste una vez unos pescaditos japoneses que yo pescaba en una redoma llena de agua con una varita imantada, ¿te acuerdas? Y me dijiste que era el pasatiempo favorito de las señoritas del Japón.

— De las señoritas de tu edad.

— Por supuesto.

— Pero no es sólo ese hierro el que tiene la facultad de atraer á sí las cosas. La mayor parte de los cuerpos obran lo mismo bajo ciertas influencias, y el primero en que se observó esta propiedad fué el ámbar.

— ¿El ámbar?

— Esa materia amarilla con la cual está hecha la boquilla que para fumar usa tu hermano.

— ¡Ah! sí... ¡espera un poco!

Y la niña salió corriendo hacia el gabinete de su hermano. Encima de la mesa encontró lo que buscaba, pues volvió en seguida con una boquilla de ámbar que presentó á su abuelo.

— El ámbar, dijo éste, se convierte en imán si se le frota, como tú vas á verlo. Corta un papel en pedacitos encima de la mesa



La niña obedeció. El abuelo entonces frotó con rapidez la boquilla de ámbar sobre la manga de su levita, y después la aproximó á los pedacitos de papel.

Éstos volaron, atraídos por el ámbar como las mariposas por la luz, hasta fijarse en la boquilla.

— Acabas de asistir á un fenómeno de electricidad, dijo el abuelo á su nieta.

— ¡Electricidad! repitió la última.

Y añadió :

— Me has enseñado lo que significan las palabras telegrama y telégrafo, pero no lo que quiere decir electricidad.

— Tu pregunta, hija mía, no puede ser más oportuna, pues la palabra electricidad viene justamente de esta boquilla de ámbar.

— ¿Cómo es eso?

El primero que descubrió esta propiedad del ámbar, fué un habitante de Grecia que existió hace más de veinte siglos. Ahora bien, el ámbar en su lengua se llamaba electron, nombre del cual nosotros hemos hecho...

— ¡Electricidad!

— Perfectamente.

— Bien, repuso nuestra pequeña curiosa, todo eso es interesante, pero no me enseña como el telégrafo puede enviar un telegrama.

— Sois algo impaciente, señorita, dijo el anciano sonriendo; un poquito de moderación, que ya tocamos al fin.

— ¡Bueno! aguardo.

— Si yo entrara en los mil detalles del telégrafo y de su mecanismo, no entenderías una palabra.

— ¡Oh! murmuró la niña con acento humillado.

— Siento mucho repetírtelo, hija de mi corazón, pero es lo cierto que nada comprenderías; sírvate, no obstante, de consuelo una seguridad que yo te doy: la de que no serías la única persona en ese caso.

Los aparatos telegráficos son muy numerosos y de distintos géneros; y además se les perfecciona cada día. Me reduzco, pues, á explicarte brevemente el principio fundamental del telégrafo, y vas á tener la prueba de que ese principio es, como el de todas y de cada una de las invenciones modernas, menos complicado de lo que parece.

¿Puedes tú suponer que haya en Marsella un imán de fuerza suficiente para ejercer su atracción sobre un pedazo de hierro que se encuentre en París?

— Sí, contestó la niña inclinando la cabeza para mostrar que tal suposición no le parecía demasiado inverosímil.

— Bueno, pues tenemos ese imán en Marsella. Supón ahora que el pedazo de hierro que se quiere atraer y que está en París, es una aguja colocada en medio de un cuadrante. En este cuadrante, en lugar de las horas de un reloj, pongamos veinte y cinco letras del alfabeto.

— Bien, supongamos todo eso.

— Pues continúa suponiendo que tu papá, desde Marsella, te quiere dar los buenos días. ¿Qué hace? Valiéndose de un mecanismo especial, procura que el imán que está en Mar-

sella á su disposición atraiga la aguja de París hacia la letra B. Un empleado sigue con atención el movimiento de la aguja, y cuando la ve fijarse en la letra B escribe en un papel esta letra. Tu padre sigue operando con su imán, y después de la letra que hemos dicho, hace dirigir la aguja sobre la U. Por su parte el empleado de París prosigue apun-
tando letras.

— Hasta que reúne las letras B | U | E | N | O | S |
D | Í | A | S, lo cual quiere decir « ¡buenos días! »

— ¡No está mal comprendido! exclamó el abuelito muy contento.

— ¿Y en dos horas podría yo recibir los buenos días de papá?

— Repara que esas dos horas son las invertidas por los empleados de Marsella y de París, en transmitir, recibir y comunicarte el telegrama, pues la rapidez de la electricidad es tal, que apenas una letra es designada en Marsella cuando ya en París es registrada. La transmisión es instantánea. Se puede decir que la electricidad no reconoce distancias. Con tanta velocidad le daría la vuelta al mundo, como pasaría de este aposento á la sala.

— Pero el imán de Marsella, dijo la niña asombrada, necesita ser muy grande, muy fuerte, para mover el hierro de París.

— Es claro, y por lo mismo no es un imán como tú lo concibes, sino una máquina de electricidad inventada por los hombres y más potente que todos los imanes de este mundo. Esa máquina se llama pila eléctrica.

— Hay una cosa que no entiendo todavía, dijo la muchacha frunciendo las cejas ¿Por qué el imán, ó la máquina, como tú quieras, no atrae más que la aguja en cuestión? ¿No sería natural que atrajera todos los pedazos de hierro que hallara en su camino?

— Si sólo ejercita su fuerza de atracción sobre la aguja, es porque sólo se ha dirigido á ella.

— ¿Y cómo es eso posible?

— *Porque la fuerza que le permite atraer, llamada corriente eléctrica, es conducida por un hilo de cobre del cual no puede apartarse y que va directamente á París.*

— ¡Un hilo de cobre de ochocientos sesenta y tres kilómetros! exclamó la niña recordando la distancia exacta de París á Marsella.

— Sí, pero se compone de muchos hilos soldados unos con otros.

— ¿Dónde está ese hilo?

— ¿No has visto á lo largo de la vía férrea unos alambres suspendidos, en postes que se suceden de trecho en trecho, por toda la extensión de la vía?

— Sí.

— Pues esos son los hilos eléctricos. En París los ves por todas partes y pasan por encima de los techos. También los hay subterráneos.

— ¡Ah! Pues por eso vino el otro día un telegrama de mi amiga Adela, avisándome que no podía venir á comer conmigo...

De repente la niña se interrumpió, dando muestras de contrariedad.

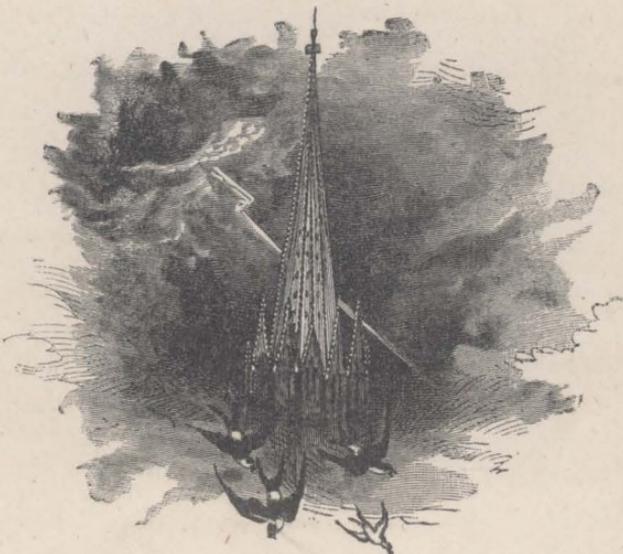
— ¡Está visto que no entiendo! dijo.

— ¿Qué es lo que no entiendes?

— El telegrama de la princesita Marmola venía escrito por ella; conocí su letra ¡Y mi papá no pudo hacer otro tanto! Vaya, ¡que no lo entiendo!

-- Consuélate, querida, le contestó el abuelo muy gozoso de ver que el cerebro de su nietecita era lógico en sus deducciones. Tu amiguita, en efecto, escribió de su puño y letra el despacho telegráfico, pero no vino á casa por telégrafo, sino por los tubos atmosféricos existentes debajo de París. Ese telegrama fué metido con otros en un estuche, el cual fué colocado en la boca del tubo; después se hizo el vacío con una máquina especial y...

— ¡El estuche fué aspirado! Ahora he comprendido.





CAPITULO XXI

EL VAPOR ENCERRADO

La niña estaba tan impaciente esperando la hora de ir á la estación para recibir á su papá, que su mamá dió la orden de enganchar con mucha anticipación.

La familia por consiguiente se hallaba en la estación mucho antes de la llegada del tren.

¡Tenía tanto miedo la niña de llegar tarde!

Pablo obtuvo un permiso para pasar al andén de la estación. Desde allí verían llegar el tren de Marsella, y abrazarían al viajero en cuanto saltase del vagón.

Al verse en el andén abrió la niña unos ojos, más grandes

aún de lo que eran, ante las locomotoras que iban y venían, los vagones que giraban, los trenes que se formaban ó se deshacían. Los agudos silbidos de una locomotora maniobrando, obligaron á la niña á taparse las orejas; y el ruido que hizo al pasar la corriente de aire por aquella producida, la hizo retroceder bien asustada.

Susanita había viajado por el ferrocarril, pero siempre había subido al vagón precipitadamente sin mirar siquiera la locomotora. Por consiguiente era la primera vez que veía tan poderosa máquina, y la examinaba, la consideraba, se preguntaba cómo podría andar sola y arrastrar en pos de sí tantos vagones.

Levantó la vista para fijarla en su hermano; pero éste miraba al horizonte y no reparó en ella.

Entonces pensó la niña en recurrir á su madre; mas ésta, en la inquietud natural de quien espera contando los minutos, ni siquiera fijó la atención en su querida hija que daba vueltas á su alrededor.

Pero quedaba el abuelo. Este último, aguerrido en las emociones, estaba al parecer más tranquilo. Se había acercado á una locomotora de nuevo sistema, recientemente construída, y la estudiaba con singular interés.

Viendo la niña que no podía contar con su hermano ni con su mamá para que respondieran á una pregunta que le bullía en la cabeza, empezó á dar vueltas en torno de su abuelito y acabó por poner sus manos entre las del buen señor. Éste se las estrechó con un movimiento natural, sin mirarla

siquiera, sabiendo de sobra de quien eran aquellas dos manitas.

Pero no era eso lo que la niña buscaba. Esperó algunos momentos, y al fin se apoyó con fuerza en la mano de su abuelo, que al sentirla preguntó:

— ¿Qué quieres, hija?

— Eso es una locomotora, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Y eso es lo que arrastra los vagones?

— Sí, respondió brevemente el abuelito que seguía viendo el mecanismo de la nueva máquina.

— ¿Y anda sola?

— Sí.

— ¿Por qué?

— ¡Hola! murmuró el anciano, ya tenemos pregunta. Veamos, ¿qué quieres saber?

— Quiero saber por qué anda sola una locomotora.

— Tu pregunta, hija mía, se me figura algo rara. Anda solo porque anda sola: ¿Es que un caballo no anda solo también?

— Sí, pero el caballo está vivo, mientras la locomotora...

— ¡Vamos, ya veo que no me dispensas de una contestación! dijo el abuelo riendo.

— Sí, abuelito, contéstame.

— La locomotora camina sola, como tú dices, porque encierra vapor.

— ¿Qué hace el vapor encerrado en la locomotora?

dijo la niña á quien no había bastado la explicación del viejo.

— Lo que hace el vapor es poner las ruedas en movimiento, y ¡es claro! cuando las ruedas giran la locomotora anda ¡Eso se comprende!

— Sí, lo comprendes tú; pero lo que yo no entiendo es por qué el vapor hace girar las ruedas.

— Está visto que es necesario explicártelo todo y hacer tu voluntad, dijo el abuelo suspirando como si la tarea que le imponía su nieta fuera muy desagradable; pero en el fondo se alegraba mucho de satisfacer la curiosidad de la chiquita.

— Sí, es necesario, dijo la niña á quien los suspiros del anciano hacían muy poco efecto.

Y añadió para decidirlo totalmente:

— Si el vapor hace andar las ruedas, es que tiene mucha fuerza, ¿no?

— La tiene considerable

— ¿Pero eso es posible?

— Cuando hablamos de las nubes ¿no empecé por preguntarte si habías vista agua sobre el fuego?

— Sí, me pusiste ese ejemplo para hacerme ver los vapores que se escapan.

— Justamente. ¿Y no has visto á veces que la tapadera de un cazo suele saltar cuando el agua empieza á hervir, esto es, cuando da vapor?

— Sí, algunas veces la tapa se levanta y parece que la empujan, pero en seguida vuelve á caer.

— ¿Y quién te parece á ti que empuja esa tapadera? Su-
pongo que podrás decírmelo tú misma.

La niña meditó breves segundos.

— ¡Toma! dijo al cabo; la empuja el vapor del agua esca-
pándose para subir.

— Indudablemente es el vapor; y si el vapor levanta la
tapadera, es claro que tiene fuerza.

— Pero entre levantar la tapa de un puchero y hacer
girar unas ruedas tan pesadas como las de una locomotora,
hay bastante diferencia.

— Concedido; pero si la pequeña cantidad de vapor que
sale del puchero tiene ya alguna fuerza, ¿qué fuerza no ten-
drá una cantidad muy grande de vapor?

— ¡No había pensado en eso! exclamó ingenuamente la
niña. En ese caso, la locomotora tiene mucho, mucho vapor
de agua. Vaya, explícame como se hace andar una loco-
motora, ¿quieres?

— No, eso nos llevaría muy lejos, y á pesar de tu
inteligencia no comprenderías gran cosa si yo entrara en
detalles.

— ¡Pues no entres en detalles! exclamó la niña.

Esta respuesta hizo reir al abuelo.

— ¿Me lo exiges absolutamente? preguntó.

— Sí, abuelito, respondió resueltamente Susanita.

Entonces el abuelo, mostrando á su nietecita la locomo-
tora que estaba examinando, le dijo:

— ¿Qué hace falta para producir vapor?

— Agua y fuego.

— Te indicaré ante todo donde se pone el agua y donde se hace el fuego en la locomotora. Se pone el agua en ese gran cilindro que tienes delante de los ojos y que forma el cuerpo de la máquina. Ese gran cuerpo cilíndrico es una inmensa caldera. El fuego se hace en la parte posterior, en un ancho horno delante del cual se coloca el fogonero, es decir, el hombre encargado de echar al horno carbón de piedra que alimente el fuego para que no se apague en el camino; el maquinista es el encargado de dirigir la marcha de la locomotora.

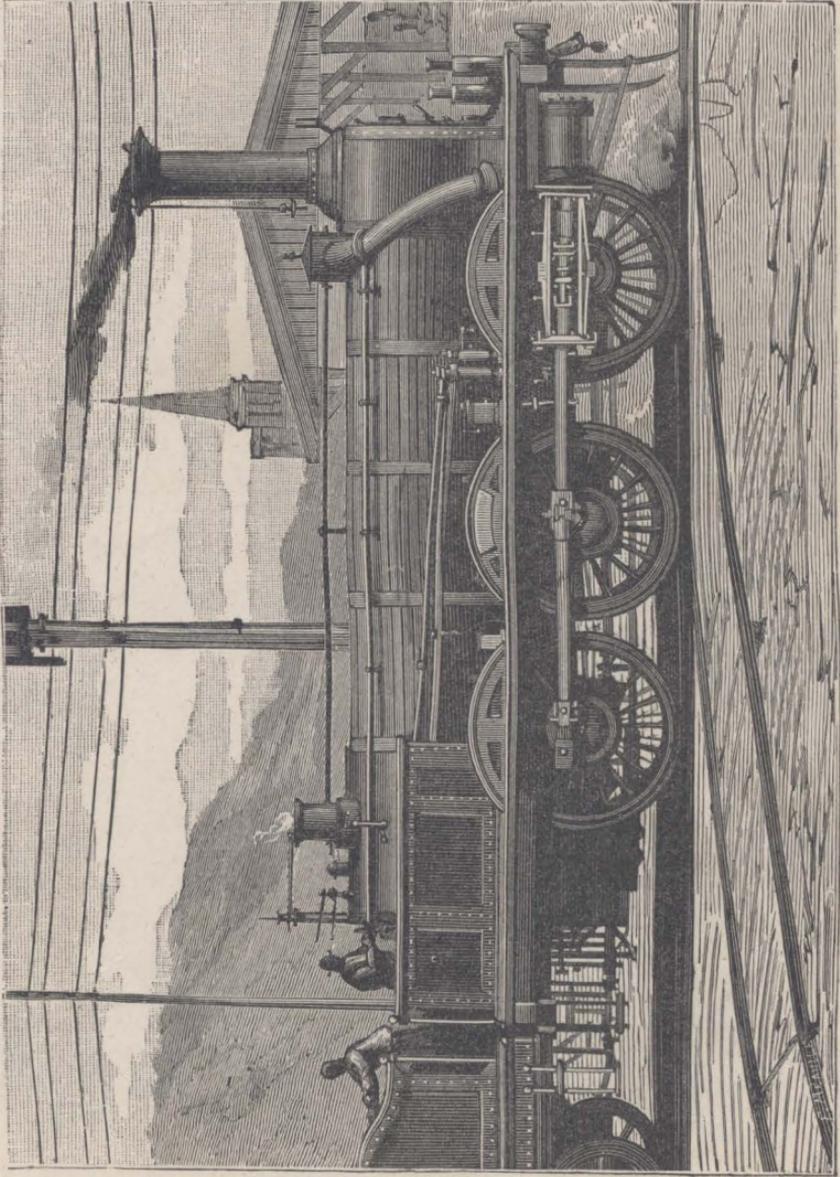
Tenemos ya el agua y el fuego que se necesitan. El fuego del horno hace hervir el agua de la caldera, obligándola á despedir vapor...

— ¿Y el vapor empuja la tapadera? dijo la niña interrumpiendo al anciano.

— La tapadera, no; empujará alguna cosa, pero no será la tapadera. Si levantara una tapadera, el vapor se escaparía como del puchero que decíamos antes, y en ese caso de nada serviría; se perdería por completo un vapor que se necesita aprovechar.

— ¿Pues á qué da impulso?

— Escúchame un poquito y lo sabrás. Seguramente querría levantar esa tapa que decías ahora, mas no se le consiente que se tome tamaña libertad. Por el pronto se halla preso, encerrado, en esa inmensa y sólida caldera, y como todos los presos, busca por donde evadirse. Revuélvese entre las sólidas



das paredes de su cárcel, quisiera demolerlas, romperlas, derribarlas para emprender la fuga. Felizmente los muros de su prisión, es decir, las paredes de la caldera, son fuertes y resisten. Pero al fin descubre una salida por un caño que hay en la parte delantera, allí, justamente debajo del tubo de la chimenea. Se precipita pues por aquel caño. Cree sin duda encontrarse ya al aire libre y en plena libertad. Pero aun no han concluído sus penas. En efecto, ¿qué es lo que encuentra al término del caño?

— ¡Un gendarme que le impide salir! dijo la niña siguiendo la comparación de su bondadoso abuelo.

— ¡Casi, casi! Encuentra este tubo grueso que ves aquí, debajo de la chimenea y á la altura de las ruedas.

Naturalmente se lanza por el tubo esperando verse libre, pero...

— ¡Otro obstáculo! dijo la niña, ¡está visto que á ese pobre vapor se le hace pagar cara su libertad!

— Cierto. Se le hace pagar su libertad antes de dársele. En medio de ese tubo que tienes á la vista, se estrella nuestro vapor contra una pieza fundida que se llama pistón.

— ¿Pistón? ¿y qué es eso?

— No voy á darte su definición. Me contentaré con tomar de nuevo el mismo símil, y te diré que consideres el tal pistón como la tapadera.

Ya tenemos al vapor tropezando con una tapadera: ¿Qué hará?

— Empujarla, probablemente.

— Es claro. Y como la tapadera, llamemos así al pistón, está unida por cierto mecanismo á las ruedas de la locomotora, al empujar la tapadera...

— ¡Empuja las ruedas! exclamó la niña muy contenta.

Y agregó:

— ¿Pero qué hace después?

— ¿Cómo?

— ¿Qué se hace el pobre vapor?

— Recibe su libertad.

— ¡Bien la ha ganado!

— Una vez que ha dada impulso al pistón, á la tapadera si así te gusta más, se le deja salir por el tubo de la chimenea, como has podido verlo por tus propios ojos. No te explicaré por que ingenioso cuanto sencillo sistema se logra enviar el vapor tan pronto por la derecha como por la izquierda del pistón para que las ruedas sean movidas, ni de que manera está arreglado cada detalle de tan admirable mecanismo. Básete la convicción de que el vapor hace girar las ruedas; y, es claro, cuando las ruedas giran la locomotora anda. Lánzase al espacio arrastrando los pesados vagones que se le confían.

En aquel momento llegaba la señora del brazo de su hijo Pablo, diciendo muy conmovida:

— ¡El tren de Marsella está anunciado!

Los cuatro, en el centro del andén, esperaron silenciosos.

Y poco después apareció á la vista, envuelto en humo y lanzando rugidos estridentes, el anhelado tren en que debía llegar el jefe de la familia.





CAPITULO XXII

LA VUELTA DEL MARINO

En el instante de pararse el tren, los cuatro personajes del andén se sintieron poseídos de una profunda emoción.

¿Vendrá? se decían. ¿No habrá surgido á última hora algún obstáculo que haya retrasado su salida de Marsella? ¡Qué decepción para todos, si la ya larga ausencia del jefe de la familia hubiera de prolongarse todavía por algunos días ó por algunas horas!

Ya se abrían las portezuelas, y más de un viajero estaba en el estribo sacando de su vagón los sacos, las mantas y las maletas.

El marino, á todas estas, no se presentaba.

La primera que lo vió fué Susanita.

— ¡Papá! exclamó con un acento que rebosaba alegría, tanto que algunos viajeros se volvieron á mirarla.

Pero la niña se había desprendido de las manos de su madre echándose al cuello de su padre que la abrazaba y la besaba *temblando de emoción*.

— ¡Hija mía! murmuraba ¡cómo has crecido y que monísima estás!

Y sin soltar á la niña, abrazó el marino á su mujer, á su hijo y á su suegro.

Los equipajes fueron colocados en un ómnibus, y éste siguió al coche en que tomaron asiento los cinco personajes.

El trayecto fué silencioso.

El capitán de navío no se cansaba de mirar á los seres queridos de los que por tanto tiempo se había visto separado.

Sus ojos revelaban la más sincera alegría y sus labios no encontraban expresiones para manifestarla.

Aquel fué un día de fiesta en el hotel del parque de Monceaux.

Los amigos del recién llegado, noticiosos de su vuelta, iban unos tras otros á estrechar su mano y darle la bienvenida.

Estas visitas de amistad contrariaban mucho á la encantadora niña, que quería disfrutar ella sola de su padre. Y cada vez que anunciaban una nueva visita, la muchacha hacía una

mueca significativa y muy graciosa que su padre al momento comprendía. Su sentido no era dudoso.

El marino hizo una seña á su hija para que se le acercara, la besó y le dijo:

— Mañana daré orden de no recibir á nadie; pasaremos la tarde solos en familia ¿Es eso lo que quieres?

— Sí, papá, eso mismo.

El padre cumplió su palabra al día siguiente; advirtió á la servidumbre que no recibía á nadie y se instaló en la sala con toda su familia.

La señora interrogó ampliamente á su marido sobre las dificultades de su comisión y las peripecias de su viaje. El suegro también le hizo preguntas repetidas. Pablo igualmente. El marino les respondía con circunstanciados pormenores, que seguramente eran interesantes para la niña, pues se contentaba con oír sin interrumpir ni preguntar.

Cuando el marino hubo satisfecho la curiosidad de los suyos, exclamó:

— ¡Pero yo os cuento mis cosas y no me decís nada de las vuestras! ¿No es hora ya de que me habléis de vosotros?

Algo sé ya, pero no todo lo que deseo. No ignoro que la señorita Susana atormenta á su abuelito, así como á su hermano, con los más interminables por ques. En eso no ha cambiado y yo me alegro mucho. Puesto que para instruirse no tiene más que preguntar, seguramente aprenderá cuanto deba saber sin fastidio y sin dificultad.

Y tú, querido Pablo, ya sé que trabajas asiduamente y que tus jefes están contentos de ti. Estoy convencido de que ascenderás rápidamente, y en cuanto á tu porvenir estoy tranquilo. Pero en tu vida privada hay detalles que no conozco aún, y si he de creer lo que me indican tus últimas cartas, debes tener algo serio que decirme, ¿no es verdad?

Al oír estas últimas palabras, Pablito se emocionó.

Le era preciso hablar del proyecto que acariciaba tanto tiempo hacía: de su casamiento con la señorita Teresa de Montlaur.

Pero en aquel momento se acordaba de la postdata famosa, la cual se presentaba á sus ojos como un obstáculo más amenazador que el primer día.

Recordaba con disgusto la importancia dada por su padre á cierta circunstancia, el interés con que le había preguntado en el mencionado post-scriptum, si la señorita de Montlaur pertenecía á una familia en la cual había un alférez de navío en 1855.

Los informes que sobre esto había tomado Pablo, si le habían tranquilizado á él, no había podido aún transmitirlos á su padre.

Y si le habían tranquilizado cuando los tomó, ahora dudaba de su eficacia. Sentíase envuelto por un sentimiento vago de temor.

— Y bien, le dijo su padre con sonrisa bondadosa; ¿no me contestas? Sin embargo, estoy seguro de que has adivinado á lo que me refiero.

— Sí, papá, dijo Pablo haciendo un esfuerzo para dominarse, te he comprendido.

Y añadió:

— El verano pasado encontró mamá en los baños de Dieppe á una antigua amiga suya, y reanudó con ella antiguas relaciones. Es una señora muy estimable que tiene por hija...

— ¡Á mi amiga Teresa! exclamó Susanita.

— ¿Es amiga tuya? preguntó el padre á la niña.

— ¡Muy amiga!

— La señora de Montlaur es viuda, continuó Pablo; pero de repente se detuvo.

Al nombre de Montlaur, su padre había perdido el color.

Después se pasó la mano por la frente, como para apartar un recuerdo penoso, quizá terrible.

Todos los ojos se fijaron en el marino.

Todos los presentes se preguntaban que significación podían tener aquella palidez y aquel gesto.

— Prosigue, dijo el marino pasado un instante de silencio embarazoso.

— No pude ver á la señorita de Montlaur, dijo Pablo, sin prendarme de ella; mi sentimiento fué aprobado por mamá y por abuelito. Mamá y la señora de Montlaur han tratado ya de un proyecto de matrimonio, y yo abrigo la esperanza de que la principal interesada, la bella Teresita, no ha de oponerse á la unión que yo deseo.

— ¡Ya lo creo que no! murmuró la niña, que sabía á que atenerse respecto á las ideas de su amiga mayor.

El marino se levantó de su asiento, y se puso á pasear por la sala, con la cabeza baja y profundamente pensativo.

Pablo estaba conmovido, previendo una catástrofe irreparable y sin atreverse á abrir la boca.

Esperaba todavía de los labios de su padre una sentencia dolorosa ó una palabra de esperanza.

El padre se paró.

Después se acercó á su hijo.

— Mi querido Pablo, dijo, voy á darte quizá un disgusto verdadero, acaso una alegría. Antes de hablar, necesito que me des informes más completos sobre esa buena familia de Montlaur ¿Te acuerdas todavía de lo que yo te pregunté en una de mis cartas?

— Sí, papá; querías saber si en esa familia hubo un oficial de la marina francesa, allá por el año de 1855.

— ¿Y lo has averiguado?

— La señora de Montlaur, que es viuda como ya sabes, me ha dicho que su marido tuvo en efecto un hermano á quien ella no conoció nunca...

— ¿Y ese hermano era?...

— Alférez de navío en la época indicada.

El marino se dejó caer más bien que se sentó en una butaca, procurando ocultar los escalofríos que recorrían su cuerpo.

Al cabo de unos segundos, tratando de reanimarse, murmuró:

— ¿Cómo se llamaba? ¿lo sabes tú?

— Se llamaba Pedro de Montlaur.

— ¡El mismo! ¡es él! dijo el marino anonadado.

Los testigos de escena tan penosa permanecieron inmóviles y mudos, sin sospechar la causa de la profunda pena que agobiaba al honrado y valeroso marino.

Por fin su esposa interrumpió aquel silencio difícil, preguntando con temblorosa voz:

— ¿Y... qué ha sido... de él?

— Pedro de Montlaur, contestó Pablo con tono grave y hondamente triste, pues se iba desvaneciendo su última esperanza, murió durante la guerra de Crimea.

— Sí... murmuró el marino; sí... ¡es él!... Fué en 1855... ¡Qué fatalidad!

Y sin decir una palabra más, estuvo largo rato con las miradas fijas en el suelo sumido en pensamientos misteriosos y absorto en sus recuerdos.

Cuando aquel hombre enérgico y probado, cuando aquel marino que cien veces había visto la muerte cara á cara levantó al fin los ojos, los tenía llenos de lágrimas.

Se acercó á Pablo, estrechó sus manos fuerte y afectuosamente y sin soltarlas le dijo:

— ¡Pobre hijo mio! ¡hijo de mi alma! ¡ese casamiento es imposible!

¡Ay! Pablo esperaba ya esa terrible sentencia, la temía y

estaba acongojado; pero comprendió que dando salida franca á su dolor agravaría la pena de su padre.

Apeló á todas sus fuerzas, y después de haber correspondido respetuosamente al apretón de manos de su padre, salió pausadamente para dar libre curso á la inmensidad de su aflicción.

El marino se había puesto otra vez á pasear, sin ver siquiera á los que le rodeaban.

Un rumor de sollozos que llegó de pronto á sus oídos le sacó de sus tristes reflexiones.

La niña, refugiada, escondida en los brazos de su madre, lloraba á lágrima viva.

La pobrecita se había enterado de todo y compartía el dolor de los demás.

Su padre hizo un gesto de contrariedad:

— ¡Cómo! dijo, ¿la niña estaba presente? ¿En qué estaba yo pensando para hablar así delante de ella?... Hijita mía, agregó enjugando los ojos de la niña, consuélate y no llores; ¡basta lo que yo padezco!

Aunque la niña tenía las lágrimas en los ojos, de buena gana hubiera preguntado:

— ¿Pero por qué padeces?

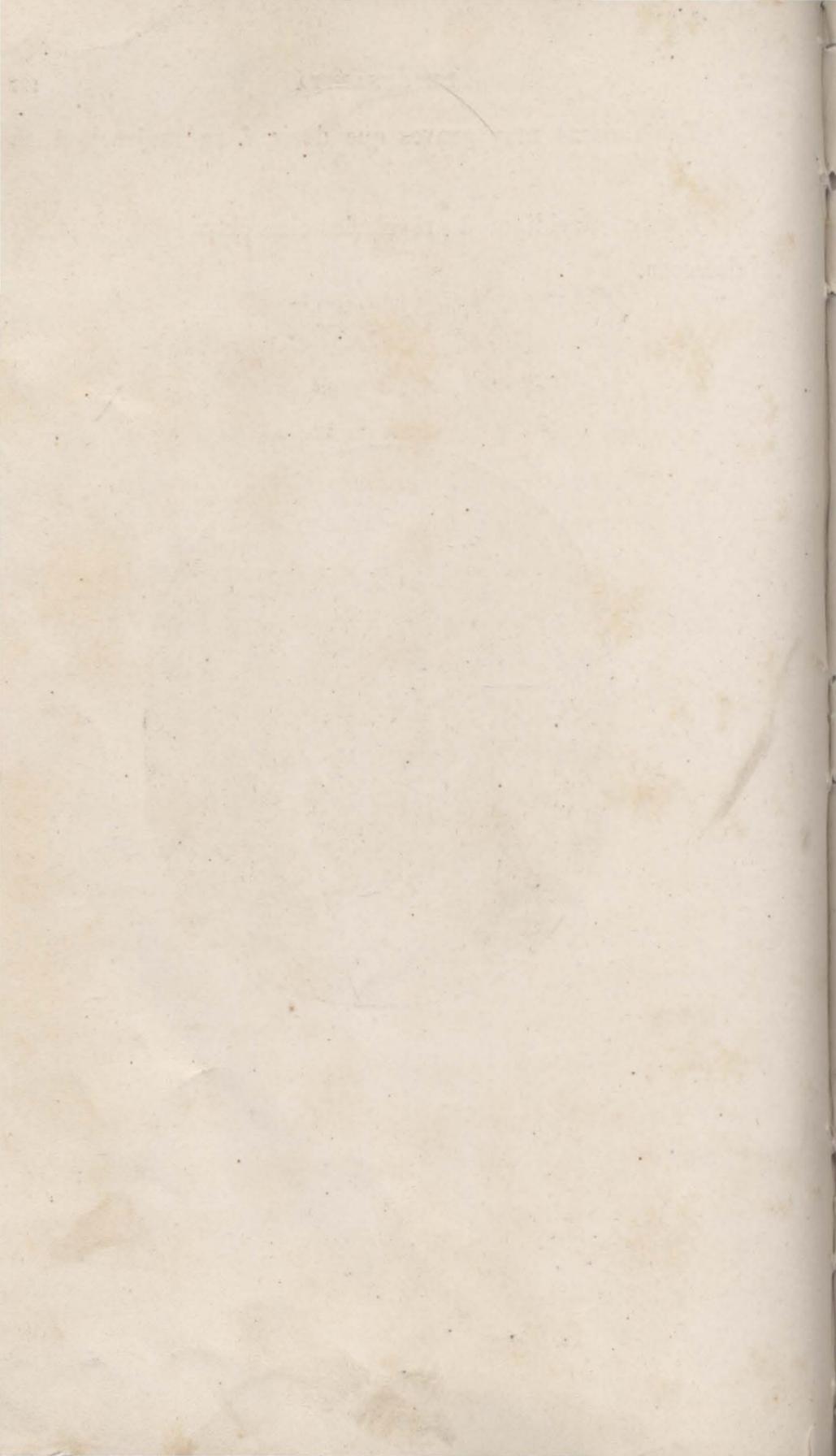
No se atrevió, y se dejó conducir á su habitación de la mano de su madre.

Cuando ésta salía, su marido le advirtió en voz baja que volviera.

Tenía cosas muy graves que decir á su mujer y á su suegro.

Estaba decidido á revelarles la clave del misterio doloroso.







CAPÍTULO XXIII

EL MISTERIO

Cuando la señora regresó á la sala, su marido se recogió en sí mismo unos instantes y luego tomó la palabra en estos términos:

— La escena casi trágica de que ustedes acaban de ser testigos, dijo á su esposa y á su suegro, exige ciertamente una franca explicación. Voy pues á darla. Es necesario que yo diga por qué es imposible el casamiento de mi hijo Pablo con la señorita Teresa de Montlaur, y por qué me han impresionado tan desagradablemente los informes que yo había pedido.

Si yo me opongo á esa proyectada unión, después de aprobada en principio por ustedes, es que el obstáculo que impide mi aprobación tiene suma gravedad.

Este preámbulo causó profunda impresión á la esposa del marino y al padre de ella.

Ambos comprendieron que iban á escuchar alguna cosa terrible y de consecuencias indelebles.

El capitán prosiguió:

— Es casi una confesión lo que yo tengo que hacer, confesión de una falta que tiene disculpa en muchos casos, pero que es imperdonable en el mío. No quiero decir que yo fuese culpable voluntariamente, ¡no! Me conocen ustedes lo bastante para no concebir esa sospecha. Pero si mi culpa fué involuntaria, eso no quita su existencia; y por una fatalidad verdaderamente deplorable, viene hoy á recaer sobre mi hijo y sobre una joven inocente.

Es preciso que me refiera á los años de mi juventud, para que sepan ustedes cual fué la falta mía que no conocen aún sino por sus funestos resultados.

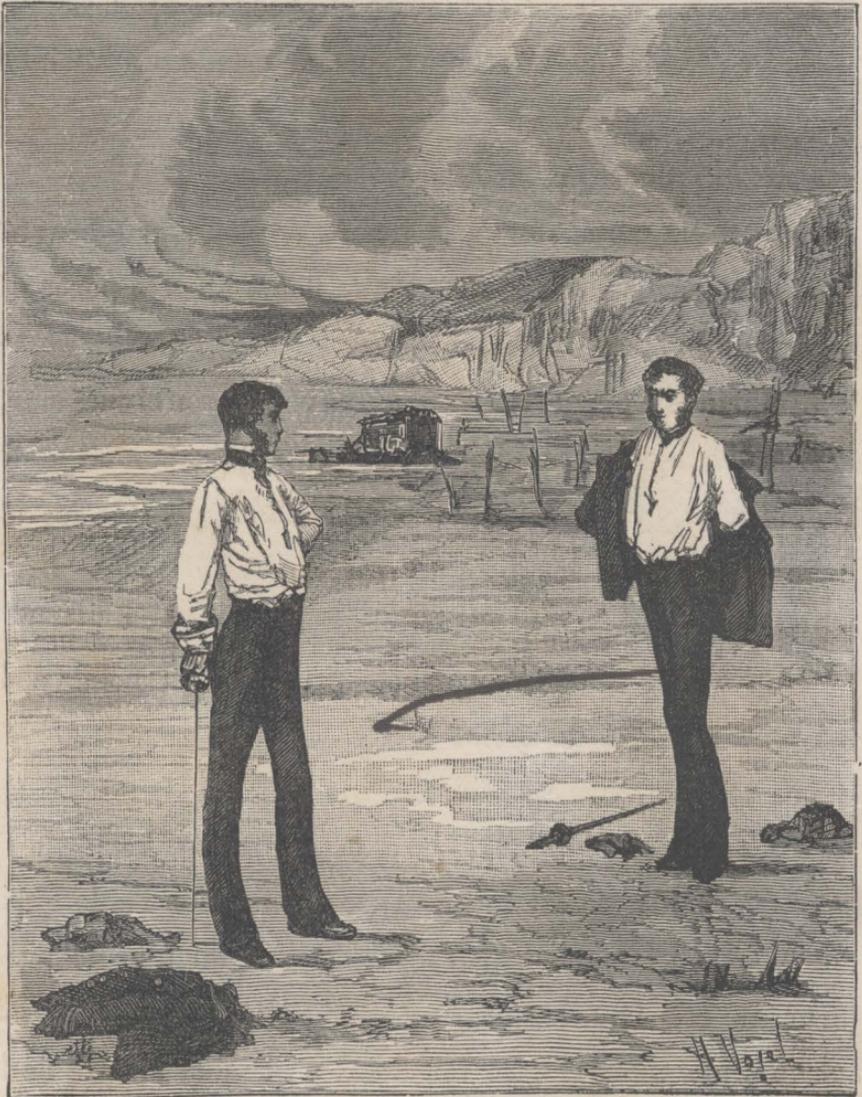
Corría la primavera de 1855, y yo llegaba á Crimea á bordo del navío *Juan Bart*. Ibamos en comisión; llevábamos órdenes y debíamos regresar trayendo pliegos. Nuestra permanencia allá debía de ser muy corta, la estrictamente necesaria.

Y sin embargo, ¡fué demasiado larga para mí!

Una mañana, el 20 de mayo de 1855; ¡fecha que no olvidaré jamás! fuí provocado por un alférez del navío *La Peyrouse*, quien por motivos fútiles me insultó gravemente.

Yo era su superior y hubiera podido castigarle con toda la severidad de las ordenanzas y los reglamentos; pero un

arranque caballeresco, por cierto ¡ay! bien sensible, me impulsó á pedirle una reparación espada en mano.



Era en tiempo de guerra. El lance debía quedar en el secreto. Nombramos nuestros testigos, dos cada uno, y nos batimos.

Al primer pase le toqué en el pecho.

Mi adversario cayó.

Mis testigos me alejaron.

Aquella misma tarde recibimos la orden de aparejar.

No supe más que una cosa: que el estado de mi infeliz adversario era gravísimo.

Volví á Francia profundamente afectado

Me sonreía, no obstante, la ilusión de que aquel desventurado joven sanaría, cuando supe que había muerto pocos días después de haberme hecho á la mar.

El marino suspendió un momento su relato, con el cual sufría.

Evocaba aquella escena funesta en la que, por un motivo insignificante y ya olvidado, un hombre había perdido la vida.

Por fin levantó los ojos, volviéndolos á su mujer y á su suegro.

— ¿No han adivinado ustedes, preguntó, el nombre del desgraciado alférez de navío?

Los dos interrogados inclinaron la cabeza.

— Era Pedro Montlaur, continuó el marino, hermano del padre de Teresa, de esa misma Teresa con quien Pablo quiere casarse ¿Comprenden ustedes ya por qué mi hijo no puede entrar en esa familia, en la cual ha habido una persona muerta á mis manos? ¿No ven ustedes que una alianza de las dos familias sería un sacrilegio?

La mujer y el suegro del marino permanecieron callados, pero su silencio era una aprobación de lo que él acababa de decir.

La señora se le acercó y le dijo con dulzura:

— Hemos comprendido tu dolor antiguo y tu dolor reciente, mi querido esposo; lo hemos comprendido y te compadecemos de todo corazón.

— ¡Ay! respondió el marino, al pobre Pablo es á quien hay que compadecer ahora. ¡Él paga injustamente las faltas cometidas por su padre!

— Sí, dijo entonces el abuelo, merece lástima Pablo y algo también su hermanita. Ya habéis visto hace poco adonde llega su sensibilidad. Adora á su amiga Teresa, y convendría engañarla desde mañana cuando se despierte, haciéndola creer que el casamiento no está deshecho de un modo definitivo, sino aplazado por dificultades momentáneas.

— Tiene usted mucha razón, le contestó su yerno ¿Quiere usted encargarse de ese asunto? ¿Quiere usted, además, hacerme el favor de notificar el rompimiento á la señora de Montlaur?

El suegro se inclinó en señal de asentimiento.

— ¡Mala noticia para esa buena señora! exclamó la esposa del marino, ¿Qué vas á hacer, papá? ¿qué le vas á decir?

— ¡La verdad! contestó el viejo con calma y con firmeza.

— ¿La verdad? repitió su hija interrogativamente y de veras asustada.

Á la respuesta firme de su suegro, el marino había hecho un gesto como para interrumpirle ó aconsejarle otra cosa; pero acudió la reflexión en ayuda. Y sólo dijo, dirigiéndose á su mujer que aguardaba su resolución:

— Tu padre dice bien: ¡Lo mejor es la verdad!

— Decir siempre la verdad es la mejor de las políticas, dijo el anciano con el aire de un hombre que ha tenido tiempo y ocasiones para conocer la vida. En circunstancias como ésta, la verdad es más útil que los pretextos más ingeniosos y hábiles; y siempre es más fácil decir la verdad desnuda que una mentira cualquiera, aunque sea fútil.

Se convino, pues, en que el abuelo tranquilizaría á su nieta al otro día y en que á Pablo se le enteraría de todo. Él comprendería, y de seguro había de contribuir á desvanecer en su hermanita lo que pudiera ser una impresión peligrosa. Por último, el viejo vería á la buena señora de Montlaur.

Á la mañana siguiente, muy temprano, recibió el abuelito la visita de su nieta.

Se presentó la niña con los ojos encendidos y un poco hinchados; se conocía que había llorado mucho. No acarició á su abuelo con la alegría y animación de costumbre; su corazón estaba triste.

El abuelo, por el contrario, afectó un sosiego y un buen humor que no recordaban la escena de la víspera. Al momento se había hecho cargo del estado moral de su idolatrada nieta, y juzgaba prudente y saludable llevarla con suavidad á más risueñas ideas.

Muy admirada la niña del buen humor de su abuelo, se preguntó si habría ella soñado. Le parecía imposible que un abuelito como el suyo pudiera estar contento después de lo

pasado, y acabó por asediarlo á preguntas después de vacilar algún tiempo.

— Abuelito, ¿se ha arreglado todo?

— ¿Qué es todo? preguntó el anciano con indiferencia, fiel al plan que se había trazado.

— Pues lo que tú sabes... eso de ayer... ¿no se había desbaratado el casamiento de Pablo con Teresa?

— ¡Ah! ¿es de eso de lo que hablas?

— ¡Por supuesto!

Y la niña se preguntaba qué otra cosa podía preocupar á su abuelito en semejante ocasión. No le parecía posible que hubiese otro asunto serio. Y así esperaba una contestación con singular ansiedad.

— ¡Bah! replicó el abuelo con negligencia afable, si no se ha arreglado eso, como tú dices, pronto se arreglará.

— ¿De veras?

— Sin duda. Anoche hablamos largamente con tu papá, cuando tú te habías acostado, y hemos convenido todos en que sus temores eran muy exagerados. Todos estos disgustos pasarán en breve, tú verás.

— ¿Y Teresa se casará con Pablo? interrogó la niña mirando á su abuelo fijamente.

Ella anhelaba una respuesta categórica, sospechando en su inocente malicia que el viejo la engañara.

Se concibe el embarazo en que estaba el abuelito. Había reclamado el derecho de decir la verdad á la señora de Montlaur; pero la misma verdad, dicha sin precauciones á una

muchacha tan sensible como Susanita, podía causarle una penosa y duradera impresión. Era preciso llevarla al conocimiento exacto de los hechos, con muchos miramientos y por gradaciones.

He aquí por que contestaba de una manera evasiva á las terminantes preguntas de su nieta.

— ¡Vaya! ¿por qué no ha de casarse Teresa con tu hermano, si los obstáculos de que hablaba tu papá desaparecen al fin? Tú sabes perfectamente que tus padres desean la felicidad de Pablo y harán por conseguirla cuanto puedan. Por lo tanto, hijita, no hay que apurarse y esperemos.

— ¿Hemos de esperar mucho tiempo, abuelito?

— Cuanto menos sea, mejor.

— Y entre tanto, me dejarán ir como antes á visitar á Teresa ¿No es verdad? Si me dejan ir á verla, creeré todo lo que tú me digas y todo lo que quieras.

El abuelo comprendió en las frases de su nieta y en el modo de expresarlas, que era conveniente acceder á lo que pretendía prometiéndole llevarla á casa de Teresa.

Era el único medio de alejar las sospechas que bullían aun en la mente de Susanita.

— Ciertamente, dijo, no se te impedirá que veas á tu buena amiga: ¡Pues no faltaba más! ¿Y qué razón puede haber para que se te prohíba visitarla? Verás á Teresa cuando te acomode.

— Querido abuelito, ¿no es cierto que entre los dos acabaremos al fin con esas pícaras dificultades? ¿Me das tu pala-

bra de hacer por tu parte y en ese sentido todo lo que puedas?

— *Si, querida*, no tengas cuidado que yo te lo prometo, murmuró el abuelo acariciando á la niña; desde hoy mismo voy á ocuparme en eso.

— ¡Qué bueno eres, abuelito! dijo la niña confiada y satisfecha.





CAPITULO XXIV

EL ENCARGO DEL VIEJO Y LA VISITA DE LA NIÑA

Aquel mismo día visitó el abuelo, como estaba convenido, á la señora de Montlaur.

Teresa, que estaba en la sala con su madre, se levantó alegremente para saludar al abuelo de su graciosa amiguita.

Pero el aire de gravedad que afectaba el buen señor la sorprendió desde luego, y reparó además que los ojos del anciano se fijaban en ella con tristeza. Todo en sus maneras revelaba una efectiva y real preocupación.

Teresa entró en cuidado.

Conoció que la visita aquella no era casual ni de mera cortesía, y presintió algún suceso que debía interesarla, suceso que probablemente no sería grato á juzgar por el aspecto serio y triste del abuelo de Susanita.

« De seguro nos trae malas noticias », pensaba Teresa. Ella sabía que el padre de Pablo estaba de regreso, que ya conocía los propósitos de ambas familias y que sólo faltaba su consentimiento.

Pero todo indicaba, al parecer, que no lo habría dado.

¿Habría desechado la petición de su hijo?...

La pobre Teresa estaba en ascuas, deseando oír una palabra que la sacara de dudas, cuando el abuelo de Pablo suplicó á su mamá que le concediera una audiencia á solas.

Sin duda la madre de Teresa tenía las mismas sospechas que su hija, pues miró á ésta con ojos alarmados.

Teresa se inclinó, saliendo de la sala turbada y conmovida.

Cuando se fué la joven, el anciano caballero tendió la mano á la señora diciendo con amargura :

— Ya veo que Teresita ha presentido, como también usted, el objeto que me trae.

— ¿Pero qué dice usted? murmuró la señora temiendo en efecto saber demasiado pronto la triste realidad.

— Digo, señora, y lo digo con profunda pena, que es preciso renunciar á los dulces proyectos que acariciábamos sobre la suerte de nuestros hijos. Entre nuestras dos familias, señora, toda unión es imposible.

— ¡Imposible! exclamó la señora de Montlaur. ¿Pero por qué; Dios mío? ¿Qué es lo que se opone á la felicidad de mi hija y á lo que hasta ayer era un deseo de todos?

— ¡Un motivo poderoso! Y para comprender todo su alcance, es preciso haber presenciado el dolor de mi yerno cuando se vió obligado á rechazar la demanda de su hijo.

— ¡El dolor de vuestro yerno! dijo la señora de Montlaur con extrañeza. ¡Confieso que no alcanzo á concebirlo! ¡Cómo! ¿ese padre, que se niega á hacer con una palabra la felicidad de su hijo, está afligido por la pena que él mismo le causa? ¿Es posible que sienta su propia negativa? Pues entonces, ¿por qué niega? ¡En todo eso hay un misterio inconcebible!

— Efectivamente, señora; y ese misterio es el que vengo á revelar á usted, en nombre de mi yerno.

La señora, verdaderamente emocionada, hizo seña de que estaba pronta á oír. La verdad, por espantosa que fuera, le parecía preferible á los temores que la atormentaban.

El abuelo de Pablo desempeñó fielmente su desagradable cometido.

Refirió á la desgraciada señora de Montlaur todo lo que va sabemos, el lance funesto que era entre las dos familias un obstáculo verdaderamente insuperable.

Aquella señora dejó hablar hasta el fin á su interlocutor, y cuando hacía largo rato que él había concluido, ella seguía meditabunda.

El caballero respetó sus silenciosas reflexiones.

La madre de Teresa estaba ya convencida de la imposibilidad del casamiento, y comprendía el dolor del desdichado marino, autor involuntario de una falta juvenil cuyas consecuencias imprevistas venían á recaer al cabo de tantos años sobre dos personas inocentes.

Alzó la vista y dijo con mucha calma :

— Doy á usted las gracias por el valor que ha tenido, el valor de decirme la verdad. Tiene usted razón sobrada. Pablo no puede casarse con Teresa.

Y añadió, ordenando sus recuerdos:

— Yo no conocí á ese infortunado Pedro de Montlaur. Murió algunos años antes de mi casamiento.

Se detuvo un instante y continuó:

— ¡Pero mi marido no me contó jamás que su hermano hubiese perecido en un lance personal!

— ¿Qué contaba su marido de usted? preguntó el buen anciano con la esperanza de encontrar un medio de salvación.

— Sólo me dijo que su hermano Pedro, oficial de marina, había sucumbido en la guerra de Crimea.

— ¡Ah! exclamó el viejo volviendo á la realidad ¡sin duda quiso ocultar el género de muerte que le había cabido á aquel desventurado! Le dijo á usted que su hermano había muerto en Crimea ¿Qué necesidad tenía de decir más?

— ¡Es cierto! dijo suspirando la señora, veo que tiene usted razón ¡Dios mío! ¿De manera que el mal es irreparable?

El caballero no contestó á la pregunta.

Pero su silencio fué comprendido por la dama, pues ésta murmuró llevándose á los ojos el pañuelo:

— ¡Pobre hija mía!

Antes de marcharse dijo el caballero:

— No extrañe usted, querida señora, que mi nietecita venga como antes á ver á su grande amiga Teresa. La niña fué testigo involuntario de una parte de la confidencia de su padre, y recibió una impresión tan fuerte que hemos creído conveniente engañarla esta mañana cuando despertó. Sin embargo, ella sospecha que no le decimos la verdad, y el único medio de convencerla es permitirle que venga á visitar á su amiga como si tal cosa.

Avise usted á Teresita, señora, de que no tardará en recibir la visita de Susanita. Y háganme ustedes el favor de no olvidar que mi nietezuela no sabe más que una cosa: que su padre declaró imposible el casamiento y nos contó la muerte en Crimea de Pedro de Montlaur.

Fuera de esto, la niña está persuadida ó poco menos de que sólo existen ligeras dificultades que no tardarán en desaparecer.

— ¡Ay! dijo la señora, más tarde ó más temprano ha de saber...

— Sí, pero dejemos que el tiempo haga su obra.

— ¡El tiempo, en efecto, borra tantas cosas! dijo la señora pensando en su hija.

En cuanto se retiró el abuelo de Pablo y de Susanita,

entró en la sala Teresa, pálida, temblorosa, adivinando lo que sucedía.



No tuvo precisión de interrogar á su madre, bastándole ver la angustia reflejada en su rostro.

La madre y la hija se comprendieron á la primera mirada.

La primera abrió sus brazos, y la segunda se arrojó en ellos ahogada por los sollozos.

Lloró largo rato, silenciosamente, no queriendo su madre interrumpirla para que aliviaran su dolor las lágrimas.

Al fin levantó los ojos y preguntó á su madre con voz casi imperceptible :

— ¿Por qué no quiere?

Hablaba seguramente del padre de su novio, no comprendiendo la causa de su inesperada negativa.

Con todos los rodeos y cuidados que se requerían, la madre enteró á su hija de la verdad del caso.

Teresa, lo mismo que su madre, ignoraba que Pedro de Montlaur había muerto en desafío. Su sorpresa, por consiguiente, fué grande.

Le sirvió de consuelo en medio de su pesar la noticia de que Susanita había llorado mucho. Se alegró de la visita anunciada, pareciéndole que la amistad de la niña era de feliz agüero.

Así se lo dijo á su mamá, y ésta se guardó muy bien de quitarle esta última ilusión.

Entre tanto reinaba la tristeza en casa del marino.

Aunque se trataba de desvanecer las sospechas de Susanita y se hablaba de todo menos del asunto, era imposible encontrar una alegría que estaba lejos de los corazonas.

La niña era bastante perspicaz para conocer que todos

estaban tristes, pero suponía que era por las dificultades transitorias de que le había hablado su abuelito.

Un día manifestó que deseaba hacerle una visita á Teresa, como le habían prometido.

Y se cumplió la promesa.

La niña fué á visitar á su amiga con la criada de confianza, pero ésta llevaba orden expresa de que la visita fuera corta.

No bien la niña divisó á Teresa, corrió á abrazarla.

— ¡Cuánto me alegro de verte! exclamó ¿Sabes tú que llegué á creer, de veras, que no te vería más? ¡Pero eso no era posible! ¿verdad, Teresa? ¡Tú has llorado! Sí, yo sé por qué; es porque hay dificultades, ya tú me entiendes ¡Pero todo se arreglará! Yo te digo que todo se arreglará, porque abuelito me lo ha ofrecido á mí y yo te lo ofrezco á ti ¡Ya lo verás!

La desventurada Teresita no sabía que contestar. Se esforzaba en sonreír y besaba cariñosamente á su amiga.

Pero las preguntas de la niña cada vez se hacían más embarazosas y Teresa no encontraba medio de evitarlas.

Afortunadamente se presentó su mamá y dió otro curso á la conversación.

Por otra parte, la criada cumplió su cometido de que la visita fuera breve. No tardó en pedir permiso para retirarse con la niña, y así lo verificó.

La niña no se fué sin prometer á Teresa que volvería muy pronto, y se alejó repitiendo con una sonrisa de muy buen augurio:

— ¡Todo se arreglará! ¡todo se arreglará!





CAPÍTULO XXV

LOS SUEÑOS

Pocos días después de los sucesos que hemos referido, se despertó la niña una mañana muy sobresaltada.

Al despertar se incorporó en su lecho.

En su semblante se veía una expresión de terror.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Sus miradas recorrían toda la extensión del aposento y parecían no reconocer los objetos que la rodeaban.

La niña tenía miedo.

De repente comenzó á gritar :

— ¡Mamá! ¡mamá!

Su madre acudió al momento.

Descorrió las cortinas de la ventana, se acercó á la cama de su hija y vió que tenía la cara descompuesta.

— ¿Qué tienes, querida mía? preguntó la madre con natural inquietud.

La niña no contestó.

La madre se había sentado al borde de la cama de su hija, y ésta se había echado en los brazos de su madre como buscando amparo y protección contra algún peligro desconocido.

Cuando los rayos del sol invadieron todo el cuarto, la niña volvió en sí.

Lo primero que hizo fué mirar á su madre fijamente, después examinó la cama, los muebles y las paredes, y por último dijo suspirando como quien respira después de una congoja:

— Mamacita ¡no ha sido más que un sueño!... ¡Pero qué sueño!... ¿Eres tú en efecto, mamacita?... ¿Es este mi cuarto?... Dime ¿estoy en mi cama?... Sí, sí, ¡qué felicidad!

— ¿Qué has soñado, hija mía? le preguntó su madre.

— ¡Una cosa horrible!

— ¿Pero qué cosa?

— ¡Era tan espantosa, que sólo de acordarme tengo miedo!

— Vaya, hijita, cálmate y cuéntame eso; yo trataré de disipar tus temores.

— Pues bien, mamá, figúrate que yo no había sido buena, que te había desobedecido no sé en que... Y por eso una

bruja, fea, muy fea, muy vieja, muy mala, se metió en mi cuarto por un agujero que hizo allí, en el techo...

La niña se detuvo para levantar los ojos y cerciorarse de que en el techo no había ningún agujero.

Luego después continuó:

— La pícara bruja venía montada en el palo de la escoba. Se acercó á mi cama y yo me puse á temblar, ¡qué susto me llevé!... Me miró con dos ojazos feroces que echaban chispas; sus pupilas eran dos ascuas ardientes ¡Aquello era horroroso!

Con unos dedos huesudos que acababan en gancho, me tocó en el pecho, aquí cerca del estómago, y me dijo con una voz cavernosa:

« ¡Has sido desobediente y voy á castigarte! »

Yo intenté esconderme debajo de las sábanas, pero ella prosiguió:

« ¡No te me escaparás! ¡Voy á llevarte conmigo, como yo hago con las chicas desobedientes, y te entregaré á Satán para que te eche en una caldera hirviente! »

Al mismo tiempo sentí que la maldita bruja me sacaba de la cama.

Después me pareció que me ponía á caballo en su palo de escoba, delante de ella, y que ella me sujetaba por la cintura.

Así volamos las dos á través de la ventana, que nos dejó pasar aunque estaba cerrada como ahora.

De esa suerte pasamos por las nubes y por las montañas, sin encontrar obstáculo que nos detuviera.

No sé el tiempo que duró aquella carrera tan desenfundada, cuando me sentí caer de golpe en la cama y entonces desperté.

Pero el sueño me había dado tal susto, que creí seguir soñando.

No podía darme cuenta de si dormía, soñaba ó estaba ya despierta, y por eso te llamé pidiéndote socorro.

Y la niña se abrazó de nuevo á su mamá.

Ésta había escuchado con la mayor atención el relato de su hija.

Parecía muy contrariada.

La niña observó la preocupación de su mamá y preguntó á su vez con mucho aplomo :

— Pero mamá ¿qué tienes?

— Te explicaré lo que tengo á la hora de almorzar, cuando estén presentes tu padre, tu hermano y tu abuelito. Ahora levántate ; yo te ayudaré á vestirme.

Apenas la mamá había apartado la colcha, cuando se oyó un estornudo muy raro.

Sorprendida la señora miró á la niña, que murmuró poniéndose encarnada :

— ¡Los olvidé!

— ¿Qué olvidaste? dijo la señora apartando enteramente la ropa de la cama.

Y al apartarla descubrió al gatito, que se había resfriado repentinamente y revelaba su presencia con un estornudo.

¡Y el gato no estaba solo! Á su lado dormía el perrito ruso



— Hija mía, dijo la señora, lo que has hecho está muy mal. ¿No te he prohibido que dejes los animales dentro de tu cuarto?

— Sí, mamá, respondió la niña algo confusa; pero anoche se le olvidó á Luisa echarlos fuera y yo pensé...

— Es una disculpa insuficiente, y quiero que me prometas no hacerlo más.

— Sí, mamá, te lo prometo.

La niña acompañó su promesa con un beso tan sentido, que su mamá dejó ver una sonrisa como señal de perdón.

Á la hora de almorzar, toda la familia se hallabà en el comedor.

Estas reuniones diarias de toda la familia, eran menos alegres desde los incidentes que hemos relatado.

La tristeza de Pablo se comunicaba á todos y especialmente á su padre, causa involuntaria de tamaña pesadumbre.

La niña únicamente, confiada en las promesas del abuelo, conservaba la esperanza de que la cuestión « se arreglaría. » Por eso estaba contenta, y alegraba un poco á los demás con sus inagotables por ques y sus ingeniosas reflexiones.

Á los postres dijo la señora:

— Voy á deciros una cosa que me contraría bastante.

— ¿Qué es? preguntó el marino.

— Que la niña tuvo anoche un sueño que la asustó, una verdadera pesadilla. Esta mañana me llamó llorando y dominada por un gran terror. He aquí lo que había soñado.

Y refirió puntualmente el sueño de su hija.

— Era cosa convenida, añadió, que no se le contarían jamás á Susanita esos cuentos inverosímiles y estúpidos propios para perturbar el entendimiento de los niños.

Es evidente que ninguno de nosotros le ha hablado de brujas que entran por los techos, que salen por las ventanas sin romper los cristales, que se llevan las niñas desobedientes y que cabalgan por las nubes en palos de escoba.

— ¡Seguramente! respondieron todos á la par.

— Pues entonces, ella misma nos dirá quien le ha contado esos cuentos.

Aunque la niña había oído, no contestó.

— Vamos, continuó su madre, ¿ha sido Luisa?

— ¡No! se apresuró la niña á responder ¡Luisa no!

— Lo creo muy bien, porque le he recomendado que no te hable de esas cosas, y una desobediencia de su parte me hubiera sorprendido ¿Quién ha sido, pues?

— Francisca, murmuró la niña con pesar adivinando que por su confesión sería despedida la cocinera.

— ¡Cómo! ¿Francisca?

— Sí, ayer estuvo á decirle no sé que cosa á Luisa, cuando estaba ésta en mi cuarto. Luisa me dejó sola con ella, y en aquel rato me contó una historia de brujas muy parecida á mi sueño.

— Bueno, quiere decir que Francisca se irá hoy mismo de la casa; en cuanto á Luisa, no escapará sin una reprensión por haberse descuidado.

Á estas palabras de la señora agregó el marido :

— Y sobre todo, hijita, cuando oigas historias tan disparatadas, muéstrate más inteligente negándote á escucharlas ó burlándote de los narradores.

— ¡Sí, papá! ¡No quiero volver á soñar nunca semejantes desatinos!

Pasados unos instantes de muda reflexión, dijo la niña dirigiéndose á su padre :

— ¿Por qué se sueña?

— ¡Ah! dijo el marino sonriendo ¡era de esperar esa pregunta!

Y deseando distraer á Pablo, añadió :

— Pablo, ¿has oído? ¿por qué se sueña?

Pablo miró afectuosamente á la curiosilla de su hermana, y dijo :

— ¿Y por qué se duerme?

— ¡Toma! porque se está cansado.

— Justo, eso es. Nuestros músculos y nuestros miembros, fatigados por el ejercicio del día, necesitan descanso por la noche; pero hay una parte de nosotros mismos que exige el reposo con más necesidad. Esa parte es el cerebro.

— ¿El cerebro?

— Sí, el cerebro, una masa de tejido nervioso que tienes ahí detrás de la frente y debajo del cráneo, el cerebro que no ha interrumpido su tarea en todo el día, pues es el encargada de elaborar todos tus pensamientos y de ejecutarlos, el cerebro en fin que experimenta gran necesidad de sueño, quiero decir de reposo. Ahora bien, cuando el cerebro ha tra-

bajado bastante, se pone á reposar. Y ese reposo del cerebro es lo que llamamos sueño.

Sin embargo, no todo reposa en nosotros cuando dormimos. Sigue latiendo el corazón. Nuestros pulmones siguen respirando. Pero no es el cerebro quien hace ejecutar esas delicadas operaciones, es otra masa de tejido nervioso, la médula espinal, que está dispuesta á lo largo de nuestra espina dorsal ó columna vertebral. Por consiguiente la médula espinal descansa apenas, pues se reduce á mitigar un poco los latidos de nuestro corazón y á hacer que nuestros pulmones respiren más suavemente.

— Si descansara enteramente, dijo la niña, el corazón no latiría, dejaríamos de respirar y . .

— Pasaríamos de la vida á la muerte con una gran prontitud. Ya ves como la médula es de alguna utilidad.

— ¡Ya lo creo!

— Pues sin embargo, sea cualquiera su importancia, no es más que una humilde servidora del señor cerebro.

— ¿Servidora la médula?

— Sí. Ella envía en todas direcciones y por todas las diferentes partes de nuestro cuerpo, unos pequeños hilos compuestos de su misma sustancia y que se llaman nervios. Rozan á la piel y constituyen los órganos del tacto. Ellos son los encargados de apreciar el calor, el frío, la forma, la pesantez de los objetos y vas á ver como los nervios, la médula espinal y el cerebro se conducen recíprocamente los unos respecto de los otros:

Imagina que estás en la oscuridad y que quieres pasar de una á otra habitación. De repente, chocas ó tropiezas con una puerta cerrada. Buscas á tientas el pestillo, y los nervios que están en las puntas de tus dedos acaban por sentirlo, es decir por encontrarlo.

¿Y qué hacen? Avisan inmediatamente á la médula espinal que han tocado el pestillo.

También inmediatamente avisa la médula al cerebro que los nervios han tocado el pestillo y le pide órdenes.

El cerebro responde que se abra la puerta.

La médula transmite la orden terminante que emana del cerebro, y los nervios á su vez ordenan á los músculos del brazo y de la mano que levanten el pestillo.

Y la puerta se abre.

— ¡No sospechaba yo, exclamó la niña, que se necesitaran tantas cosas para abrir una puerta!

— ¡Lo creo muy bien! dijo Pablo correspondiendo con una sonrisa á la exclamación de la pequeña. Vamos ahora al sueño y tomemos por ejemplo el tuyo.

Cuando te acostaste sin duda tenías gana de dormir, ó de otra manera dicho tu cerebro quería descansar. Pero él tampoco descansa de una manera absoluta. Aun en su reposo, tiene siempre algo despierto; las sensaciones que recibió durante el día permanecen durante su reposo bastante perceptibles.

Indudablemente el cuento de la bruja te había causado una impresión sobrado viva.

— ¡Sí! ¡es verdad!

— Pues bien, esa impresión persistió durante el sueño. Además, tú sabías muy bien al tiempo de dormirte que desobedecías á tu madre.

— ¿En qué?

— En haber consentido que se quedaran en tu cama el gato y el perro.

— ¡Es verdad! dijo la niña ruborizándose y mirando á su mamá.

— Esta idea de la desobediencia te mortificaba, porque eres buena. Cerraste, pues, los ojos pensando que habías desobedecido. Queden sentadas estas dos cosas.

En la noche, tu cerebro descansó bien; pero por la mañana, el sueño no es tan completo como por la noche; tu cerebro se había medio desvelado y entraste en una especie de semi-sueño. Entonces el cerebro se acordó confusamente de tu desobediencia y de la bruja y tuviste un mal ensueño, una verdadera pesadilla.

Y eso no es todo ¿Recuerdas según dijiste haber sentido un gran peso en tu estómago y como una garra puntiaguda? ¿Eh?

— Sí.

— Pues se me antoja, no sin fundamento, que ese peso y esa garra pertenecían al gatito ó al perrito, uno de los cuales se daría un paseo por encima de ti.

La doble sensación recibida entonces por tu médula espinal, fué transmitida al cerebro. Éste, demasiado dormido para

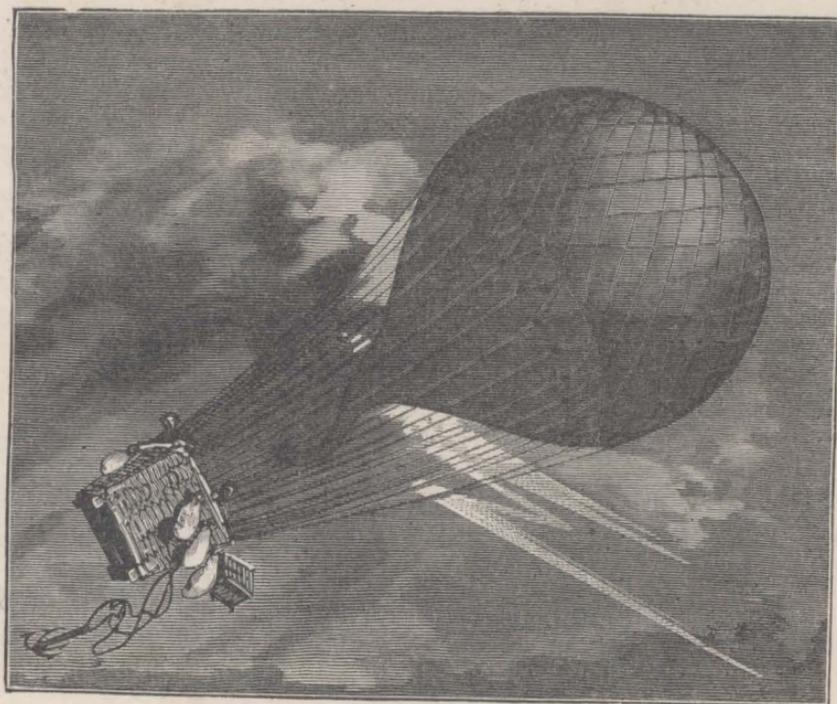
ordenar á tu mano que apartara aquel peso y aquella garra aguda, conservó la impresión solamente para sí, uniéndola sin duda á las otras impresiones de la bruja y de la desobediencia. Se me figura, hermanita, que ya sabes por que se sueña y por que soñaste anoche.

— ¡Bravo! exclamó el abuelo.

— Querido Pablo, dijo el marino, ¡tú explicas los sueños como los sacerdotes asirios de la antigüedad!

— ¡No! contestó Pablo dejando ver una sonrisa, ¡á lo mas como un pobre ingeniero de París!





CAPÍTULO XXVI

LOS GLOBOS

Había llegado la primavera. Los árboles habían sacudido las nieves del invierno y se cubrían de verde y murmurador follaje.

Un sol tibio hacía olvidar los tristes meses de invierno.

Todas las cosas tenían un aspecto dulce que regocijaba los sentidos.

Susanita compartía las alegrías de la naturaleza, que parecía renacer á nueva vida.

Estaba risueña, animada, contenta de ver el sol y de recibir las caricias de sus rayos.

Sin embargo, nada había cambiado en su familia. Reinaba la tristeza, pues subsistían las causas. El marino no había podido modificar su resolución primera.

Con todo, la niña, sea por confianza en su abuelo, sea por instinto, seguía plenamente convencida de que los obstáculos dejarían de serlo.

No obstante, hacía mucho tiempo que no veía á Teresa.

Cada vez que pedía ir á su casa aparecía un pretexto, más ó menos plausible, y se aplazaba la visita para mejor ocasión.

Una vez estaba indispuesta su mamá y se dejaba la visita para el día siguiente. Al otro día la llevaba su papá ó su mamá á paseo. Otra vez era preciso no salir de casa porque estaba anunciada una visita.

Una tarde entraba la niña en el hotel, de vuelta de los Campos Elíseos, en compañía de su abuelo.

Subía los escalones de la entrada, cuando su abuelo le dijo :

— ¡Mira al cielo! ¿qué ves?

La niña levantó al punto los ojos:

— ¡Un globo! dijo.

El aerostato, que era de gran volumen, se elevaba majestuoso en el espacio con dirección al sur.

La niña lo seguía con la vista, muy atentamente.

El globo aéreo excitaba grandemente su curiosidad, tanto que el abuelito contaba ya por segura una serie de por ques.

En efecto, al cabo de un instante le preguntó la niña :

— ¿Por qué, abuelito, por qué suben los globos en el aire?

— Porque los globos son más ligeros que el aire; la respuesta, como ves, no puede ser más sencilla. Un cuerpo de peso igual al del aire se mantiene en equilibrio; ejemplo: la nube. Un cuerpo de mayor peso cae á tierra, pero un cuerpo más ligero hace lo contrario: sube. Ejemplo: el humo y el gas.

— ¡Y los globos! añadió la niña.

— Sí, pero los globos suben por el gas que encierran.

— ¿Y cómo se hace un globo?

— El globo, propiamente dicho, es la envoltura encargada de contener el gas.

— ¿De qué es esa envoltura?

— Generalmente de tafetán revestido de una capa de barniz, revestimiento que la hace impermeable con lo cual se impide que se escape el gas.

— ¿Y la barquilla?

— La barquilla se hace de una materia ligera y flexible, para que no recargue demasiado al globo y para que no se rompa en los choques probables del descenso.

— ¡Cómo! exclamó la niñita. ¿Es que la barquilla tropieza al bajar?

— Sí; el globo desciende poco á poco, acercándose á la tierra. Cuando el aeronauta que dirige el globo observa que es corta la distancia, echa un ancla desde la barquilla, á la que

ha de estar sujeta por un cable fuerte; el ancla se agarra al suelo ó se engancha á un árbol, y detiene el movimiento del globo. Pero si el ancla no encuentra en seguida punto de apoyo, el viento sigue empujándolo con más ó menos violencia, de modo que la barquilla es arrastrada, puede sufrir rozamientos y chocar fuertemente con los árboles ó con las casas.

— ¿Es peligroso, entonces, el oficio de aeronauta?

— Muy peligroso. Muchos valientes exploradores han perdido la vida queriendo estudiar los aires. Esos son los mártires de la ciencia.

— ¡Y yo que creía que hacían todas esas cosas por divertirse!

— Pues te equivocabas. Si hay, en efecto, algunos aeronautas que ejercen un verdadero oficio sin más fin que el de ganar dinero, también hay todo un grupo de sabios, astrónomos, físicos, químicos, para quien las ascensiones son importantes experiencias científicas.

— Dime, abuelito...

— ¿Qué?

— Me has dicho cómo se eleva el globo, pero te falta explicarme de qué modo baja, pues yo creo que no se ha de quedar siempre en los aires.

— Es muy justo. ¿Quién hace subir el globo?

— El gas.

— Por consecuencia, quitándole gas tendrá que descender.

— Sí, ¿pero cómo se le quita el gas?



— Por medio de la válvula.

— ¿Qué válvula?

— Una especie de puertecilla de metal situada en la parte alta del globo y provista de una cuerda que llega hasta la barquilla. Cuando el aeronauta quiere descender, tira de la cuerda y abre la puerta ó válvula. Entonces el gas, encontrando una salida, se apresura á escaparse. El globo se desinfla poco á poco, y es claro, cuando no tiene gas suficiente para ser sostenido en el espacio, vuelve á caer á tierra.

— Yo he visto una vez, dijo la niña, un globo que subía pesadamente y con dificultad. Entonces el aeronauta vació dos ó tres sacos desde la barquilla. ¿Qué había en aquellos sacos y por qué los vació?

— Había lastre.

— ¿Lastre? ¿Qué es eso?

— La palabra lastre, contestó el abuelo, viene de la palabra alemana *last* que quiere decir carga. Se carga el globo antes de hacerlo subir, poniendo lastre en la barquilla; consiste el lastre en arena metida en sacos. Se hincha el aerostato de manera que pueda consigo y con la carga. Ahora bien, cuando el aeronauta quiere que su globo se eleve más de prisa ó que suba más alto, le quita una parte de su peso vertiendo el contenido de uno ó más sacos.

— Ya comprendo, abuelito; ¿pero qué significa esa palabra que has usado repetidas veces?

— ¿Qué palabra?

— Acrostato.

— Aerostato es una palabra formada con dos griegas, las cuales significan « tenerse en el aire ».

— Pues qué, ¿los griegos tenían globos?

— No, hija mía. Son los sabios modernos los que han tomado esas voces de la antigua lengua griega. Hace apenas cien años que se inventaron los globos.

— ¿Y sólo sirven para estudiar los aires?

— Han servido y servirán también para otras muchas cosas. Durante las guerras de la Revolución se hizo uso de ellos para practicar reconocimientos militares. En la batalla de Fleurus, el capitán Coutelle fué encargado de observar desde un globo cautivo las fuerzas del enemigo, sus disposiciones y sus elementos. Igual servicio prestaron, y más eficazmente, á los ejércitos americanos en la guerra del Norte contra el Sur. En lo porvenir han de ser de mayor utilidad.

— Los globos cautivos están fijos siempre, sujetos por un cable; pero dime, ¿los globos libres van donde los lleva el viento?

— ¡Ay! no se puede dirigir un globo; un aerostato que partiera de París con el intento de ir á Barcelona, pudiera muy bien ir á caer en Copenhague. Sin embargo, se hacen grandes estudios de las corrientes aéreas, y si se logra conocerlas como se conocen las marítimas, se habrá adelantado mucho en la cuestión de los globos; puede ser que en tal caso no sea difícil valerse de las corrientes para dirigirse en un sentido determinado, pero la dirección completa de un globo se me figura que no se conseguirá jamás. Ese aerostato se halla

demasiado sometido á los caprichos del viento y á otros muchos peligros.

— ¡Qué lástima! dijo la pequeñuela dando un suspiro. Sin duda se veía ya navegando por los aires.

Y añadió :

— Si pudiéramos viajar así, tendríamos globos en lugar de coches. Cuando yo fuera á visitar á una de mis amiguitas, entraría en su casa por el techo y no por la puerta. Y ni siquiera habría puertas; los porteros estarían en el tejado. ¡Eso sería muy divertido!

— Es claro, dijo el abuelo sonriendo y continuando las suposiciones de su nietecita, el sexto piso se convertiría entonces en primero y las bohardillas serían el piso bajo.

— ¡Me gustaría ver eso! Pero oye, abuelito, ¿por qué dices que no se logrará nunca dirigir los globos?

— No debemos perder totalmente la esperanza cuando se trata de la ciencia. Indudablemente se inventarán aparatos que puedan navegar por las regiones aéreas. En todo caso, no tendrán forma de globo. Dichos aparatos servirán para algo más serio que sustituir á nuestros coches. También reemplazarán á los ferrocarriles y á los barcos.

— ¡Qué gusto, exclamó la niña, si eso pudiera realizarse pronto! Mi papá no se vería expuesto á los peligros de ese pícaro mar que me da miedo, y cuando se ausentara estaríamos sin temor.

El buen corazón de Susanita confiscaba ya en provecho de los suyos la futura invención de la navegación aérea.



CAPÍTULO XXVII

EL PARQUE DE MONCEAUX. — LA PRINCESITA MARMOTA

El parque de Monceaux, reanimado por el sol de mayo, había recobrado los tonos claros y alegres de la primavera parisiense.

Las flores más bonitas esmaltaban caprichosamente con sus variados colores el follaje sombrío de los castaños, que con su espesa sombra impedían al verde césped crecer á su alrededor.

Las lilas del nuevo año perfumaban á los transeuntes.

Los alelís y los pensamientos resaltaban sobre los canteros de hierba fresca y húmeda, canteros surcados en varias

direcciones por las móviles cañerías de riego que, replegándose sobre sí mismas, semejaban serpientes cuyas cabezas estuvieran entre la hierba escondidas.

Algunas matas de yedra, muertas por los pasados fríos, pendían de las primeras ramas de los olmos como desmeledadas cabelleras.

Susanita, acompañada por Luisa, venía de su hotel al parque por la avenida principal, atravesando entre las sillas amarillas y los bancos rústicos.

Pasaba sin ver y sin mirar los sonrosados bebés ni las robustas nodrizas con sus abrigo sin mangas, sus delantales bordados y sus gorros de blonda con encañonados de cintas azules ó bermejas que descendían hasta el borde de la falda.

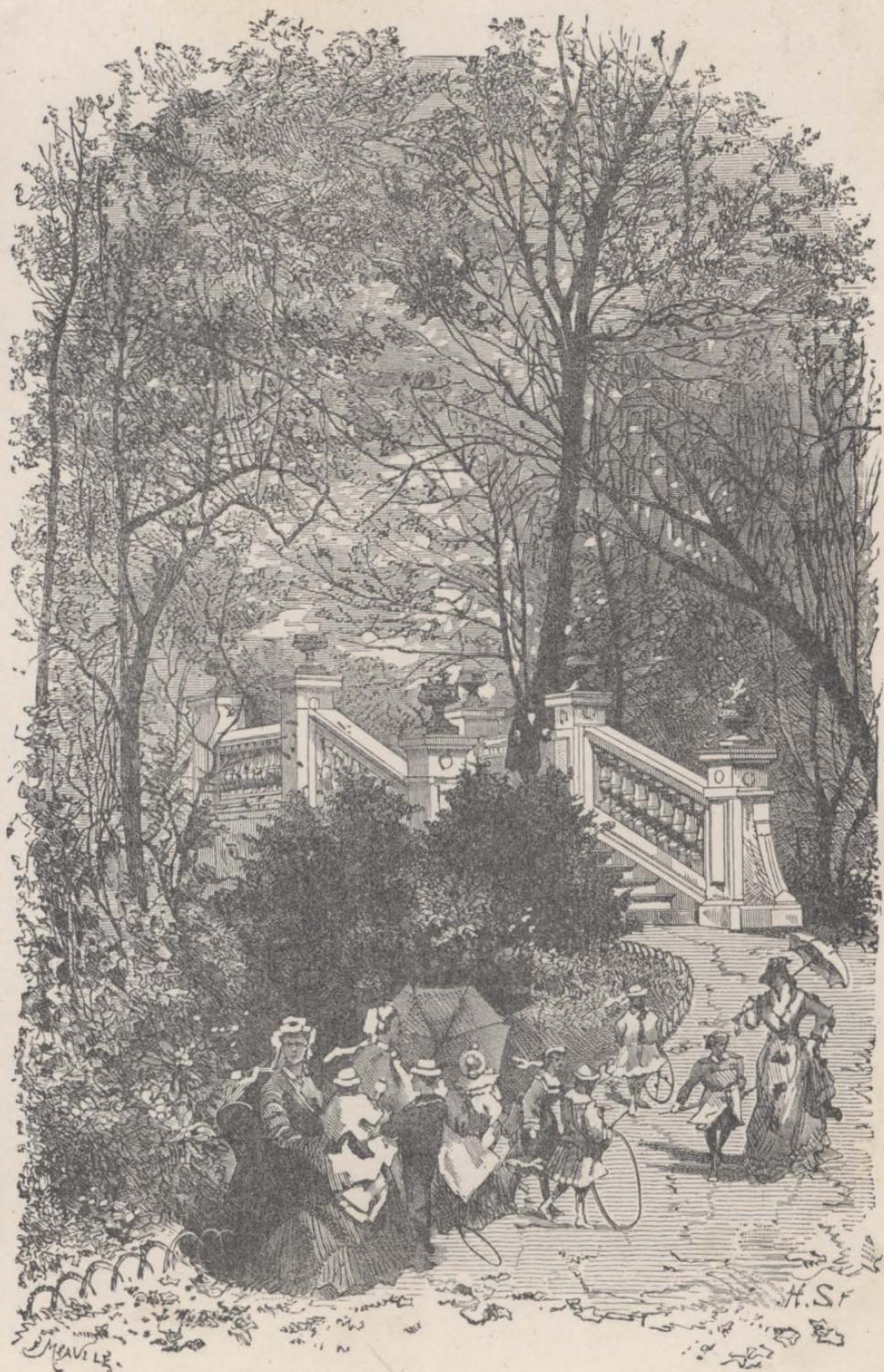
Ni siquiera fijaba la atención en las graciosas niñas de su edad, vestidas todas elegantemente, con sus trajes ajustados, con sus sombreros de paja y luciendo primorosas trenzas negras ó rubias.

La niña caminaba apresuradamente en dirección al puentecito de ladrillo y piedra que cruza por encima del estanque, donde todos los días se bañan y juegan unos patos muy mansos.

Iba tan de prisa, porque allí debía encontrar á su amiga la princesita Marmota.

Quería saber cosas muy interesantes que había de contarle su amiguita Adela. Por eso iba tan grave y preocupada.

Digamos lo que había pasado el día anterior.



MAVILE

H. S.

Viendo Susanita que sus padres continuaban tristes, notando que no se hablaba nunca del casamiento de Pablo con Teresa y comprendiendo que « nada se arreglaba », ella también había perdido su alegría.

Sin embargo, como era una niña muy discreta, se esforzaba en disimular su pena por no aumentar la de toda su familia.

Esto era en casa; pero tan pronto como salía á la calle y se encontraba sola con Luisa, ya no quería contenerse. Luisa la llevaba todos los días al parque, donde se hallaba también la princesa Marmotita con la doncella que la acompañaba.

Susanita no quería jugar ni ver á sus amiguitas; se sentaba sola, meditaba al parecer y se distraía hasta el extremo de no responder á las preguntas de la princesita.

Ésta, á pesar de su aparente indolencia, quería mucho á Susanita y sabía interesarse por ella.

Hacía tiempo que la nueva actitud de su amiguita la tenía sorprendida y haciéndola cavilar.

— ¿Qué tendrá Susanita? se preguntaba.

Y dirigiéndose á ella :

— ¿Qué tienes? le decía.

Pero la niña se contentaba con responder :

— No tengo nada.

Sin embargo, la víspera del día en que ahora nos hallamos, la amistad había inspirado á la princesa Marmota una energía de que no se la creía capaz; é insistiendo con tesón por conocer el motivo de la tristeza de Susanita, esta última se decidió á confiarle sus penas.

Y le contó en efecto que en su casa estaban todos muy tristes, confesando además la causa de tal tristeza.

—¿De modo que todo viene de que tu hermano ya no se casa con Teresa? preguntó Adelita cuando su amiga acabó.

— Sí.

— Pues entonces, ¿por qué no me lo decías? replicó la princesita Marmota ¡hace tiempo que yo lo sabía!

— ¿Lo sabías? ¿y cómo lo sabías?

— Se lo había oído decir á mi mamá.

— ¡Ah!

La niña se quedó pensando, suspiró y dijo á su amiga Adela :

— ¡Dios mío! ¡qué feliz sería yo si ese casamiento se arreglara! Pero ya veo que es imposible. ¡Figúrate que ya no me dejan ir á visitar á Teresa!

— ¿Y sabes tú qué es lo que impide el casamiento?

— Sólo sé que mi papá se enteró una noche de que en la familia de Teresa hubo un Pedro de Montlaur que murió en la guerra de Crimea, y entonces declaró que el casamiento no se podía llevar á cabo.

Susanita contó los detalles de la escena de que había sido testigo.

La princesita Marmota la oyó muy atentamente.

— ¡Es raro! dijo. ¿Y no has podido saber por qué ese señor, muerto en Crimea, es un obstáculo para el casamiento de tu hermano?

— Sí, he preguntado el por qué; pero mi papá no me lo

ha dicho. Y sin embargo, estoy segura de que si yo lo supiera lo arreglaría todo. No te rías; te parecerá que estoy loca al decir esto, porque soy una chiquilla, pero te digo la verdad. Es una cosa así como un presentimiento, porque, ya ves tú ¡quiero tanto á Pablo y á toda mi familia y á Teresa, que saldría adelante!

— Pues bien, dijo Adelita con su calma de costumbre, ¡hay que saber eso!

— Sí... ¿pero cómo?

— Déjalo á mi cargo.

— ¿Qué dices? tú esperas...

— No espero aún, intentaré...

— ¿Qué harás?

— Trataré de saberlo por mi mamá.

— ¡Qué buena eres! exclamó Susanita abrazando á la princesa Marmota; mucho te agradezco...

— No me des las gracias todavía, dijo formalmente la princesita, pues quizá te dé yo alguna noticia que después te pese de haberla querido averiguar.

— ¡Ay!

— Ven aquí mañana y sabrás lo que yo sepa.

He aquí explicada la preocupación de Susanita cuando llegaba al parque, donde estaba citada con su amiguita.

Adela no había llegado.

Susanita, intranquila, miraba al lado por donde aquella venía generalmente.

Por fin la vió.

Pero la princesa Marmota no debía traer buenas noticias.

Llegaba sin apresuramiento, al lado de su doncella, y aun que comunmente no andaba más de prisa, parecía un tanto cohibida y afectada.

Cuando estuvo cerca, notó Susanita que los bellos ojos de su amiga presentaban dejos melancólicos.

Creyó que Adela no habría podido saber nada.

— ¡No has sabido nada! exclamó en voz baja y con acento triste.

— Al contrario, lo sé todo.

— Habla, pues.

La princesa Marmota miró á su amiga cariñosamente.

— Bien te decía yo, dijo, que quizá fuera mejor no saber.

— ¡Pero, Dios mío! ¿qué hay?

— Lo que hay es que, en efecto, la boda es imposible.

Susanita, muy conmovida, imploraba á su amiga con los ojos para que hablara.

Supo entonces el terrible incidente que se oponía al casamiento de Teresa con su hermano, y pensó que sus empeños serían ineficaces contra un obstáculo de tal naturaleza.

La princesita Marmota parecía compartir la pena de su amiga, y ambas niñas se quedaron silenciosas.

De repente empezaron á caer unos grandes goterones.

Á lo lejos se oía retumbar el trueno.

La tormenta se presentaba, súbita, imprevista.

Abrigaban las nodrizas á sus bebés, las niñeras corrían

llevando á sus niños de la mano y las señoras abrían sus paraguas ó sus sombrillas precipitadamente.

Los hombres por su parte apresuraban el paso para buscar un abrigo.

Las personas que se encontraban más cerca hallaron un refugio en la rotonda. Otras se guarecieron en la gruta de las estalactitas.

Los guardas del parque, celosos cumplidores del deber, acudieron con sus uniformes verdes, sus botones con las armas de París y sus espadas reglamentarias, tratando de ser útiles en medio de aquel desorden.

El hotel del capitán de navío no estaba bastante cerca para que Adela y Susanita se refugiaran en él. La lluvia se había hecho torrencial. Se sucedían intensos los relámpagos, y el trueno, cada vez más cercano, denunciaba la aproximación de la tormenta.

Susanita y la princesa, con sus doncellas, algunas amas de cría y diferentes señoras, se estrechaban unas con otras formando apiñado grupo bajo las espesas hojas de un castaño.

De pronto ilumina el cielo un relámpago tan vivo, que Susanita queda deslumbrada.

Un estampido horroroso, un trueno violentísimo y ensordecedor estremeció á los chicos y á los grandes.

Al mismo tiempo se oyó un gemido lastimero, lanzado por una voz varonil.

Las dos amiguitas, asustadas, miraron alrededor.

Y vieron á un guarda que yacía en el suelo en medio de una de las avenidas.

El infeliz había sido herido por un rayo.





CAPITULO XXVIII

EL RAYO

Mientras acudían á socorrer al guarda y lo transportaban á su domicilio, se calmó la tempestad.

En aquel momento llegaba el abuelo de Susanita, muy alarmado, en busca de su nieta.

La pobre niña acababa de recibir una impresión muy fuerte, ocasionada por el trueno que había retumbado á una distancia tan corta y por la vista del pobre guarda, herido ó muerto.

Se escondía, la inocente, metiéndose cuanto podía entre Luisa la doncella y Adela su amiguita, que por cierto no estaban menos asustadas, cuando divisó á su abuelo.

Éste, defendiéndose con el paraguas de las postreras gotas que caían, examinaba todos los grupos de niñas y miraba en todas direcciones.

— ¡Abuelito! ¡abuelito! le gritó su nieta.

Y corrió á echarse en sus brazos.

— ¡He tenido mucho miedo! dijo.

— Y yo también, hija mía, yo también me he asustado sabiendo que estabas por aquí, cerca del sitio en que ha caído el rayo. En fin, te encuentro sana y salva, afortunadamente.

— Sí, pero el rayo ha hecho una víctima; el pobre guarda ha caído herido ó muerto.

— No está más que herido; yo lo vi cuando se lo llevaban.

— ¿Quieres que vayamos á preguntar como sigue?

— Ahora no; lo primero es que volvamos á casa porque tu madre debe estar inquieta.

— ¡Sí, sí, vamos á casa!

Susanita se despidió de Adela y se fué con su abuelito.

La mamá acababa de entrar en el hotel y ya sabía que á su niña no le había pasado nada; pero impresionada con la idea del peligro que su hija acababa de correr, la esperaba con una impaciencia que se comprende sin dificultad.

La madre y la hija se abrazaron y se acariciaron con verdadera efusión.

Preocupada la niña con la desdicha del guarda, habló de él á su mamá que ofreció desde luego ayudar al pobre hombre.

La niña entre tanto se prometía ir en persona á pedir noticias del herido.

Poco después, como tenía en la cabeza el suceso de la tarde que se la llenaba enteramente, se acercó á su abuelito,

lo cogió por la mano, lo condujo á un sillón, se sentó á su lado y con la mayor naturalidad le dijo :

— ¡Escucho!

El abuelo no comprendió en seguida y preguntó :

— ¿Qué quieres decir, muchacha?

— Que estoy escuchando, porque espero tus explicaciones.

— ¿Sobre qué?

— ¡Toma! ¿pues no lo adivinas? ¡sobre el trueno! respondió la niña en un tono que indicaba la imposibilidad por el momento de ocuparse en otra cosa.

— ¡Ah! sí, está bien, dijo el abuelo sonriendo. Por esta vez, confieso que había olvidado una cosa.

— ¿Qué cosa?

— Que eres una curiosa incorregible. ¿De modo que quieres saber lo que es el trueno?

— Sí, abuelito.

— Bueno; pues has de saber que el trueno es un ruido y nada más. ¿Estás satisfecha?

Y el abuelito aparentó que se iba á levantar.

— ¡No, no! clamó la niña; ¡no estoy satisfecha! ¡eso es burlarse de mí! Yo sé que el ruido no hace mal, y si el trueno sólo fuera ruido no estaría el guarda como está.

— Es que el accidente del guarda no ha sido causado por el trueno.

— ¿Pues por qué?

— Por el rayo, que es una cosa muy distinta.

— Pero abuelito, dijo la niña con aire contrariado, si no te explicas con claridad, ¿cómo quieres tú que yo te entienda?

— Vaya, hijita, no te apures por tan poca cosa, respondió el abuelo; voy á explicarte cuanto quieras.

— ¿De verdad?

— Sí, formalmente. He querido hacerte rabiar un poco barajando las palabras rayo y trueno, pero lo he hecho con toda intención, para que no las confundas. Distan en efecto de tener igual sentido. Ahora dime tú qué has visto durante la tormenta.*

— He visto relámpagos... he oído truenos... he observado una línea de fuego, en zigzag, que vino á concluir donde mismo estaba el guarda.

— Esa línea de fuego de que hablas era el rayo; el trueno es el ruido que el mismo rayo produce; el relámpago es la luz que esparce.

— ¿Pero qué es el rayo?

— Te he dicho, hablándote del telégrafo, que la electricidad es una de las fuerzas de la naturaleza, pero que esa fuerza no la conocemos aun sino por sus efectos y que uno de esos efectos es precisamente el rayo de que tratamos ahora. ¿No te he dicho todo esto?

— Sí.

— ¿Te acuerdas del pedacito de ámbar que atrae los pape litos?

— Me acuerdo.

— Aquella experiencia que hicimos con el ámbar y los pedacitos de papel, te enseñó un fenómeno de electricidad; y si yo te hubiera tocado la oreja con el ámbar, después de frotarlo un poco, hubieras notado un ligero sacudimiento producido por el desprendimiento de una chispa.

— ¿Una chispa?

— Sí, una chispa eléctrica desprendida del ámbar al tocar tu cuerpo. Esa chispa hubiera sido demasiado débil para hacerte daño y aun para ser visible; pero supongamos que del ámbar ó de otro cuerpo sale una chispa mucho mayor que aquella: en tal caso la verías y te causaría seguramente alguna sensación. Ahora bien, el rayo no es otra cosa que una chispa eléctrica de una fuerza y una intensidad considerables. ¿Comprendes?

— Sí, ¿pero de dónde viene esa chispa? Yo creo que en el aire no hay ámbar ni cuerpos que produzcan la electricidad.

— ¡Cómo no! ¿y las nubes?

— Sí, ya sé que hay nubes.

— Pues conténtate con saber — pues no quiero entrar aquí en una explicación teórica — que cuando se encuentran ciertas nubes se opera un desprendimiento de chispas ó centellas. Estas centellas ó chispas eléctricas agitan los aires, y esa conmoción de la atmósfera es el ruido de que hablamos antes.

— El trueno.

— Justo. El ruido causado por el sacudimiento es el trueno, como acabas de decir. La luz de la chispa es el relámpago. Y el rayo es la misma chispa.

— Entonces, abuelito, caerá un rayo cada vez que se oye un trueno.

— ¡Eso sí que no! Para que caiga el rayo se necesita que las nubes cargadas de electricidad estén muy próximas. Cuando



estalla la tormenta en las regiones altas, la chispa eléctrica no baja y se pierde en la atmósfera.

La niña reflexionó un instante y luego dijo:

— ¿Se necesita siempre que haya nubes para producir el rayo?

— Ciertamente.

— Pues yo he visto relámpagos en el estío sin que hubiese nubes en el cielo.

— ¿Hablas sin duda de esos resplandores que se llaman relámpagos de calor?

— Sí, de esos hablo.

— Esos relámpagos salen también de las nubes, pero de nubes que se hallan fuera de nuestro horizonte y no las vemos. Tan lejos suelen estar que ni aun oímos el trueno.

— ¡Sí, es verdad! exclamó la niña.

Y después agregó:

— Abuelito, yo creo haber oído decir que cuando se oye el trueno, después de haber visto el resplandor del relámpago, ya no hay ningún peligro: ¿Es eso posible?

— Es exacto.

— ¿Y cómo puede ser eso?

— Cuando brota la chispa ves inmediatamente el resplandor, porque la luz llega á nosotros casi instantáneamente. Has de saber que la luz recorre 77,000 leguas por segundo.

El trueno es otra cosa, porque el sonido es un perezoso comparado con la luz. Anda el sonido á razón de 340 metros por segundo.

Tarda pues mucho más el trueno que su luz. Por consiguiente, cuando el fragor del trueno retumba en nuestros oídos, ya hace tiempo que ha caído el rayo.

Imagina que ves un relámpago; si en seguida te pones á contar uno, dos, tres, etc., que representan segundos, hasta el instante en que se oye el trueno, sabrás á qué distancia

están las nubes. Si has tenido tiempo de contar hasta cinco, es que las nubes productoras de la chispa están á cinco veces 340 metros de nosotros. Si no has podido contar más que un segundo, quiere decir que están precisamente á 340 metros de distancia; cuanto menos tiempo tengas de contar, la distancia será más reducida.

— ¿No hay medio de preservarse del rayo? preguntó la niña.

— Esa ha sido la más constante preocupación de los pueblos, y sobre todo de los pueblos antiguos que no tenían abrigos y casi vivían á la intemperie.

El trueno en la antigüedad causaba inmenso pavor. Se le consideraba testimonio de la ira de los dioses, amenaza de castigo, presagio siniestro...

— ¡Porque no sabían explicarse la causa! interrumpió la niña.

— Exactamente. Un peligro cuya causa no se conoce parece todavía más espantoso que lo es en realidad. La ciencia estaba muy atrasada en Roma y en Atenas, y los más grandes filósofos desbarraron mucho queriendo razonar acerca del rayo. Uno de ellos afirmó que caía de tres planetas, Júpiter, Saturno y Marte.

— ¡Parece mentira! exclamó la niña con un ligero signo de desdén. ¿Y qué hacían para librarse del rayo?

— Hacían cosas completamente inútiles. Repicaban las campanas, se ponían coronas de laurel ó clavaban murciélagos en las puertas de sus casas.

— ¡En efecto, dijo la niña, eso debía servirles de muy poco para apartar el rayo!

— De nada. Y sin embargo, hija mía, ¿quieres creer que todavía subsisten esas prácticas? En algunas aldeas siguen clavando murciélagos con las alas extendidas. En otras suelen tocar las campanas mientras dura la tormenta. Por último, ciertas mujeres bretonas ponen ramas de laurel en los nidos de las gallinas para que los huevos no se descompongan. La rutina puede mucho y la superstición es muy difícil de desarraigar.

— ¿Pero no hay medio sensato de defenderse del rayo?

— Tenemos el pararrayos, invento de un gran sabio que se llamaba Franklin.

— Sí, yo los he visto, son unos hierros agudos que hay en los principales monumentos, ¿no?

— Sí, pero no consiste el pararrayos en ese hierro agudo que tú dices. Esa vara que tu ves en algunos edificios, es una parte y no el todo. Se prolonga por un cable metálico que pasa á través del monumento y va á parar á un pozo.

El pararrayos impide que el rayo caiga donde quiera, atrayendo por medio de esa punta la electricidad de las nubes que pasan á su alcance.

— ¡Es lástima que no hubiera habido un pararrayos para atraer esa chispa que lastimó al pobre guarda!

En aquel momento entró en la sala la madre de la niña.

— ¿Hablas del guarda del parque? preguntó.

— Sí, mamá. ¿Tienes noticias de él? interrogó con interés la niña.

— El pobre hombre está sin movimiento, pero el doctor espera poder salvarlo.

— ¿Quieres que yo vaya á verlo, mamacita?

— No hay inconveniente, hijita mía; tú misma le llevarás algún socorro de nuestra parte.

La niña iba á ser una graciosa mensajera de consuelos y de beneficios.





CAPITULO XXIX

EL ÚLTIMO POR QUÉ DE SUSANITA

La interesante niña había adquirido la costumbre de ir diariamente á la rotonda de los guardas del parque, situada entre las doradas rejas de las puertas del mismo, puertas que sostenían bien labrados medallones con la antigua nave de las armas de París.

El tío Remois, como le llamaban familiarmente, se había encontrado en riesgo de morir á consecuencia del rayo.

La chispa eléctrica no había hecho más que abrasarle el uniforme, pero la conmoción cerebral había determinado una parálisis del costado derecho.

El marino, viendo el interés que su adorada hija se tomaba por el guarda, le había enviado su propio médico.

Gracias á los cuidados y á la habilidad notoria del facultativo, el tío Remois quedó pronto fuera de peligro.

La parálisis, combatida enérgicamente, fué vencida con facilidad. El viejo guarda pudo recobrar el uso de sus miembros.

La mejoría fué rápida y constante.

Un día encontró Susanita al enfermo sentado en un sillón. El brazo estaba enteramente salvado de la parálisis, que ya no persistía más que en la pierna.

— ¡Señor Remois! exclamó la niña al verlo, ¿ya se ha levantado usted? ¡Me alegro mucho! Eso quiere decir que está curado.

— Mil gracias, señorita, contestó el guarda; yo también me alegro de la mejoría, porque pronto iré á su casa de usted para dar las gracias por cuanto han hecho por mí su mamá de usted y su papá. ¡Estoy bien agradecido!

Al decir esto, el veterano tenía los ojos húmedos; en testimonio de reconocimiento, con la mano que ya estaba buena tomó la de la niña y la besó.

Susanita había ido á visitar al guarda casi diariamente, llevándole siempre abundantes provisiones de parte de su mamá ó algún socorro debido á su papá.

El guarda, antiguo soldado condecorado con la cruz de la Legión de honor y con la medalla militar, poseía bajo una ruda apariencia la sensibilidad más exquisita. Solo en el mundo, sin familia, sin parientes, había comprendido todo el precio de la bondad de la niña, de su constante interés y de sus favores reiterados.

Por eso el viejo guarda se había hecho tan sinceramente adicto á su infantil protectora.

Aquel día, particularmente, la curación se daba por segura, y con tal motivo hubiese querido el guarda encontrar un medio de corresponder á sus nobles bienhechores. Soñaba sucesos imprevistos que le dieran ocasión de exponer su vida por la de Susanita; y mirándola, vió que estaba triste.

Durante la enfermedad, ya había notado en la niña un tinte de tristeza, pero aquella tarde le parecía más acentuada y le llamaba la atención más particularmente. ¿Qué podía entristecer á una niña de tan corta edad que parecía rodeada de goces y delicias?

— ¿Qué tiene usted, señorita? se aventuró á preguntar con timidez afectuosa.

— ¡Nada, señor Remois! contestó la niña con viveza.

Y para dar otro giro á la conversación, apuntó con el dedo á la medalla y la cruz que brillaban en el pecho del soldado.

— ¿Dónde ha ganado usted esas condecoraciones? preguntó la niña, ¿fué durante el sitio de París?

— No, señorita; yo las tenía desde mucho tiempo antes.

— ¿Dónde le dieron la cruz?

— En Italia.

— ¿Y la medalla?

La niña hizo esta pregunta como distraída y sin darle importancia de ninguna especie.

— En Crimea, contestó el guarda.

La niña se puso pálida repentinamente.

Miró fijamente al guarda, como si esperase de él alguna revelación :

— ¿En Crimea, dice usted?

— Sí, señorita, en la guerra de Crimea, respondió el veterano sorprendido al ver la palidez repentina de su protectora.

— ¡Crimea! repitió la niña en quien este nombre evocaba un doloroso recuerdo.

— ¿Pero por qué, señorita, se impresiona usted?

La niña no contestó. Reflexionaba.

Por un movimiento natural, se puso el guarda á repasar su memoria asociando el nombre de Crimea al apellido de su protectora. Mas no sacó nada en limpio.

Sin embargo, pasado un rato debió recordar alguna cosa porque tuvo un estremecimiento.

La niña continuaba silenciosa y triste.

Para sacarla de sus reflexiones, dijo el guarda :

— ¿Sabe usted, señorita, que ahora recuerdo una aventura en la que se mezcló el apellido que usted lleva?

— ¿Mi apellido?

— Á lo menos, el mismo que usted lleva.

— ¿Y qué aventura fué esa? preguntó la niña con cierta desconfianza ¿Dónde pasó la aventura?

— En Crimea, señorita, dijo el guarda sonriendo de la singular sorpresa de la niña.

Ésta se desconcertó al ver sonreír al guarda.

— Puesto que usted se ríe, no sería ninguna cosa grave.

¿Qué fué?

— Un desafío.

— ¿Un desafío?... exclamó la niña casi temblando... ¿y en Crimea?... ¿y figura en el lance mi apellido?...

Al observar la incomprensible emoción de la muchacha, el guarda no se atrevió á responder de otro modo que con un movimiento afirmativo.

¡Y era bastante!

La niña empezó á llorar, diciendo entre sollozos:

— ¡No me hable usted de esa aventura, señor Remois!... ¡cállese usted por Dios!... ¡Yo sé el fin de ese lance!

El pobre guarda, tan disgustado como sorprendido del efecto de sus palabras, no sabía que hacer.

— ¿Por qué llora usted, señorita? ¡Yo no veo motivo para llorar!... ¡Si usted no se explica!...

— Es que la persona de mi propio apellido que tuvo un duelo en Crimea ¡es mi padre!

El tío Remois guardó silencio un instante. Seguía sin comprender.

— No acabo de entender, señorita, cuál puede ser la causa de su pena, dijo por fin el guarda.

— Es que no sabe usted la conclusión... ¡Si el adversario de mi padre!...

— ¿Se refiere usted al señor de Montlaur?

— Sí, contestó la niña; ¡si el señor de Montlaur no hubiera muerto en ese lance!...

— ¿Pero qué está usted diciendo, señorita? exclamó el guarda. ¡Si el señor Pedro de Montlaur no murió en duelo!

La niña levantó bruscamente la cabeza. Brilló en sus ojos el fulgor de la esperanza, pero se extinguió en seguida.

— ¡Ay! ¡ya veo que usted no sabe lo que pasó!

— ¿Pues no lo he de saber?... Lo sé mejor que nadie, replicó el guarda, ¡como que fuí su testigo!

— ¡Dios mío!... ¿será posible? exclamó la niña con la más viva emoción.

Y dudando nuevamente, dijo:

— ¿Pero no murió en Crimea?

— ¡El alférez Pedro de Montlaur, dijo gravemente el guarda, murió gloriosamente como buen soldado al frente de Malakoff!

La niña abrió los ojos, descomunadamente, brillando en ellos una felicidad en la que no acababa de creer.

— ¡Señor Remois! ¿es verdad todo eso?... Pero sí, yo quiero creer á usted, decía la niña; ¡usted no sería capaz de decirme eso de broma para afligirme después confesando la verdad!

— ¡Y si ha llorado usted por mi culpa, señorita, dispénseme usted! dijo el guarda conmovido.

— ¡Sí, me ha hecho usted llorar, pero todavía no sabe usted la alegría que van á tener muchas personas!

El guarda estaba aturdido, y la niña consideró que debía explicarle aquel misterio.

En pocas palabras le puso al corriente de la situación.

— ¡Y ahora, dijo, lo voy á abrazar á usted! ¡Yo le doy las gracias la primera, después se las darán los demás!

Se puede asegurar que el digno guarda estimaba sobre todo el agradecimiento de la señorita.

Ésta llamó á su doncella, que conversaba allí cerca con la mujer de otro guarda:

— ¡Luisa! gritó ¡llévame á casa! ¡qué felices vamos á ser todos!

Sin que la niña lo hubiera reparado, el tío Remois hacía grandes esfuerzos por levantarse de su silla.

— Espéreme usted un poco, señorita, dijo de pronto.

— ¿Qué hace usted? preguntó la niña admirada.

— Voy á repetir á su papá de usted todo lo que acabo de decir...

La niña comprendió el sentimiento generoso que impulsaba al guarda.

— ¡Pero si no puede usted, señor Remois! dijo cariñosamente.

— ¡Sí!

Y haciendo un movimiento de suprema energía, el guarda

se puso en pie. Su voluntad había domado la rebeldía de sus padecimientos. Apoyado en la niña y en la criada pudo llegar al hotel.

La familia entera, reunida en el comedor para almorzar, vió acercarse el grupo de las tres personas por las ventanas que daban al parque. Todos creyeron que el guarda, ya restablecido, venía para expresar su gratitud; nadie podía sospechar la grata nueva de que era portador.

Apenas los tres entraron, y mientras la señora hacía sentar al guarda, la niña con la alegría en el rostro se echó en los brazos de su padre, diciendo:

— ¡Papá!... ¡mamá!... ¡abuelito!... No decía yo que todo se arreglaría?

Y yendo á su hermano Pablo, díjole también:

— ¡Me parece que puedes querer á tu hermanita por el gusto que va á dartel!

— ¿Pues qué sucede? preguntó Pablo admirado.

Y agregó la niña con una gravedad encantadora:

— Sucede, hermano, que ya puedes casarte con Teresa. ¿Te parece poco?

Á estas palabras inesperadas palideció el marino, dirigiendo miradas interrogadoras á su esposa y á su suegro.

— ¿Qué dice esta niña? preguntó con ansiedad.

— Digo, papá, murmuró la niña haciéndose la tímida, pero al mismo tiempo con aplomo, que yo lo sé todo y que si he sido curiosa merezco ser perdonada.

— ¿Pero qué es lo que sabes? preguntó el marino, á cada

palabra más inquieto, creyendo que la niña habría incurrido en un lamentable error.

— Lo que sé, dijo la niña ruborizándose, es que el alférez de navío Pedro de Montlaur no murió en duelo.

— ¡Pero hija, por Dios! ¿qué estás diciendo? ¿sabes tú lo que dices?

— Sé lo que digo y digo lo que sé, respondió con humildad la niña; pero mejor que yo lo sabe el señor Remois, que fué testigo en el duelo.

Los espectadores se callaron, no atreviéndose á creer lo que contaba la niña.

Pero el guarda se inclinó para confirmar lo dicho por Susanita.

— ¡Hable usted, amigo mio! dijo el marino sin ocultar su emoción, que era profunda.

Entonces el guarda refirió de nuevo lo que antes había dicho á su tierna protectora. Y añadió que Pedro de Montlaur, herido por la espada de su adversario, se había desmayado haciendo creer á todos que la herida era mortal; pero que afortunadamente no fué así, pues aunque dolorosa era de tan poca gravedad que se curó en pocos días. Restablecido por completo, el señor de Montlaur tomó parte en una acción de guerra al frente de Malakoff, donde cayó como un bravo cumpliendo su deber.

El guarda insistió en que el alférez Montlaur había muerto en Crimea, pero no en duelo, y afirmó que era muy fácil comprobar su dicho en los ministerios de Marina y Guerra.

El relato del guarda fué acogido con tanta sorpresa como satisfacción; se le hicieron repetir los más mínimos detalles y no es menester decir cuanto se le agasajó.

La niña estaba contenta, en sus ojos brillaba la alegría, sus mejillas habían recobrado la animación y vida de otros tiempos al calor de los besos que se le prodigaban.

— Hija mía, le dijo su mamá ¿qué deseas en cambio de esta alegría que te debemos?

— Mamá, contestó la niña, quiero ser la primera que le lleve á Teresa la noticia.

— ¡Es muy justo! dijo la mamá.

Pero la niña no fué sola.

Esta vez la acompañó su madre en lugar de ir la doncella.

Desde la última visita de Susanita, la pobre Teresa de Montlaur estaba melancólica y no salía casi nunca.

Pasaba largas horas encerrada en su cuarto y hasta su madre respetaba la soledad en que quería vivir.

Ni aun en la mesa hablaba nunca la buena señora de Montlaur de lo que tanto las preocupaba á ella y á su hija.

Teresa pensaba mucho en Susanita, que representaba la última esperanza para ella.

La vuelta de la niña á casa de las Montlaur, hubiera indicado que aun había posibilidad de arreglo.

Pero ¡ay! Susanita no volvía.

Era evidente que su familia la impedía cumplir su promesa, promesa que ella habría hecho sin el asentimiento de sus padres.



Teresa había presentido todo lo que pasaba, pero alguna vez se hacía ilusiones.

En los primeros días esperaba que de un momento á otro llegara su amiguita. Cada vez que resonaba el timbre, acudía temblando á ver quien era.

Pero pasado algún tiempo, acabó Teresa por desesperar.

Así es que no contaba ya con la visita de su amiga y menos en compañía de su madre.

La admiración de Teresa y el asombro de la señora de Montlaur no tuvieron límites cuando vieron entrar á la madre y á la hermanita de Pablo. Imagínese cual no sería la alegría de Teresa al ver que Susanita le echaba al cuello los brazos, exclamando :

— ¡Si yo te lo había dicho!... ¡Si eso tenía que arreglarse!... ¡Y ya se arregló todo!

El casamiento de Pablo con Teresa no se hizo esperar; se celebró pocas semanas después. Susanita, señorita de honor según la moda francesa en la boda de su hermano, quiso compartir su pequeña dignidad con la linda princesa Marmota que tanto había contribuído á que todo se arreglara.

El guarda del parque, naturalmente, fué convidado á la boda. El buen hombre estaba todo confuso del honor que se le dispensaba y de la sincera gratitud de que se le daba tan claro testimonio. La casualidad había hecho que pagara las mercedes recibidas á un precio bien elevado : con la felicidad de dos familias.

El día del casamiento, recordando el abuelito que de todos

los por qué de Susanita sólo á uno le había sido imposible ó no había querido responder, y pensando que la felicidad de todos era debida á ese mismo «por qué» abrazó á su nieta más fuertè que de costumbre.

— ¡Toma! dijo el abuelo al abrazarla ¡Ahora te querría más que antes, si eso fuera posible!

Y la niña, no comprendiendo á su abuelo, abrió sus hermosos ojos preguntando :

— ¿Por qué?





ÍNDICE

ADVERTENCIA.....	VII
PREFACIO.....	IX

CAPÍTULO PRIMERO

¿POR QUÉ NIEVA?.....	1
Susanita.....	2
La nieve.....	2
La alcoba de Susanita.....	3
Respuesta de Luisa.....	5

CAPÍTULO II

EL MARIDO Y EL PADRE.....	7
El marino.....	9

<i>El huracán</i>	10
<i>El barco</i>	10

CAPÍTULO III

ABUELO Y NIETA	13
El abuelito	13
Porque nieva	15
El agua sobre el fuego	16
Los vapores	17
Las nubes	17
Formas de las nubes	18
Cirrus, cúmulus y stratus	19
La lluvia	20
El granizo	20
¿De qué sirven las nubes?	21
¿Para qué sirve la nieve?	22
El frío de la tierra	22

CAPÍTULO IV

EL HERMANO MAYOR DE SUSANITA	25
Pablo	25
Las respuestas de Pablo	26
Por qué se crece	26
Por qué es preciso comer	26
Los dientes de Susanita	29
El garguero y el esófago	29
El estómago y el jugo gástrico	29
El quimo y el quilo	30
El tubo digestivo y la bilis	30
El jugo pancreático y el intestinal	30
Vellosidades	30
De los huesos y los cabellos	30

CAPÍTULO V

UN COCINERO SUSCEPTIBLE	33
Utilidad de una operación	33

INDICE

279

El líquido rojo.	34
La digestión.	34
La langosta	35
El estómago cocinero.	35
El célebre Vatel.	35
Ya irá usted á fumar.	37

CAPÍTULO VI

UNA CARTA DE MUY LEJOS.	39
Es de vuestro padre.	39
La carta del marino.	39
La postdata	41
La familia Montlaur.	41
Teresa.	42
¿No olvidas á nadie?	44

CAPÍTULO VII

LO QUE PENSABA TERESA.	45
Una frase escapada	45
En la playa de Dieppe.	46
Las preguntas de Susanita.	46
La turbación de Teresa.	47
Yo sé lo que Ella piensa.	48
Los esponsales.	49

CAPÍTULO VIII

EL GABINETE DE ESTUDIO Y LA CASA DE CAL.	51
En la biblioteca	52
En flagrante delito de curiosidad.	55
¡Eso me enseñará!.	56
Historia de la sangre.	57
Por qué se necesita comer para crecer	57
¿Por qué no se vive siempre?.	58
La casa de cal.	58
La sangre de la casa.	59

La casa que envejece.	59
¿Tengo yo la culpa de no tener apetito?.	60

CAPÍTULO IX

LA VÍSPERA DE AÑO NUEVO.	63
¿Por qué es esto tan bueno?.	64
Un chubasco en pleno boulevard.	65
¿Por qué los seca el fuego?.	66
¿Por qué nos resfriamos?.	66
¿Por qué se celebra el año nuevo?	66
Microbio y Azmir	67
¡Eso es la evaporación!	68

CAPÍTULO X

EL CORAZÓN DE SUSANITA	69
Donde la niña ponía su corazón.	70
El corazón ¿para qué sirve?	71
Historia del corazón.	72
Las arterias	72
Los glóbulos de la sangre.	73
Viejos materiales echados al fuego	73
El horno	74
Los pulmones	74
Hay fuego dentro de nosotros.	74
La sangre no tiene portero.	74
El pulso de Susanita.	75
La arteria radial.	76
Las pulsaciones y la brújula de los médicos.	76

CAPÍTULO XI

EL DÍA DE AÑO NUEVO.	77
Los aguinaldos.	77
¡Llévalos éstos!	79
Las cestas	79
¡Qué aguinaldos!	81
Instrucciones secretas	81

CAPÍTULO XII

LO QUE HABÍA HECHO SUSANITA DE SUS AGUINALDOS. . .	83
El dos de enero	83
La princesita Marmota.	83
La señorita « Eso me estorbá ».	87
Los aguinaldos de Susanita	87
Las amiguitas	88
En el comedor.	89
Las niñas pobres.	89
El ramillete	90
La idea de Adelita.	91
La generosidad de Susanita.	91
La colación.	92

CAPÍTULO XIII

POR QUÉ NO TODOS LOS DÍAS ES AÑO NUEVO	93
El día subsiguiente.	93
¿Acaso se puede saber eso?.	94
La astronomía.	95
El sol, las estrellas, los cometas y los planetas.	95
La Tierra.	95
Un planeta de mala calidad.	96
Los otros mundos.	98
Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno.	98
El reino del Sol.	99
¿Otros soles?.	99
Las estrellas	99
El fin del mundo.	100

CAPÍTULO XIV

LA TIERRA Y LA NARANJA. — EL SOL Y EL QUINQUÉ. . . .	104
Trasasó la naranja	104
Un por qué.	105
La naranja alrededor de la bomba del quinqué.	105
El día y la noche.	105

El invierno, la primavera, el verano y el otoño.	406
El viaje de la Tierra.	406
Una mitad que no serviría de nada.	407
La posición de la Tierra.	408
¡Así todos estarán contentos!	408
La ruta aérea	409
Los doce meses.	410
El polo norte	410
París	410

CAPÍTULO XV

PRIMAVERA, ESTÍO, OTOÑO É INVIERNO.	413
Estación de llegada y estación de salida.	414
El calendario.	414
Un año.	414
Una elipse	415
Lo que sucede en París.	415
Un cuadradito negro.	415
Por qué hace más frío cuando se está más cerca del sol . . .	415
El abuelo había encontrado.	416
La llama de la chimenea.	417
En torno del hogar.	417
Eso sería soberanamente injusto.	419
Inmenso trayecto de la Tierra.	419
Bisiesto.	420

CAPÍTULO XVI

UN MILLÓN PARA LOS HABITANTES DE LA LUNA.	421
¡235 millones de leguas!	421
640,000 leguas por día.	421
Un cuento de hadas	422
El Judío errante del cielo.	422
Los árboles que huyen.	422
Velocidad vertiginosa	423
Cabeza abajo.	423
Caer... en el aire.	423
Una tiranía bien comprendida.	423

Los súbditos del Sol.	124
La Luna	127
Un sol en pequeño.	127
Por qué de día no se ve la Luna	127
Los cuartos, luna llena, luna nueva.	128
¡Cuatro lunas!	130
Las lunas viejas.	130
Un caballo al galope.	131
Los telescopios.	131
Las montañas de la Luna	131
Los habitantes de la Luna.	132
¡Un millón!	133

CAPÍTULO XVII

TEMPERATURAS DESIGUALES	135
Noticias del ausente.	135
Los cristales cubiertos de hielo	136
¿Es hielo?	136
¿Qué es eso?.	137
El calor de un cuerpo líquido.	137
El agua caliente.	138
Provisión de sol.	138
Las manos frías de Susanita.	138
Dame calor y te daré frío.	139
El hielo del Sena.	140
Los cristales	141
¿Por qué hay hielo en un cuarto caldeado?.	141
La condensación.	141
El aire se frota con los vidrios.	142
Cuando un vapor caliente encuentra un cuerpo frío	142
Las botellas del sótano	143
El fenómeno de la condensación.	143

CAPÍTULO XVIII

¡FUEGO!	145
¿Qué es eso?.	145
El humo	146
Los bomberos	146

La maniobra.	147
Lluvia de fuego.	148
¡Muchos por qué!	148
Un fuego de chimenea	149
¿Por qué?	149
¿De dónde proviene el fuego?	150
El oxígeno	150
El carbono	150
El fósforo.	151
Un cuerpo raro	151

CAPÍTULO XIX

LA PRESIÓN DEL AIRE EXTERIOR Y LA DE LA SEÑORITA	
ESO ME ESTORBA	153
El punto de partida	153
Una tapia elástica.	154
¿El vacío?	154
El frasco pegado á la boca.	154
La pesantez del aire	155
Seis mil kilos encima de Susana.	155
Una pequeña operación.	155
Cuando aplicas tus labios á tu mano.	156
La sábana mojada.	156
El vacío en el tubo.	157
¿Por qué es aspirado?	157
El aire en todas partes.	157
El aire exterior.	158
Dos presiones iguales	158
Una comparación del abuelo.	161
La puerta entre Susanita y la señorita Eso me estorba.	161
El papel de la señorita Eso me estorba.	161

CAPÍTULO XX

DE MARSELLA Á PARÍS. — EL TELEGRAMA Y LA ELECTRICIDAD	163
El 15 de febrero	163
Buena noticia	163
El telegrama de Marsella	164
La vuelta esperada.	164

¡Es muy largo!	165
¿Por qué no se viaja telegráficamente?	166
Un pedazo de papel.	166
Escrito que viene de lejos	167
¿Qué es la electricidad?	167
La electricidad.	168
El imán.	168
Los pescaditos japoneses	168
El ámbar.	169
Un fenómeno de electricidad.	171
Un habitante de Grecia	171
Los aparatos telegráficos	172
El principio del telégrafo.	172
Un saludo desde Marsella.	173
El movimiento de la aguja.	173
No hay distancias	173
La pila eléctrica.	173
Un alambre de 863 kilómetros.	174
Los hilos telegráficos	174
El telegrama de la princesita.	175
Los tubos neumáticos.	177

CAPÍTULO XXI

EL VAPOR ENCERRADO	177
En la estación.	177
En el andén	177
Una locomotora	179
Por qué anda sola	179
El vapor	179
Agua y fuego.	180
La tapadera del cazo.	180
Una gran fuerza.	180
El cuerpo cilíndrico	182
El horno	182
El fogonero	182
El maquinista	182
El agua, el puchero y la tapa.	182
El vapor preso.	185
Un gendarme.	185
¡Otro obstáculo!	185

El pistón	185
Bien ha ganado su libertad.	186
Cuando las ruedas giran.	186
¡El tren de Marsella!	186

CAPÍTULO XXII

LA VUELTA DEL MARINO	189
¡Papá!	190
¡Hija mía!	190
Fiesta en el hotel del parque de Monceaux	190
Preguntas y respuestas	191
Proyecto de matrimonio.	192
Mi amiga Teresa.	193
El apellido Montlaur.	193
¡Pedro de Montlaur!	195
Durante la guerra de Crimea.	195
El dolor del marino	195
Tenía que decir cosas muy graves.	197

CAPÍTULO XXIII

EL MISTERIO.	199
Los informes.	199
La confesión	200
El 20 de mayo de 1855.	200
El duelo	201
¡Cayó!	202
Era Pedro de Montlaur.	202
Los obstáculos momentáneos.	202
La ruptura.	202
¡La verdad!	202
Tristeza de Susanita.	204
¿Se ha arreglado?.	205
Exagerados temores.	205
¿Esperar mucho tiempo?	206
Verás á Teresa cuando quieras.	206

CAPÍTULO XXIV

LA MISIÓN DEL ABUELO Y LA VISITA DE SUSANITA.	209
Teresa estaba inquieta.	209

El suceso funesto.	210
¡Es imposible!.	210
Un motivo terrible.	211
La verdad es preferible á la duda.	211
El menor pretexto.	212
No es preciso decir más.	213
¡Pobre Teresa!.	213
Susanita no sabe más que una cosa.	213
La obra del tiempo.	213
La madre y la hija.	214
¿Por qué no quiere?	215
La presencia de Susanita.	215
El abuelo había prometido	216
Entrevista de Susanita con Teresa.	216
Preguntas de Susanita.	216
Todo se arreglará!.	217

CAPÍTULO XXV

Los SUEÑOS.	219
Susanita tuvo miedo.	219
Una cosa horrible.	220
El sueño de Susanita.	220
La bruja.	221
Vengo á castigarte por desobediente.	221
Á través de la ventana cerrada.	221
Una carrera vertiginosa.	222
Un estornudo extraño.	222
Perro y gato.	222
Una desobediencia.	225
La contrariedad de la señora.	225
Había soñado.	225
Las historias inverosímiles.	226
Las brujas y las niñas desobedientes.	226
¡Fué Francisca!	226
Un cuento de brujas.	226
¿Por qué se sueña?	227
¿Por qué se duerme?	227
Los músculos, los miembros y el ejercicio.	227
El cerebro	227

El descanso	228
El sueño	228
El corazón, los pulmones y el tejido nervioso.	228
La médula espinal.	228
La espina dorsal.	228
Utilidad de la médula.	228
Un amo y su criada	228
Los nervios y su sustancia.	228
Los órganos del tacto.	228
El calor, el frío, la forma, la pesantez.	228
Como se conducen los nervios, la médula y el cerebro.	228
En la oscuridad	229
Orden terminante	229
La puerta se abre	229
La gana de dormir.	229
Las sensaciones del día.	229
Una impresión.	229
El primer sueño y el de la madrugada.	230
Una garra puntiaguda.	231
Doble sensación.	231
Por qué había soñado Susanita.	232

CAPÍTULO XXVI

LOS GLOBOS.	233
Llegó la primavera	233
¡Un globo!	234
Por qué el globo subía.	235
Más ligero que el aire.	235
El humo y los gases	235
La envoltura del globo.	235
La barquilla.	235
El ancla y la marcha del globo.	235
Oficio peligroso.	236
Experimentos científicos.	236
Como baja el globo.	236
La válvula.	239
El lastre.	239
Aerostato.	240
Para que sirven los globos.	240
Durante la guerra.	240

La dirección de los globos.	241
Los porteros en las bohardillas.	241
Nuevos aparatos.	241
La navegación aérea.	241

CAPÍTULO XXVII

EL PARQUE DE MONCEAUX. — LA PRINCESITA MARMOTA.	243
La primavera parisiense.	243
Pasaba sin ver	244
El puentecillo y el estanque	244
Cosas interesantes.	244
La amistad de la princesa Marmota.	247
La confidencia de Susanita.	247
¡Yo lo sabía!.	248
No me agradezcas aún.	249
Mas valdría no saber nada.	250
La tormenta	250
Un trueno	251
La víctima.	252

CAPÍTULO XXVIII

EL RAYO	253
¡Abuelito!	254
Sana y salva	254
El pobre guarda	254
¿Qué es el trueno?.	255
Ruido.	255
El rayo, el trueno, los relámpagos.	256
¿Qué es el rayo?.	256
El pedazo de ámbar	256
Una chispa eléctrica.	257
¿Y las nubes?	257
No siempre caen los rayos.	258
Los relámpagos de calor.	259
¿Es posible eso?.	259
77,000 leguas por segundo	259
El sonido es perezoso	259
Anda menos que la luz	259
¿Hay medio de preservarse del rayo?.	260

La ira de los dioses	260
Los filósofos	260
Campanas, laureles y murciélagos.	260
La superstición.	261
El pararrayos.	261
En qué consiste.	261
Electricidad de las nubes	261
Noticias del guarda	262

CAPÍTULO XXIX

ÚLTIMO POR QUÉ DE SUSANITA.	263
La rotonda.	263
El tío Remois	263
La parálisis	264
La bondad de Susanita.	264
La gratitud del guarda	264
La cruz y la medalla.	265
¿En Crimea?.. . . .	266
El veterano se acordaba.	266
El apellido de Susanita.	267
¿Un desafío?	267
¿Por qué llora usted?	267
Pedro de Montlaur.	268
El testigo.	268
Malakoff	268
¡Qué alegría!.	269
Energía del señor Remois.	269
Susanita y el guarda	270
¡Puedes casarte con Teresa!	270
Relato de Remois	273
Una petición muy justa	274
En casa de las Montlaur.	274
El casamiento de Pablo con Teresa.	275
¿Por qué?	276



ÍNDICE DE LOS GRABADOS

CAPÍTULO PRIMERO

Frontispicio.	IV
El hotel de la familia.	1
La alcoba de Susanita	4
Pájaros bajo la nieve.	7

CAPÍTULO II

Entrada de Susanita	7
El ancla.	7
La nave y la tempestad.	10

CAPÍTULO III

Abuelo y nieta	13
Las formas de las nubes.	13

Nevada en París	21
Susanita.	23

CAPÍTULO IV

El almuerzo.	25
Plato humeando	25
Susanita á la mesa.	27
Langosta.	31

CAPÍTULO V

Vituallas	33
Cocinero.	33
El suicidio de Vatel	37
Marmitones	38

CAPÍTULO VI

La mar	39
Paseo	39
En la playa de Dieppe.	42
La costa.	44

CAPÍTULO VII

Marina	45
Los roques	47

CAPÍTULO VIII

Instrumentos de trabajo	51
Viajero	51
Susanita y su hermano.	53
vejez.	51

CAPÍTULO IX

Los juguetes	63
En el boulevard.	65
Los paraguas	67
El gatito y el perrito	68

CAPÍTULO X

Susanita en la confitería	69
El corazón	73
Los pulmones.	74
Las venas.	76

CAPÍTULO XI

Una bohardilla	77
Cajas de dulces	81

CAPÍTULO XII

Las barracas	83
Las amigas curiosas.	85
El ramo.	90
Las muñecas	92

CAPÍTULO XIII

La Luna.	93
El Sol y los planetas	97
Almanaque	101

CAPÍTULO XIV

Efecto de luna.	103
La naranja y el quinqué.	105

Las estaciones.	109
Estrella	111

CAPÍTULO XV

Primavera.	113
Hojas nuevas	114
El abuelo en el hogar.	117
El invierno.	120

CAPÍTULO XVI

Aves y Luna.	121
Setas monstruos.	123
Media luna	129
Montañas lunares.	131
El telescopio.	132
Un paisaje nocturno	133

CAPÍTULO XVII

Las ventanas de Susanita.	135
El Sena helado.	140

CAPÍTULO XVIII

Incendio de chimenea.	145
Los bomberos de París.	147

CAPÍTULO XIX

Las manos de Susanita	153
La puerta cerrada.	159
Susanita.	162

CAPÍTULO XX

El telégrafo	163
El factor.	163
Encina herida por la electricidad.	167
Las niñas japonesas.	169
Campanario alcanzado por una chispa eléctrica	175

CAPÍTULO XXI

El túnel	177
La locomotora	183
El tren fantasma	187

CAPÍTULO XXII

Estación.	189
Bajada del tren.	197

CAPÍTULO XXIII

El marino.	199
El duelo.	201
La caridad	207

CAPÍTULO XXIV

Teresa.	209
La señora de Montlaur y su hija.	214
Soñadora	217

CAPÍTULO XXV

El despertar.	219
El sueño	223
Sacerdote asirio.	231

CAPÍTULO XXVI

El globo en la tempestad.	233
Aerostato	237

CAPÍTULO XXVII

El encuentro	243
El Parque de Montceaux.	245
El guarda derribado por el rayo.	252

CAPÍTULO XXVIII

Los pararrayos.	253
El rayo	258
Susanita con su madre.	262

CAPÍTULO XXIX

Visita al guarda.	263
El casamiento.	273
Fin	276
El ramillete.	277

FIN



